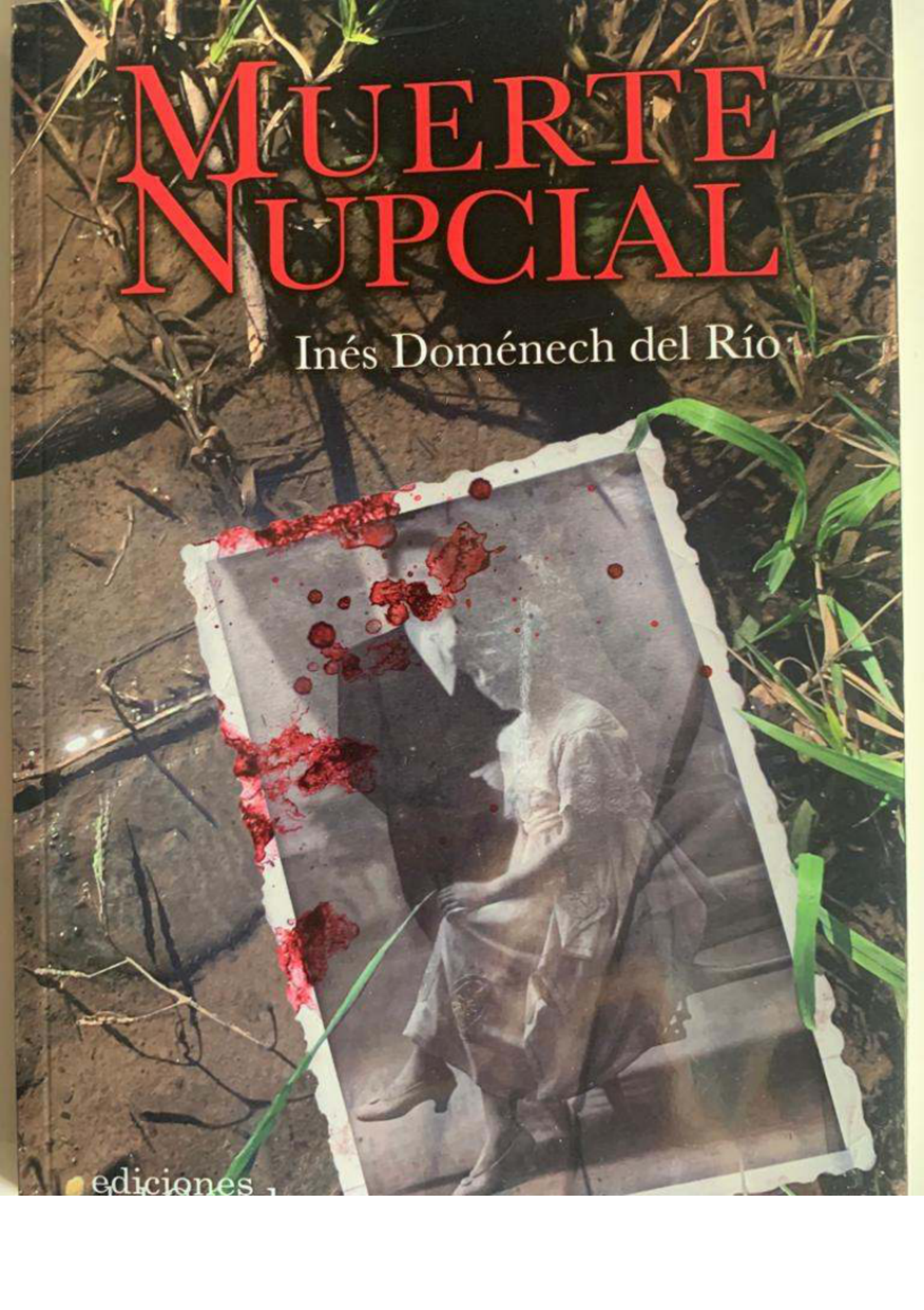


MUERTE NUPCIAL
Inés Doménech del Río
ediciones

Primera edición: abril 2021

Título: Muerte nupcial
Autora: Inés Doménech del Río
Fotografía portada: Aurora Requena Santos
Diseño cubierta: Carmen Larios
Diseño y maquetación: Carmen Larios
Corrección: Lucía Otaola

MUERTE NUPCIAL

Inés Doménech del Río

A Félix

ADVERTENCIA

Los lugares, los personajes y los hechos narrados son por completo ficticios.

CAPÍTULO PRIMERO

La muerte

Sonaba un teléfono a lo lejos.

«¡No! ¡Es el mío!», pensó Carlota mientras extendía la mano desde la cama descolgando el teléfono móvil. Estaba de guardia.

Ya llevaba los años suficientes en su profesión como para desarrollar la capacidad de poner los cinco sentidos en solo unos segundos. Incluso de poner una voz que sonara como si estuviese inmersa en la actividad más frenética, aunque estuviese en el más profundo sueño a las dos de la madrugada.

—¿Diga? ¿Quién es?

—Soy Víctor. Tenemos trabajo.

La voz de Víctor dejaba traslucir un atisbo de preocupación. Mientras daba un salto en la cama para incorporarse, Carlota preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Me acaba de llamar la Guardia Civil. No sé mucho, todavía no tienen todos los datos. En principio me han comunicado que ha habido una muerte en la finca El Mayoral, en Albarrán. Al parecer, han disparado al novio en una despedida de soltero. Quedamos en quince minutos en el juzgado, ellos nos recogen allí. El lugar está un poco apartado y es mejor que nos lleven.

—¿Cómo? ¿Un homicidio?

—No te puedo decir más. Es lo que sé. Hasta ahora.

La adrenalina empezaba a subir de nivel, el estado de vigilia ya era total. Se sentía interesada, pero al mismo tiempo preocupada y nerviosa. Llevaba en este partido judicial más de diez años; un posible homicidio no era precisamente lo más habitual. Saltó rápidamente de la cama y se vistió con la ropa que había dejado a los pies el día anterior, sin apenas hacer ruido y a oscuras. Javier seguía durmiendo después de darse la vuelta tras sonar el teléfono. Él también se había acostumbrado a ser el compañero de una médico forense. Atrapó su maletín, lo abrió y con una mirada recorrió todo su contenido. Sí, parecía contener todo lo necesario para el levantamiento del cadáver.

La casa de Carlota se encontraba un poco apartada del juzgado. Cogió el coche y se dirigió de forma automática hacia allí. Era una noche estrellada de principios del verano, fresca, porque aún no había

entrado el asfixiante calor que caería en pocas semanas. El murmullo del agua en la fuente de la avenida, junto con el ruido de los árboles al chocar sus ramas, refrescaban el ambiente. Carlota no se daba cuenta de la preciosa noche, en absoluto; iba absorta pensando sobre lo que habría pasado. Sin embargo, procuraba no hacerlo para no crear una idea falsa antes de llegar al lugar de los hechos, pero era inevitable. Ya en la puerta había dos sombras: Víctor, el juez, y José, el secretario judicial, que estaban de pie delante de la puerta del juzgado. Una vez se unió Carlota, las tres sombras se dirigieron hacia un coche que estaba aparcado en la acera de enfrente. En el interior del coche de la Guardia Civil se veían dos bultos. Abrieron la puerta de atrás y se introdujeron en él.

Tras el saludo formal de siempre, el coche, con un acelerón, se puso en camino. Antonio, el teniente de la Guardia Civil del equipo de Policía científica sentado en el asiento del copiloto, les presentó a Joaquín, compañero de la Policía científica especialista en homicidios que venía con él. Con Antonio llevaban muchos años trabajando Víctor y Carlota, pero a Joaquín no lo conocían. Al producirse la muerte y avisarlo, había coincidido que estaba en la ciudad ofreciendo su vehículo para llevar a la comisión judicial.

El silencio de los primeros minutos del trayecto se rompió con la voz de Antonio advirtiéndoles del largo y difícil camino que les esperaba. Tras esta breve introducción, siguió con algunos datos sobre esa población tan desconocida para el resto. Albarrán, un pequeño caserío limítrofe con el partido judicial por la zona de la sierra del norte, no tenía más de cien habitantes. Casi todos eran trabajadores de los grandes latifundios dedicados a la ganadería o a la caza que se encontraban alrededor. Eran contratados temporalmente en la época de la cacería. Todos eran cazadores; en consecuencia, en todas las casas había más de una escopeta. El problema estaba en que a veces a unos les tocaba ejercer de guardas de la finca, pero, cuando no eran contratados, ejercían de furtivos. Así unas veces unos eran los cazadores y otras, los cazados.

A continuación, sin más preámbulos, Antonio relató lo que sus compañeros le habían transmitido por teléfono en relación con lo sucedido esa noche. En una finca próxima a la aldea se habían reunido prácticamente todos los hombres en una despedida de soltero. Al final de la noche, se escuchó un disparo. El novio había aparecido muerto. Les habían avisado y se había desplazado la patrulla más cercana al lugar. Allí les estaban esperando.

Mientras Antonio hacía el relato, la carretera cada vez era más estrecha y el piso más irregular, hasta el punto de que casi no se

escuchaban al hablar. Continuamente, Carlota o Víctor le pedían que les repitiese esa u otra palabra que no habían llegado a entender. La grava saltaba contra el chasis y los cristales. Las ramas golpeaban los laterales. Y a ambos lados, fuera del alcance de las luces, un intenso vacío negro, en el que adivinaban grandes desniveles del terreno. La velocidad era considerable para el estado de la carretera.

Durante la descripción, Carlota miraba por la ventanilla. De vez en cuando distinguía algún punto conocido del camino, alguno de esos puntos que sus excursiones de trabajo la habían llevado a conocer milímetro a milímetro. Puntos que siempre se relacionaban con algún acontecimiento trágico. Un árbol donde alguien había aparecido ahorcado o una curva con un accidente de tráfico mortal. El trabajo de una médico forense siempre estaba relacionado con el dolor humano. Divagaba. El camino estaba haciéndose muy largo.

Ya llevaban más de una hora de camino cuando a lo lejos, tras una curva, aparecieron varias luces azules e intermitentes; bruscamente el sopor desapareció. Allí estaban los coches de la Guardia Civil. Era lo primero que siempre distinguían al llegar. Todos los esperaban. En esa madrugada de una clara noche del inicio del verano, la luz de la luna no era suficiente para dibujar la escena. A lo lejos, se perfilaba la silueta de un cortijo con aspecto señorial en tiempos pasados, ahora algo descuidado. Algunas luces improvisadas alumbraban a un grupo de unas treinta personas que se encontraba junto a la casa. El coche ya entraba por el portalón de la finca cuando vieron que se acercaba un agente. La luz de la linterna se dirigió a las ventanillas. Al distinguir a la comisión judicial tras los destellos de los cristales, su cara se relajó. La situación era muy tensa. Unos cuantos hombres de alrededor también se acercaron, pero el agente abrió paso entre ellos. El vehículo siguió su marcha por el camino hacia la casa. Al llegar a esta, el conductor lo detuvo.

Primero salió Víctor. Su corpulencia impresionaba, por lo que hizo que todos dirigieran sus miradas hacia él. A continuación, salieron los demás. El coche se había parado a pocos metros de la casa, próximo al grupo de personas que habían vislumbrado desde lejos. Al aproximarse a ellos, vieron que la mayoría eran hombres, entre los que se distinguía una mujer. El silencio de la noche era profundo, pero también desde lo más profundo de una garganta que no parecía humana, un gemido llenaba el vacío:

—¡Ay, mi hijo! —repetía.

—Buenas noches —rompió el quejido la voz de Víctor.

—Buenas noches. El cadáver se encuentra en aquella arboleda. —Tras el saludo, sonó la voz del sargento Rodríguez, que les había

abierto paso.

Su linterna les abría el camino. Era difícil avanzar por un terreno tan irregular. No había mucha luz, las bombillas colgadas alrededor de la casa no llegaban a iluminar el terreno que pisaban. Dieron la vuelta a la casa, rodeando la parte de la derecha y, tras un pequeño rellano terrizo, iniciaron la bajada hacia una pequeña arboleda.

En estos árboles, que formaban un círculo casi perfecto, les esperaban dos agentes con sendas linternas para alumbrar algo que intuían en el centro. Un bulto con silueta humana. Al llegar, todos los agentes clavaron la mirada en los recién llegados. Esperaban para empezar con su trabajo. No habían movido ni tocado nada desde que los avisaron. Tras un imperceptible gesto de Víctor, el fotógrafo de la policía judicial empezó a tomar fotos; primero unas vistas generales para situar esa zona respecto a los alrededores, por fuera del precinto que habían colocado alrededor de la zona para salvaguardar el lugar donde se había producido la muerte. Con la luz que proyectaba su *flash* aparecían imágenes espectrales del lugar. El fotógrafo levantó el precinto para llegar con cuidado al centro de los matorrales. La luz del *flash* seguía encendiéndose a intervalos, fijando diferentes ángulos de los distintos objetos. En el centro de todo, sobre el suelo, yacía un cuerpo cubierto con una sábana improvisada manchada de sangre.

La voz del sargento Rodríguez, mientras seguía alumbrando con la linterna el cadáver, iba relatando algunos antecedentes que le había contado con lenguaje entrecortado, casi incoherente, Juan, el padre del fallecido, mientras abrazaba el cuerpo de su hijo. Era uno de esos torrentes de palabras vacías que algunas veces la mente pone en marcha para defenderse de las grandes tragedias. Otras personas que estaban presentes habían completado la información.

La alegría había inundado el pueblo cuando Gonzalo y María habían decidido casarse. Gonzalo era el hijo de Juan, el capataz de la finca donde se encontraban. Juan contaba a todo el mundo que él no quería que su hijo creciera en un lugar tan pobre ni viviese trabajando en el campo para los terratenientes de las fincas. Al terminar Gonzalo el colegio, lo había enviado a casa de su hermano en el norte, donde él creía que podría vivir y trabajar en mejores condiciones que las que él había tenido en su vida. Hacía una semana que Gonzalo había llegado a la localidad, como hacía todos los años por esas fechas para las vacaciones de verano. Había decidido la boda con María esa semana, aunque se conocían desde niños. No les importaba el escaso tiempo que tenían para preparar el enlace. Lo importante era que querían estar juntos lo antes posible.

La fiesta de la despedida de soltero había comenzado por la

mañana. Todo el pueblo estaba alegre: Gonzalo, el hijo del encargado de la finca más extensa de la comarca, con veintiséis años se casaba. Con este motivo, habían invitado a casi todos los hombres a comer y a beber durante todo el día. Juan, aunque le costaba reconocerlo, era un hombre respetado y querido en esta aldea. Siempre que podía daba trabajo a los vecinos. Él, por su parte, trabajaba la finca y la cuidaba como si fuera suya, haciéndolo honradamente. El dueño vivía en la capital, sin apenas visitarla. Casi sin atreverse, Juan le había pedido permiso para organizar esta fiesta en la finca por la boda de su hijo. El propietario lo había dado gustosamente e incluso había prometido que correría con los gastos. La comida y la bebida habían sido muy abundantes durante el día. Todos habían bebido mucho. Lo habían pasado muy bien. Pero al final de la tarde, cuando ya caía la noche, habían oído uno o dos disparos a pocos metros de la casa. Todos fueron a ver qué pasaba en la arboleda y encontraron el cadáver de Gonzalo con un disparo en el pecho.

Escucharon con atención el relato que con todo detalle habían recogido los guardias civiles de las personas que estaban en la fiesta, mientras acordonaban la zona para protegerla hasta que llegase el juzgado. Sin darse cuenta, Carlota volvió la mirada a las personas que se encontraban alrededor. Estaban un poco retirados porque los agentes no los dejaban acercarse. Sus caras reflejaban pena y asombro; aún no creían posible que Gonzalo estuviese muerto. Pensaba Carlota que era la misma mirada que siempre encontraba, una mirada de incredulidad ante la muerte. La mirada de incomprensión del paso irreversible de la vida a la muerte.

Al volver la mirada, los ojos de Carlota se encontraron con los de Víctor. Después de varios años trabajando juntos, ella sabía lo que quería decir con esa mirada. Quería que comenzase con la inspección del cadáver. Iba a iniciar el reconocimiento cuando escucharon la voz de Antonio, el teniente de la Policía científica, mientras levantaba el precinto:

—Dejadnos rastrear el terreno antes de la inspección del cadáver.

Los agentes que primero habían llegado ya lo habían hecho, pero sin encontrar nada de interés. Antonio y Joaquín encendieron sus potentes linternas y comenzaron a buscar detenidamente sobre el terreno, los matorrales y los árboles algún vestigio que pudiera servirles para descubrir qué había pasado unas horas antes. La evidencia que querían encontrar era el arma con la que habían realizado el disparo. Eso era mucha suerte, porque su experiencia les decía que el arma no es frecuente encontrarla tan cerca del cadáver. Por lo menos, pensaban, intentaban encontrar los casquillos de la

munición que había disparado para producir la muerte de Gonzalo. El terreno no les ayudaba, era difícil de rastrear con numerosos matorrales, piedras e incluso papeles, botellas y vasos vacíos, como muestra del fin de una fiesta en cualquier lugar. Muy despacio, desde la zona más alejada del cuerpo allí donde colgaba el precinto, describiendo círculos concéntricos, poco a poco fueron llegando al centro donde se encontraba el cadáver. Ningún casquillo. La suerte no los había acompañado, no habían encontrado absolutamente nada. Antonio, que no era hombre que pudiese rendirse fácilmente, al terminar con esta búsqueda le aseguró a Víctor que volvería al día siguiente con la luz del día, antes de que pasase más tiempo, para que no se borrasen las posibles pistas que pudiesen encontrar.

El sargento Rodríguez seguía alumbrando el cuerpo, todavía cubierto, con su linterna de carretera. Ya era el turno de trabajo de Carlota. Dejó el maletín sobre la tierra, lo abrió y cogió un par de guantes de látex para ponérselos. Levantó la sábana y, al hacerlo, quedó al descubierto el cadáver ensangrentado de un joven de pelo negro, alto y de complexión atlética. Con un vistazo rápido recorrió el cuerpo de arriba abajo. La mente empezó a ordenar la información que llegaba desde sus ojos. La sensación de que un nuevo reto estaba frente a ella ya le recorría todo cuerpo. La tensión llegaba a todos los músculos del cuerpo. Enseguida, de modo inconsciente, la mente era un procesador de datos desde el punto de vista forense y comenzaba a interpretar el conjunto de información que iba llegando a la cabeza.

Lo primero era la inspección ocular del lugar donde yacía el cadáver. Una pequeña arboleda apartada del lugar donde se celebraba la fiesta, desde la que una vez en el centro de los matorrales, ni la casa ni las personas que estuviesen allí podían verse. Gonzalo y su homicida habían buscado un lugar, por algún motivo, retirado del resto de la fiesta. No había sido en medio de la fiesta, delante de testigos. Había muchas posibilidades, pero en ese momento estas le parecieron las más plausibles: o bien querían aislarse para hablar de algún asunto o bien Gonzalo fue forzado por su homicida a apartarse.

Carlota continuó con la postura del cadáver.

—Decúbito supino —dijo dirigiéndose a José para ir rellenando el acta del levantamiento. Viendo las caras de extrañeza de los agentes más jóvenes que le rodeaban, explicó que era la posición cuando el cadáver está tendido mirando hacia arriba.

Con la palpación de las distintas regiones iba completando el reconocimiento, desde la cabeza a los pies. Sus ojos se desviaban a la herida abierta en el tórax, pero no cedió, continuando por orden riguroso. La cabeza no parecía tener ningún traumatismo; la palpó, no

notaba inflamación ni crepitación en ninguna de las zonas. En la cara tampoco presentaba ningún traumatismo, tan solo se observaba la salida de un líquido serosanguinolento por la nariz y por la boca. Sí, efectivamente, tal como habían supuesto las personas que lo habían encontrado, se trataba de un disparo en el tórax con arma de fuego. La ropa estaba manchada con sangre, aunque le llamó la atención que no era mucha para ser un disparo en el tórax. La camisa tenía una mancha de sangre en la parte superior izquierda del pecho, cerca de la axila, que rodeaba a un agujero de esta prenda. Este orificio se correspondía con una gran herida redondeada y profunda, que penetraba en la cavidad torácica.

Se detuvo en las manos. Las observó con mucho detenimiento. Daban mucha información sobre lo que había sucedido previamente. Sin llegar a tocarlas, sino sujetando el antebrazo para no alterar ningún vestigio que estuviese en ellas, las observó. Estaban las dos llenas de sangre, la piel de debajo no se podía distinguir nítidamente. Envolvió cada una en una bolsa de papel que pidió a un agente que sacase de su maletín, asegurándolas con una cinta de precinto.

Carlota siguió recorriendo la parte anterior del cuerpo. No vio ningún otro hallazgo. Pidió ayuda a los agentes para darle la vuelta al cadáver, para poder hacer el examen de la parte posterior del cuerpo; otra herida también redondeada, pero más pequeña, se encontraba en la espalda.

—Este probablemente sea el orificio de salida, y el de delante, el de entrada, aunque ya lo veré más despacio en la autopsia —susurró en voz baja para sí misma y para Víctor, que se encontraba a su lado, como su sombra.

No parecía tener más lesiones en las otras regiones del cuerpo, aunque en la autopsia se confirmaría con mayor certeza.

Su primera impresión, después de realizar este primer reconocimiento, fue que no había habido lucha en los momentos antes de la muerte; la ropa se encontraba íntegra salvo los orificios del disparo. En las manos no tenía lesiones. Por lo menos esa era la impresión en un primer reconocimiento a la luz de la linterna. Se puso de pie, notando que las rodillas se le habían entumecido; sin darse cuenta, llevaba en esa postura casi media hora. Tras tomarle la temperatura rectal para confirmar la hora de la muerte según las declaraciones de testigos, comenzó a señalarle al secretario judicial los hallazgos de la inspección ocular del cadáver.

Con la meticulosidad que le caracterizaba, Víctor quería tomar declaración a todos los presentes sobre lo que había ocurrido durante el día, en el momento del disparo y posteriormente. Aún se notaba en

sus miradas y en el habla el efecto del alcohol, por lo que eso no iba a ser tarea fácil.

Víctor se acercó a Antonio para que fuese buscando un lugar en el que tomar las declaraciones. La casa consistorial era el único lugar donde podía hacerse. El cadáver, mientras, quedó custodiado.

Al primero al que se llamó fue al padre de Gonzalo, Juan. Carlota quería hablar con él, así que estuvo presente en su declaración. El hombre se encontraba en tal estado de nervios y su lenguaje era tan entrecortado e incoherente que no entendían lo que decía. Víctor, respetando su dolor, llamó a un agente para que lo llevase a su casa. Ya le tomaría declaración la Guardia Civil en unos días.

El agente Rodríguez le comunicó a Víctor lo que Juan había contado al llegar, después de la muerte de Gonzalo, cuando lo encontraron abrazado al cuerpo de su hijo. Había en la celebración unas veinte personas. Todos charlaban animadamente, bebían, reían, cantaban, bailaban o contaban chistes, como siempre ocurre en las veladas del pueblo. Juan había pasado la mayor parte del tiempo con su hijo. No lo había echado de menos, un momento antes estaba a su lado. Se le preguntó si lo había visto con alguien; intentó recordar, pero la respuesta fue no. Estaba hablando con sus primos Ambrosio y Daniel y con su tío Celedonio cuando escuchó un disparo. Un negro presagio le recorrió el cuerpo como una corriente de agua helada. Salió corriendo hacia donde se había escuchado el disparo. Él mismo había sido el primero en llegar al lugar y en encontrarlo debajo de esos árboles, tendido en el suelo con sangre en el pecho. Gonzalo lo miró con sus grandes ojos, su padre solo pudo escuchar su último suspiro. Dijo que no llegó a decir nada. Quería entender en ese suspiro quién le había disparado.

—¿Quién le ha disparado? —era lo único que repetía una y otra vez.

Uno a uno fueron declarando todos los invitados, todos los hombres de las familias, los de Gonzalo y los de María, sus tíos, sus primos, los amigos… Todos coincidían en la misma versión de lo ocurrido, con ligeras discrepancias que podían ser resultado del nivel de alcoholemia que se notaba en el ambiente. Casi todos habían oído un disparo, aunque algunos dijeron que oyeron dos. Algunos habían oído gritos antes de los disparos. Otros, entre el ruido y las risas, solo escucharon un golpe seco, que ahora relacionaban con la muerte de Gonzalo. Y, por supuesto, nadie se podía imaginar quién lo había hecho. Nadie afirmó conocer algún motivo de rencor o rencilla de Gonzalo con alguien del pueblo. Y, si lo sabían, lo ocultaron. Todos afirmaban que era una persona muy querida.

La luz de la mañana asomaba cuando Víctor terminó las declaraciones. Todas las personas de la fiesta habían declarado, excepto Juan, el padre de Gonzalo, y Rafael, el padre de María, la novia. Ambos estaban muy afectados, Juan casi no podía hablar y consolaba en lo que podía a Carmela, su mujer. Rafael intentaba consolar a María y a su esposa, Rosario. Víctor llamó al agente Rodríguez y le encomendó que, en los días siguientes, tomasen declaración a los dos, a Juan y a Rafael.

Carlota estaba disponiendo el traslado del cadáver para la autopsia cuando se acercó tímidamente una muchacha con los ojos muy enrojecidos de llorar. Se acercó muy despacio al cadáver. Al abrir la boca, surgieron sus preguntas: «¿Quién? ¿Por qué?». No pudo articular ninguna otra palabra por el llanto y la angustia. Era María, la novia y futura esposa de Gonzalo. Todos la miraron, pero nadie le pudo contestar.

Sus ojos parecían cubiertos de un velo negro que ya no la dejaba ver el futuro. Un futuro que ya había desaparecido con la muerte de Gonzalo. Toda su vida había estado llena de Gonzalo. Desde la escuela eran amigos, siempre se les veía jugando de pequeños, hablando y riendo cuando ya eran adolescentes. Se leía en sus ojos que ella siempre había estado enamorada de él. Luego Gonzalo se había ido a trabajar muy joven al norte; la separación había alimentado aún más sus ilusiones. Una semana antes se habían comprometido. La boda iba a ser tan rápida porque Gonzalo tenía que volver a irse. Todo estaba preparado, según contaba el cabo de la Guarda Civil, hasta la ropa en las maletas. Una mujer vestida de negro, su madre, la tomó de las manos suavemente, apartándola del cadáver.

—Hija mía, no llores.

Carlota pensó que era uno de esos momentos que uno tarda mucho tiempo en olvidar, aunque ya haya visto muchas cosas antes y pocas puedan sorprender.

Había salido ya el sol cuando terminaron. Por el momento. El cadáver lo habían trasladado al Instituto Anatómico Forense de la ciudad para realizarle la autopsia teóricamente en la mañana, pero, en realidad, en cuatro o cinco horas. Víctor y Carlota se acercaron a Antonio, el teniente de la Policía científica, que estaba organizando el nuevo día de trabajo a sus hombres. Al día siguiente, volverían a inspeccionar minuciosamente el lugar de los hechos con la luz del día y a hacer algunas preguntas por la localidad. Carlota le recordó que le enviase algún agente para la toma de huellas dactilares.

Víctor se despidió del agente Rodríguez dándole las gracias.

La vuelta en el coche les pareció una eternidad, el cansancio y el

traqueteo casi no les dejaban cambiar impresiones. Ninguna persona extraña en la fiesta, todos se conocían. Nadie había visto nada. Todos habían oído el o los disparos; algunos afirmaban haber oído dos, aunque la mayoría había oído uno. La mente de Carlota no paraba de pensar. Ella solo había visto un impacto de los disparos en el cuerpo de Gonzalo, pero algunos de los que estaban presentes en la fiesta habían oído dos. Si hubo dos disparos, uno de ellos no impactó en el cuerpo de Gonzalo. El cadáver solo tenía un disparo en el pecho.

CAPÍTULO SEGUNDO

La autopsia

Eran las nueve de la mañana cuando Carlota entraba por la puerta de su casa. Le molestaba tener que despertar a primeras horas de un domingo a Miguel, su compañero del partido judicial colindante, pero tenía que hacerlo. En estos casos la ley es bien clara: la autopsia de un cadáver cuando existe una sospecha de homicidio, en este caso casi certeza, tienen que realizarla dos médicos forenses. Miguel era un médico forense que llevaba muchos años de ejercicio, una persona afable y muy simpática, que la había ayudado en muchas ocasiones anteriores de casos complicados. Al descolgar el teléfono lo primero que hizo, por cortesía, fue disculparse por la hora de la llamada, aunque sabía que Miguel la comprendía perfectamente, no en vano tenían el mismo trabajo. La respuesta fue cordial, sin un atisbo de ironía.

—No te preocupes, otra vez ya te tocará a ti. A las doce nos vemos en la sala de autopsias.

Carlota resumió en pocas palabras lo que había ocurrido. La respuesta de Miguel fue la esperada.

Subió al dormitorio, desvistiéndose por la escalera para no perder tiempo ni hacer ruido. Se metió en la cama para descansar al menos una hora y algo, lo bastante para despejarse, ya que el día se presentaba muy largo. Se acurrucó junto al cuerpo de Javier que, al darse cuenta de su presencia, se movió para adaptarse mejor al suyo.

—¿Ya te vas? —le oyó preguntar entre sueños cuando notó que Carlota rápidamente se levantaba.

—Sí, efectivamente era un homicidio. He quedado a las doce para hacer la autopsia con Miguel. Volveré en cuanto termine.

Carlota le dio un beso en la boca para callar sus protestas.

—Otro domingo solo —le oyó murmurar cuando salía de la habitación.

Se preparó un café rápido y se puso una galleta en la boca. Arrancó el coche y condujo hacia la capital. Las autopsias se hacían en el depósito judicial de los cementerios de los pueblos, que Carlota había acondicionado. Fue una lucha personal, un esfuerzo de constancia con los ayuntamientos desde su llegada. El primer día que los visitó se le cayó el alma a los pies al ver las condiciones tan precarias en las que se encontraban. A base de cartas y audiencias con

los concejales encargados de arreglarlos los fue mejorando. Ahora era la envidia de todos sus compañeros de la provincia. Pero en los casos de homicidios o en aquellas muertes violentas sospechosas de criminalidad, prefería trasladar la autopsia al Instituto Anatómico Forense de la capital de la provincia, que se encontraba en instalaciones a años luz de los pequeños depósitos judiciales, por mucho que ella se vanagloriase de sus logros. Afortunadamente no se perdió en la ciudad, aunque no la visitaba muy frecuentemente. Llegó al Instituto un poco antes de la hora. Miguel, su compañero médico forense, y Pablo, el auxiliar de autopsias, ya estaban allí esperándola. Al que no vio fue a Felipe, el agente de la Policía judicial. A los cinco minutos ya estaban poniéndose los pijamas, las batas, los guantes y las mascarillas.

El cuerpo, ya pálido, yacía sobre la mesa metálica. Al verlo así, Carlota pensó que horas antes ese cuerpo era una persona con vida que andaba, se movía, reía y sentía. Las livideces cadavéricas ya estaban fijas. La sangre, por su peso, se había desplazado hacia las zonas declives. Ya no la bombeaba el corazón, ya no corría por las arterias ni las venas, el corazón se había parado y vencía la fuerza de gravedad. La voz de Miguel sacó bruscamente a Carlota de sus pensamientos.

—Creo que deberíamos empezar a describir las lesiones antes de que llegue Felipe para que pueda tomar las huellas dactilares. Tenemos mucho trabajo por delante.

Inspeccionaron milímetro a milímetro toda la superficie del cuerpo. Comenzaron el reconocimiento, solo con la vista, desde la cabeza a los pies. No querían tocar nada. Esperaban a las fotos antes de manipular el cuerpo, hasta que Pablo preparase la máquina. Mientras tanto los dos se dedicaban a la autopsia, sin distracciones. Todos compartían la opinión de que las fotos son imprescindibles en los informes de autopsias, sobre todo en homicidios. Por mucho que se esforzaran en explicar, por ejemplo, las heridas, si no iban incluidas las fotos para que los jueces, fiscales y abogados se enterasen, estos se perdían en los términos médicos sin hacerse una idea clara de lo que se les había intentado transmitir en el informe de autopsia. Así, añadirían unas buenas fotos intercaladas en las descripciones para que todos se hicieran una idea adecuada de las lesiones que habían producido la muerte de la víctima.

Pablo preparó la máquina, dispuso junto a la mesa una pequeña escalera y se subió en ella empezando a disparar las fotos. Carlota y Miguel le iban indicando las proyecciones, las zonas que querían con mayor detalle. Mientras, comentaban las lesiones que encontraban:

—El cuerpo presenta dos heridas contusas que parecen corresponder a dos orificios del trayecto de un proyectil. Uno en la parte anterior del hemitórax izquierdo, grande, irregular, con bordes ennegrecidos y otro en la parte posterior del tórax —anotó Miguel en el informe.

—Cuando le quitemos la ropa, veremos mejor cuál es el de salida y cuál el de entrada —contestó Carlota sin querer extraer conclusiones precipitadas, aunque estaba de acuerdo, en principio.

—Fíjate en el agujero de la camisa de la parte anterior del tórax. Es de nailon, parece que está ennegrecida —señaló Miguel, sin suspicacias.

Cuando le quitaron la ropa, la gran herida en el pecho quedó al descubierto. Los ojos de Pablo no se podían apartar de esa cavidad abierta por el disparo. Sin hacer ningún comentario, colocó el testigo métrico sobre el pecho, subiendo a la escalera para seguir haciendo las fotos de las distintas proyecciones de la herida del tórax.

Primero comprobaron la evolución de los fenómenos cadavéricos, los llamados signos ciertos de muerte. Las livideces se estaban fijando, la frialdad estaba instaurada y la rigidez, iniciándose en todos sus miembros. Después examinaron las distintas lesiones, las midieron y pasaron a describirlas. Lo de la grabadora queda muy bien en las películas, pero ellos se manejaban con el papel. Tenían unos protocolos en los que señalaban las distintas lesiones, usando para ello la figura de un homúnculo humano. Es una rutina que hay que hacer en un orden, de arriba hacia abajo. Una a una se van describiendo las heridas, las contusiones, es decir, las lesiones de cada parte del cuerpo. Comenzaron por la cabeza, miraron cuidadosamente entre el cabello, los oídos, la frente, los ojos, la cara. Un líquido serosanguinolento salía de la nariz y de la boca, marcando un reguero que se continuaba hacia atrás, siguiendo la fuerza de la gravedad según la posición en la que había permanecido el cadáver. Carlota lo iba mirando, palpando, mientras Miguel lo anotaba. Uno de los dos tenía que mantener los guantes limpios para poder escribir. Ya más adelante se mancharían los dos.

La inspección continuó por el tórax, hasta llegar a lo más llamativo. La herida torácica.

—Vamos a describir la herida del tórax —rompió el silencio Carlota, dirigiéndose a Miguel para que fuese anotando mientras enunciaban sus características para que no se olvidase ningún detalle —. En la parte superior izquierda del tórax, entre la quinta y la sexta costilla, en la línea anterior axilar centímetros de... —Carlota iba midiendo la distancia desde la herida a los puntos anatómicos más

próximos: la clavícula, la articulación esternoclavicular, el esternón, el pezón… para que el punto se pudiese situar como en un mapa anatómico. Después midió el orificio, la herida medía cuatro centímetros de diámetro. Acercando los ojos a muy pocos centímetros de la herida, continuó en voz alta—: …de bordes muy irregulares, contundidos y… parecen ligeramente quemados, de características concéntricas, invertidos... Vamos a mirarlo con la lupa. Los bordes parecen quemados, además… ¡Mira! Hay dos orificios satélites, uno a las tres y otro a las siete. Coge la lupa de allí, por favor —dijo Carlota señalando dónde se encontraba.

Miguel cogió la lupa, verificándolo. Había dos orificios satélites que se separaban un milímetro del orificio principal. La escopeta se había disparado a una distancia muy cercana, pero no tan cerca como para que los perdigones penetrasen todos juntos en el cuerpo, haciendo un solo orificio de entrada como las heridas de bala. Algunos perdigones se habían separado. La herida del orificio de entrada que producen las escopetas de cartuchos es muy diferente dependiendo de la distancia a la que se ha realizado el disparo sobre el cuerpo. Carlota pensaba en voz alta.

—La distancia debió ser muy cercana, ya que casi se ha comportado como las armas que usan balas; solo les había dado tiempo a separarse del haz principal a dos perdigones, que eran los que habían provocado esos dos orificios satélites que hemos encontrado. Bueno, ya sabemos algo más, el disparo se hizo con una escopeta de cartuchos con perdigones y muy cerca del cuerpo de la víctima.

Pablo colocó en la cámara el objetivo macro para que en las fotos se viesen los orificios satélites de la herida.

—Esta evidencia no solo indica que el disparo se ha hecho con cartuchos de perdigones, sino que esta herida de la región anterior del tórax es el orificio de entrada. Los perdigones habían entrado por esa herida al interior del pecho. Al final de la autopsia tomaremos muestras de la piel de alrededor de los dos orificios para mandarlas al laboratorio y saldremos de dudas con el análisis de los metales en los gases de la deflagración del disparo, pero parece, por la morfología de la herida, que el disparo se ha hecho a muy corta distancia —terminó diciendo Miguel en apoyo de sus deducciones y antes de que Carlota pudiese expresar sus pensamientos.

Una multitud de pensamientos se agolpaba en la mente de Carlota. Saber dónde se encontraba el orificio de entrada, que en este caso estaba situado en la parte anterior del cuerpo, los llevaba a una determinación clave para la investigación: la posición de la víctima

respecto al agresor. En este caso, la víctima se encontraba de frente al agresor.

Le dieron la vuelta al cadáver. Había otra herida en la espalda, en el lado derecho, cerca de la columna vertebral. Era de menores proporciones, más irregular. La lupa no mostraba orificios satélites. Por sus características, tanto Carlota como Miguel estuvieron de acuerdo: era el de salida. Aun así, lo enviarían para analizar los restos de metales.

Era el turno de las extremidades. Las manos también tenían un papel clave en la investigación. Carlota retiró la protección que les había puesto la noche anterior al ver que las dos manos estaban manchadas de sangre. Esto no les llamó la atención, era de esperar. Ante una herida, instintivamente todos tienden a tocarla. La mano izquierda tenía una gran mancha de sangre que ocupaba prácticamente toda la palma, la sangre también se escurría por entre los dedos. En cambio, en la mano derecha la mancha estaba en el dorso, en la zona de los nudillos. Solo había sangre en el dorso de las articulaciones de los nudillos, en los dedos segundo y tercero. A Carlota le llamó la atención que esta mancha, primero, estuviese en el dorso de la mano y, segundo, que fuesen de impregnación, como si la mano hubiese estado en contacto con alguna superficie.

—Mira, la mano izquierda tiene manchas de sangre, pero fíjate en la derecha…

—Eso no es extraño, ha sangrado mucho por la herida del pecho. Se habrá puesto las manos cuando le dispararon y las manchó al tocar la herida —interrumpió Miguel con la respuesta más lógica.

—Pero es que lo que está manchado es la región dorsal, no la palma.

—Pues le habrá salpicado del disparo.

—Sí, puede ser, pero no es una mancha de proyección, sino de contacto. Es como si hubiese rozado algo con sangre, aunque puede que solo sea de su propia ropa.

Miguel se acercó, observándola con detenimiento, y añadió:

—Pues ¡vas a tener razón! Esta sangre parece que se encuentra coagulada. La mancha parece de contacto.

Miguel apoyaba el hallazgo con optimismo. Era una persona muy constructiva que tenía siempre en cuenta las consideraciones de los demás, a pesar de su mayor experiencia. A Carlota le gustaba trabajar con él. La trataba como a un igual; no tenía la actitud paternalista de muchos compañeros cuando una mujer más joven trabaja con ellos.

Si esta sangre estaba coagulada solo podía significar dos cosas: si

la sangre era de Gonzalo, indicaba un cierto tiempo de supervivencia. Era su propia sangre que, al ponerse la mano en la herida o por contacto con la ropa, se había coagulado. Por lo tanto, se encontraba vivo en esos momentos. La muerte según los testigos había sido instantánea. Pero también podía significar que fuese de otra persona. Ante este indicio, decidieron recoger cuidadosamente con una torunda de algodón esta sangre para enviarla al laboratorio.

Tras la recogida de la sangre con el algodón, la mano quedó prácticamente limpia. Carlota siguió restregando la torunda, porque la piel quedaba con un tono morado. Eso no era sangre, al quitar la mancha había dejado al descubierto un hematoma. Sí, en los nudillos de la mano derecha tenía una zona de contusión, un pequeño hematoma sobre las articulaciones.

—Miguel, debajo de la mancha hay una equimosis.

Ambos se miraron. La experiencia les indicaba que la causa más frecuente de contusión en esta zona era tras dar un puñetazo contra un objeto. ¿Habría dado Gonzalo un puñetazo a algo o a alguien antes de morir? ¿Qué quería decir esto? Ahora no tenían la respuesta, pero lo anotaron en el informe para que quedase reflejado. Más adelante, cuando unieran las piezas, quizás le encontrasen la explicación.

Miraron con lupa toda la mano, el pulpejo de los dedos, los pliegues interdigitales y las uñas por si encontraban algún resto de algo, solo algunas ramitas y piedras. No había ni pelos ni fibras. Por si encontraban algún indicio, aunque fuese microscópico, recogieron cuidadosamente el contenido de las uñas, enviándolo al laboratorio. Siguieron examinando las manos, los antebrazos y los brazos, sin encontrar otras lesiones o heridas. La contusión en el dorso de la mano derecha era lo único que ponía de manifiesto un posible forcejeo entre la víctima y su agresor.

En ese momento, Felipe llamó a la puerta y entró a la sala con sus preparativos para tomarle las huellas dactilares.

—¡Justo a tiempo, acabamos de terminar con la toma de muestras de las manos! Puedes tomar las huellas dactilares cuando quieras —comentó Carlota.

Felipe se puso a trabajar. Sacó sus tintes y le impregnó el dedo. Preguntó si necesitaban algo más y salió hacia donde ya le estaban reclamando.

Carlota y Miguel continuaron con el examen externo. En la inspección de las extremidades inferiores no encontraron ningún hallazgo significativo. Una vez completado el exterior, pasaron al examen interno de la autopsia.

Tras la incisión lineal del cuero cabelludo separaron las dos partes, quedando al descubierto el cráneo. No presentaba ninguna lesión ni traumatismo. Con una sierra mecánica, Pablo, el auxiliar, lo abrió y apareció a su vista el cerebro. El cerebro, el centro de la vida, que con sus circunvoluciones nos hace pensar, sentir, crear… No presentaba lesiones macroscópicas, es decir, a simple vista no presentaba contusiones ni hemorragias.

En el tórax, la incisión longitudinal se hizo procurando respetar las heridas de los orificios del proyectil. Lo abrieron con cuidado para no enmascarar el trayecto del proyectil. Si cortaban cerca o sobre esa zona, ello podía inducir a error sobre el verdadero trayecto. Este había que seguirlo a través de los tejidos. Era muy importante para conocer la dirección del disparo. La incisión continuaba hasta el pubis. Mientras Carlota con una jeringuilla extraía las muestras de sangre para determinaciones analíticas, Pablo manejaba el costotomo para cortar las costillas, separando el peto costal. Lo levantó, dejando al descubierto las cavidades pleurales y pericárdicas.

Había gran cantidad de sangre en las cavidades pleurales derecha e izquierda, que fueron sacando cuchara a cuchara sobre una probeta calibrada para medir la cantidad total. Esto explicaba la escasez de sangre que Carlota había observado en las ropas de Gonzalo durante el levantamiento de cadáver. Tanto Carlota como Miguel concentraron la mirada en el color oscuro que se apreciaba en la cavidad pericárdica. Con una pinza, Carlota levantó la membrana muy fina y blanquecina del pericardio, abriéndolo en su parte anterior con unas tijeras. Cogió el corazón con una mano y al levantarlo, cuál no sería su sorpresa cuando vieron que el disparo había seccionado linealmente toda la pared lateral y posterior, quedando el corazón abierto en dos mitades. El disparo no podía haber sido más certero. El corazón se había abierto como un libro. Esto explicaba una muerte tan rápida. Con el corazón levantado, la otra mano seccionó con un bisturí los vasos que salen y entran del corazón. Lo depositó sobre la bandeja.

Terminaron de extraer las vísceras torácicas. Al levantar el pulmón izquierdo, atravesado por la munición con una herida abierta, vieron que el fondo pleural estaba lleno de unas bolitas grises. Debajo de la herida del pulmón derecho, también había. Eran perdigones. Estos, que se habían separado del haz central de la munición al tener menor energía cinética, no habían sido capaces de atravesar todos los tejidos y se habían quedado en la cavidad pleural. Ya tenían también el tipo de perdigones. Uno a uno fue recogiendo los perdigones y metiéndolos en un recipiente para enviarlos al laboratorio. Recogieron más de una treintena.

Una vez disecados todos los planos torácicos, reprodujeron la trayectoria del proyectil, superponiendo los tejidos que habían sido afectados.

—Parece que la trayectoria está más clara. El disparo entró por aquí en la región anterior izquierda del tórax en la línea anterior axilar, siendo este el orificio de entrada —parecía apostillar Miguel, señalando la región anterior del tórax muy próximo a la axila.

—Entró en la cavidad pleural a través del espacio quinto y sexto intercostal, atravesó el pulmón izquierdo, pasó por la pared lateral y posterior del corazón y salió por el espacio intercostal segundo y tercero en la parte posterior derecha del tórax —continuó Carlota mientras iba señalando con el dedo una trayectoria imaginaria del proyectil.

Cogieron una sonda y la colocaron en el trayecto calculado para hacer las fotos del informe de la autopsia. Con el estilo técnico propio del oficio, fueron redactando el informe: «…tras la realización de la autopsia, la trayectoria del disparo es de delante hacia atrás, de izquierda a derecha y ligeramente de abajo arriba…», pues así situaban la dirección del disparo en las tres dimensiones del espacio.

Miguel se quedó pensativo y añadió:

—Esto quiere decir que se dio cuenta de que le iban a disparar en el último momento, pues para dejar al descubierto esta zona tuvo que girarse y levantar el brazo intentando defenderse. El disparo le entró por el tórax, atravesándole el corazón.

Aún no habían terminado, faltaba el abdomen. La cavidad peritoneal no tenía sangre. Todo lo contrario, el aspecto y coloración de las vísceras era muy pálido. Había perdido mucha sangre por el disparo en el tórax, las vísceras habían quedado exangües. La morfología de las vísceras abdominales, el bazo, el hígado, el páncreas, el intestino delgado y el grueso. Todo era normal, excepto un pequeño quiste urinario en el riñón derecho que no tenía trascendencia ni clínica ni forense.

La tensión comenzó a descender. Prácticamente habían terminado. El cansancio se notaba en sus rostros. El sudor les empapaba el gorro. Las gafas estaban empañadas. Solo quedaba preparar las muestras para enviarlas al laboratorio. Las rotularon, las metieron en las neveras y las precintaron, mientras Pablo cerraba las cavidades. Salieron quitándose las batas, los guantes, las mascarillas y las botas.

Eran ya las seis de la tarde. Estaban cansados, pero necesitaban comentar la autopsia. Cuando iban llegando al despacho, escucharon que Pablo se acercaba. Algunos familiares que se encontraban fuera

habían insistido en hablar con ellos. Carlota y Miguel se miraron, estaban cansados. Además, no podían dar muchas explicaciones en tanto las investigaciones se encontrasen bajo el secreto del sumario. Asintieron y se dirigieron a una pequeña habitación próxima a la sala de familiares del tanatorio. Una señora y una muchacha, vestidas de negro, con los ojos enrojecidos y las caras embotadas de tanto llorar entraron tímidamente. Carlota las reconoció, eran María y Carmela, la novia y la madre del fallecido. La señora habló de forma entrecortada:

—Queríamos pedirles un favor —casi suplicó.

—Por supuesto, si se encuentra en nuestra mano —pudo responder Miguel antes que Carlota.

—Hemos traído el traje de la boda de Gonzalo. Nos gustaría que lo vistiese con él —dijo tímidamente la muchacha alargando a Carlota una bolsa.

Una sensación de sorpresa y tristeza les invadió. Casi imperceptiblemente, Miguel y Carlota cruzaron las miradas. Sus caras no lo reflejaron, era el entrenamiento de muchos años.

—No se preocupe, se lo pondremos —esta vez respondió Carlota, alargando la mano hacia el bulto que le entregaban.

Ambas les dieron las gracias mientras les entregaban la bolsa. Durante unos segundos se quedaron mirando, parecía que querían decir algo, pero sus bocas permanecieron cerradas. Se dieron la vuelta y salieron.

No hubo en esos momentos la pregunta que siempre se hace después de una autopsia: «¿De qué ha muerto?». Eso lo tenían muy claro: de un disparo. No hubo en aquellos momentos la curiosidad mórbida, que siempre sorprende, de conocer cuál era la víscera dañada. Solo hubo tristeza. Y el pensamiento de que Gonzalo llegase a donde ellos creían que iba con su traje de boda.

Ahora se sentían cansados física y psíquicamente. Antes del encuentro con la madre y la novia de Gonzalo habían decidido ir a tomar una cerveza, ya que estaban sedientos, pero decidieron irse a casa. Algún día de la semana siguiente se verían para comentar los hallazgos de la autopsia.

Carlota se subió al coche y se dirigió a casa. Siempre disfrutaba del camino de vuelta, pero especialmente después de una autopsia. Quizá fuese una reacción egoísta de ser humano el sentirse aliviada de haber estado al lado de la mesa de autopsias, no en ella. El cuerpo humano, cuando se le va la vida, ¡queda tan indefenso! La claridad de la tarde la deslumbraba. En el inicio del verano los campos, al menos todavía algunos, se mantenían verdes, rojos y amarillos, salpicados de

amapolas rojas. El poder ver todo ello le hacía sentir una inmensa alegría. Se sentía muy agradecida de poder disfrutarlo.

Al divisar su casa, su mente y su cuerpo se relajaron. El trabajo quedaba guardado en un cajón de su mente. Al entrar en la casa, la primera en recibirla fue Tara, su perra. Era tanta su alegría que, tras ponerle las patas en el estómago, le pasó un lengüetazo por la cara. Tara era un pastor alemán demasiado grande para tener pedigrí. Carlota miró a la perra pensando que algún antepasado se había desviado de la genética de la raza. Al entrar en casa, con el olor a comida, su estómago le recordó que no había comido. Javier la estaba esperando para comer. Era muy tarde, pero sabía que le esperaba. Los fines de semana procuraban comer juntos. Lo encontró medio adormilado en el sofá. Le dio un beso en silencio. Subió a darse una ducha rápida, sin escuchar sus protestas por la hora de llegada. Carlota necesitaba una ducha, por muy hambrienta que estuviese; eso era paso obligado después de una autopsia.

—¿Te queda mucho o voy sirviendo la comida?

Javier la apremiaba desde la cocina. Carlota se lio una toalla a la cabeza y bajó las escaleras. Después de comer se la secaría, ahora el estómago le daba pellizcos.

—¿Cómo ha ido la autopsia? —preguntó Javier mientras le colocaba un plato de espaguetis delante.

Ese era el plato estrella de su limitado repertorio. Los fines de semana le tocaba cocinar.

—Bien, un poco larga. Me encuentro hambrienta y cansada.

Carlota le relató el episodio del traje con la novia de Gonzalo. Javier no tenía nada que ver con la profesión médica, pero llevaban muchos años juntos. Solían comentar las cosas. Ser antropólogo le daba una perspectiva diferente a la de Carlota. Su visión de las cosas siempre la ayudaba a comprender un poco mejor su trabajo. Conocía perfectamente sus casos. Comentaba con él si había visto a una mujer o a un niño maltratados, no sus lesiones, sino dónde y cómo vivían, cómo eran sus padres o sus maridos, el ambiente en el que se encontraban. Javier empezó a explicarle la importancia antropológica del vestido y la muerte. Carlota se encontraba muy cansada, en esos momentos no se podía enfrentar a una clase magistral sobre el tema. Cariñosamente le puso el dedo en la boca para indicarle que se callase. Necesitaba echarse en la cama.

Morfeo se empeñaba en apartar sus brazos. La mente de Carlota divagaba. No dejaba de pensar en el motivo y en la persona que había disparado a Gonzalo. En principio no debía ser un desconocido, en la

fiesta solo había gente conocida del pueblo, pero tampoco podía descartarlo categóricamente. La persona había disparado desde muy cerca y, casual o no, el disparo había ido directo al corazón.

Carlota casi no recordaba los días antes de irse a vivir con Javier. Era una mujer práctica, quizá demasiado pragmática. No preparó mucho aquellas cosas que creemos necesarias para la vida diaria. Solo sabían que querían estar juntos. Pero no podía imaginarse lo que se puede sufrir con la muerte de la persona con quien se va a compartir la vida. Era imposible. Nunca se llega a comprender completamente lo que es quitar la vida a otro ser humano.

CAPÍTULO TERCERO

Los casquillos

Como muchos otros días cuando estaba de guardia, Víctor llegaba muy temprano al juzgado para repasar los papeles de la semana que comenzaba, antes de que se iniciase la actividad del juzgado. Más tarde, con las continuas interrupciones, le era prácticamente imposible sacar todo el trabajo que quería. Vivía muy cerca del juzgado. Víctor se encontraba en su despacho, un poco adormilado por las noches que pasaba en vela pendiente de su hijo pequeño de cinco meses al que le costaba dormir. Su mujer también tenía que madrugar para ir a trabajar, de modo que ambos se turnaban para levantarse, ver lo que le pasaba e intentar calmarlo como buenamente podían. Era lunes, le quedaba toda la semana por delante. Unos golpes en la puerta le sacaron del adormecimiento. La respuesta de «¡pase!» salió de su boca de forma automática mientras se incorporaba en su asiento. La figura atlética de Antonio, el teniente de la Policía científica de la Guardia Civil, quedó enmarcada en el quicio de la puerta. Saludando, cerró la puerta tras de sí. Se sentó enfrente, donde le indicaba la mano de Víctor.

Víctor continuaba pensativo. Esa mueca en su cara, al entrecerrar sus ojos tras las gruesas lentes, le acrecentaba aún más el aspecto bonachón. Su cara redonda rápidamente se puso alerta. A su interlocutor no dejaba de sorprenderle la vivacidad de sus gestos y movimientos, que no concordaban con su aspecto corpulento, algo grueso. Antonio era un agente muy profesional, meticuloso, seguro en su trabajo y algo susceptible. Había ido a verle muy temprano para poner en su conocimiento las diligencias que habían realizado durante todo el domingo; él y su unidad habían estado trabajando.

—Buenas, Antonio. ¿Habéis encontrado algo?

—Desde ayer por la mañana hasta que hubo claridad suficiente estuvimos rastreando los alrededores de la zona donde le dispararon a Gonzalo Martín, pero no hemos tenido mucha suerte. No hemos encontrado ningún arma.

—Nosotros tenemos algunos datos que la médico forense ha extraído tras realizar la autopsia. La hora de la muerte la podemos situar, con los datos obtenidos de las declaraciones de los testigos y los fenómenos cadavéricos, entre las diez y diez treinta de la noche. También ha encontrado munición de perdigones en el cuerpo de

Gonzalo, por lo que el arma homicida se trataría de una escopeta de cartuchos de perdigones.

Víctor estaba dispuesto a ponerle al corriente de los hallazgos en la autopsia, pero Antonio le interrumpió en este punto para poder aportar los datos de su trabajo. No quería que los suyos quedasen relegados.

—¡Ah! Sí… Ayer encontramos varios casquillos alrededor de los arbustos donde se encontró el cuerpo de Gonzalo. Con la munición que se ha hallado en el cuerpo, a ver si la podemos relacionar con algunos de los casquillos que hemos recogido. Aquí los traía para que se enviasen al laboratorio con las otras evidencias. Era fácil suponer que podría ser una escopeta de perdigones, pero, claro, ahora tenemos la certeza. En esa zona, la afición a la caza es mucha. Además, todo el mundo tiene escopetas para cazar.

Víctor le siguió poniendo al corriente de los hallazgos de la autopsia que Carlota le había comunicado por teléfono la tarde anterior. Ella aún no podía emitir un informe ni unas conclusiones definitivas sin los resultados de las muestras enviadas al laboratorio, pero le había transmitido su opinión. No parecía que hubiese habido defensa o lucha entre la víctima y su agresor, o al menos intensa; solo una contusión en la mano derecha de Gonzalo. Esto orientaba a que Gonzalo conocía a su agresor, aunque tampoco se podía descartar que este lo hubiese tomado por sorpresa sin darle tiempo a defenderse. Antonio aportó su experiencia: en estos pueblos tan pequeños y tan cerrados de la sierra, una persona extraña llama mucho la atención. Cualquier persona que lo hubiese visto lo hubiese relatado en las declaraciones. Él, como Carlota, también opinaba que lo más probable era que Gonzalo conociese a la persona que lo mató. Y no solo eso, incluso podía aventurar que la persona que lo hizo se encontraba en la fiesta.

—¿Cuántos disparos tenía el cuerpo? —inquirió Antonio para obtener la información que necesitaba para la investigación.

—Parece que solo tenía un disparo, aunque había dos orificios, parece que uno es de entrada y otro de salida. El número de disparos que hubo no lo podemos afirmar rotundamente por ahora, pero sí sabemos que solo uno impactó en el cuerpo de la víctima. Además, sabemos que este disparo se realizó a muy corta distancia, a menos de un metro, sin ser a bocajarro, según calcula la médico forense.

—¿Y el taco se encontró en el cuerpo? Eso nos ayudaría mucho a relacionarlo con el casquillo para poder encontrar el arma homicida —se interesó el policía.

—No, el taco del cartucho no se encontraba en el cuerpo. La

médico forense opina que, al presentar orificio de entrada y salida, el resto del cartucho al salir tendría ya muy poca fuerza, por lo que tendría que estar en algún sitio cerca. La velocidad de salida ya sería mucho menor que la de entrada —le explicó Víctor intentando reproducir lo que Carlota le había explicado.

—Si encontrásemos el taco podríamos saber con exactitud si alguno de los casquillos que hemos encontrado corresponde a la munición que mató a Gonzalo. Es una zona de caza, así que es normal encontrarlos, pero a ver si tenemos suerte. Vamos a empezar por si alguno de ellos coincide con algún arma registrada.

—Me parece bien, pero eso es casi imposible. Sabes tan bien como yo que la mayoría de las armas que funcionan por aquí no están registradas. Los furtivos, no nos vayamos a engañar, están a la orden del día.

El tono de la voz de Víctor dejaba traslucir un cierto grado de pesadumbre.

—Bueno, empezaremos por las registradas y seguiremos con las «conocidas». En el pueblo nos conocemos todos. Todo el mundo lamenta lo que ha pasado e insistiremos en que cooperen.

Antonio le intentaba dar ánimo, sin mucho convencimiento, porque sabía que era muy difícil.

Víctor insistió en que el viernes la comisión judicial, es decir, él mismo, José y Carlota, se desplazarían al lugar donde ocurrió el homicidio para intentar la reconstrucción de los hechos. Le siguió informando de los otros datos que conocían tras la autopsia. Carlota había determinado la probable posición de la víctima con respecto al agresor, la trayectoria y la dirección del proyectil en el cuerpo. Con todo ello, se podía determinar la posición del arma cuando fue disparada, la distancia del disparo… Así podrían intentar reconstruir cómo se produjo la muerte de Gonzalo. Con todos estos datos, la búsqueda en los alrededores podría ser dirigida a algunos puntos determinados que pudiesen presentar alguna evidencia de lo que ocurrió esa noche hasta la muerte de Gonzalo.

Tras terminar Víctor de expresar sus planes, escucharon unos golpes en la puerta. Carlota se incorporaba a la reunión. Víctor la puso en antecedentes sobre los casquillos que Antonio había encontrado en el lugar del homicidio. En relación con la autopsia, Carlota solo le insistió en que no había habido signos de lucha, lo que la llevaba a pensar que Gonzalo conocía a la persona que le disparó. Antonio ya se marchaba.

—Te esperamos el viernes a las nueve. Seguid con el rastreo de la

zona y ya me contarás lo que encontráis —concretó Víctor, estrechándole la mano de pie en la puerta de su despacho.

—Hasta el viernes —se despidió Antonio. Salió del juzgado pensando que no le gustaba la idea de que el juez fuese a inspeccionar la zona. Además, esta médico forense era un poco entrometida. Él creía que no hacía falta que interviniera. Ellos sabían hacer su trabajo.

Tras Antonio, Carlota salió del despacho de Víctor con la bolsa que contenía los casquillos que habían encontrado en la mano. Había sido muy amable al traerlos para cotejarlos con los perdigones que estaban en el cuerpo de la víctima. Pero en su interior se sentía molesta consigo misma por no haberlos encontrado ella. Quizá tenía que haber sido más minuciosa, se regañaba para sus adentros. Para aliviar su conciencia, insistió en su diálogo interior: «Ellos han rastreado la zona al día siguiente, con más claridad y luz, nosotros solo estuvimos por la noche». Ella solo se había alumbrado con la luz de las linternas, era muy difícil incluso distinguir las siluetas de las personas. Tendría que estar más atenta cuando fuese el viernes, con la luz del día, se decía para sí misma Carlota.

Ya en su consulta, terminó de etiquetar y embalar los casquillos. Los unió en la misma nevera donde tenía el resto de las muestras que había preparado tras terminar la autopsia, incluidos los perdigones que había encontrado en el cuerpo de Gonzalo. Con el peso y el tamaño podrían determinar el calibre de la munición según la normativa española de cartuchería en el laboratorio de criminalística. Al enviar también los casquillos podrían ver si alguno de ellos correspondía a los perdigones que se les remitía. Lo remitió todo al laboratorio del Instituto Central Forense.

CAPÍTULO CUARTO

Las visitas

Era una mañana temprano cuando el todoterreno de la Guardia Civil entraba en Albarrán. Los pequeños tractores de los hombres que iban a los campos se apartaban en las calles estrechas cuando se iban cruzando con él. En el pueblo solo quedaban las mujeres que se dedicaban a las tareas domésticas; las que trabajaban en el campo salían ya con los aperos debajo del brazo, parándose a mirar cómo pasaba el coche. En la plaza, el coche pasó junto a los pocos ancianos que se quedaban sentados al sol desde las primeras horas de la mañana. Llegaron a la calle que buscaban —en realidad un callejón— y aparcaron en un ensanchamiento cerca de donde vivían las personas a las que los guardias tenían que ver esa mañana. El sargento Rodríguez y el agente Pérez se dirigieron a la dirección que buscaban.

Llamaron a la puerta. Tardaban un poco. Habían avisado que iban a visitarlos esta mañana para que no se ausentaran de la casa ni se fuesen a sus faenas agrícolas. Era la casa de los padres de María, la novia del fallecido en la despedida de soltero. Rafael Merino, el padre, era peón en la finca donde habían ocurrido los hechos. La puerta se abrió. Una anciana de piel muy arrugada, muy encorvada, pero de ojos muy vivos, les preguntaba a voces qué querían. Escucharon una voz de mujer en el fondo del pasillo:

—Abuela, déjelos pasar. Es la Guardia Civil.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —exclamó la abuela, abriendo los ojos como platos.

La silueta de una mujer apareció en la estancia contigua a la puerta, cogió a la abuela del brazo y la llevó a sentarse a un sillón mientras la tranquilizaba:

—Abuela, no ha pasado nada. No se preocupe. Siga sentada. Pasen, por favor —la voz de la mujer invitaba a entrar a los dos agentes que permanecían de pie bloqueando la entrada de la casa. Cuanto menos tiempo estuviesen allí, menos gente los vería y menos comentarios sobre la visita de la Benemérita.

—Perdonen que les molestemos, pero hemos preferido venir a verlos solo para hacerles unas preguntas y así no hacerles ir a nuestras dependencias —se disculpó el sargento Rodríguez, un hombre ya maduro, fornido y con más experiencias similares de las que hubiese deseado. Había llegado hacía pocos meses al cuartel de una localidad

cercana del que dependía esta aldea, por lo que aún no conocía a todos los vecinos de las pequeñas localidades de los alrededores.

—No se preocupen. La abuela está sorda y con la cabeza algo perdida. Pasen, por favor. Siéntense —les invitaba la señora más joven que había aparecido al fondo.

El sargento supuso que se trataba de Rosario Castejón, la mujer de Rafael Merino y madre de María, la novia de Gonzalo. Él y su compañero estuvieron esa noche de guardia en la finca. Aunque estaba oscuro, les parecía la misma mujer, pero su cara se había vuelto más afilada. Su rostro había envejecido. Entraron en la casa y permanecieron de pie junto a la puerta para ver mejor. Ya empezaba el verano. La casa se encontraba casi a oscuras, con las ventanas y persianas casi cerradas para que la casa no se calentase al mediodía, como se hace en todos los pueblos donde el verano es muy caluroso. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pudieron ver a una mujer de mediana edad vestida de negro que les intentaba sonreír, pero cuyos ojos traslucían una gran pena.

—Muchas gracias, pero preferimos quedarnos de pie; no estaremos mucho tiempo. Lo primero es decirles que sentimos mucho la muerte de Gonzalo. ¿Y su hija? ¿Se encuentra algo mejor? Esperamos que sí. En realidad, queríamos hablar con su marido, Rafael Merino. ¿Se encuentra aquí? —sondeó el sargento Rodríguez, dejando caer el objetivo de su visita.

—Sí, esperen un momento que voy a avisarle, sabía que iban a venir y no ha ido a trabajar, pero está en el fondo del patio, en el corral, dando de comer a las bestias. No nos dijeron la hora a la que vendrían —aseguró Rosario, levantándose de su asiento y desapareciendo por el fondo del pasillo.

—Una pena, ¿verdad? ¡Qué desgracia, Dios mío! —casi gritó la anciana muy rápido, como si hablase consigo misma.

Los agentes se miraron y no contestaron. Estaban acostumbrados a hacer visitas como estas. Las habían hecho muchas veces en su trabajo, pero esto no evitaba que les invadiese en los primeros momentos la misma sensación de incomodidad. La mujer, a los pocos minutos, apareció con un hombre todavía joven, fuerte y muy moreno por las horas pasadas al aire libre.

—Buenos días —saludó Rafael con la boca casi cerrada y de forma poco inteligible. Se restregaba las manos de tal forma que podía escucharse el roce de su piel áspera al rozar una de las manos con la otra. No le gustaba que la Guardia Civil viniese a su casa. Todos sus vecinos verían el coche aparcado en su puerta.

—Buenas. Somos agentes del cuartel de Sierra Blanca. Sentimos molestarle en estos momentos tan dolorosos, pero estamos trabajando para poder aclarar los hechos en relación con la muerte de Gonzalo Martín. Veníamos a tomarle declaración. Hemos creído que sería menos inconveniente para usted que hablase con nosotros en su casa en vez de hacerle ir a nuestro cuartel. Solo queremos que nos cuente lo que pasó esa noche, aunque sea doloroso para usted el recordarlo —indicó el sargento, girándose para dirigirse a su subordinado y apuntarle —: Pérez, prepare la grabadora, por favor.

El otro agente, un joven de veintitantos años recién salido de la academia, sacó un pequeño aparato del bolsillo. El sargento Rodríguez había estado muchos años en la ciudad, pero después de morir su mujer decidió trasladarse a aquel pequeño cuartel. Sus hijos ya no estaban en casa, se habían independizado para irse cada uno a un punto distinto de la geografía. Él también había nacido en un pequeño pueblo y, aunque había perdido sus raíces en él, quería volver a echarlas en otro. No tenía muchas aspiraciones de ascender en el cuerpo, pero era muy minucioso en su trabajo. Los métodos que estaba instaurando en el pequeño cuartel no estaban muy bien vistos por el resto de los compañeros. Ellos llevaban en el cuartel desde hacía muchos años y estaban acostumbrados al ritmo de las gentes del campo. «Demasiado moderno», decían a sus espaldas. El copiar las declaraciones o atestados con una grabadora les parecía que no pertenecía a su mundo.

—Cuando quiera puede empezar —indicó Rodríguez.

—Bueno… No sé… —balbuceó Rafael sentándose en una silla.

—¿Prefiere que le vaya preguntando o… ? —le ayudó el agente.

—Bueno… En realidad, lo que quiere que le cuente es lo que yo hice ese día, ¿no? —le interrumpió Rafael en un arranque de energía.

—No se preocupe. Lo que pueda recordar —le tranquilizó el sargento.

Rafael seguía relatando con gestos nerviosos. Las frases salían entrecortadas, poco enlazadas entre sí. Era hombre de pocas palabras. Para llevar su casa, su trabajo en el campo o cuidar sus animales, no le hacían falta muchas palabras. No estaba acostumbrado a dar discursos. Comenzó refiriendo los recuerdos de ese día tan confuso para su mente. Ese día el dueño de la finca les había dado permiso para no ir a trabajar, por lo que se había quedado en casa para darles de comer a los animales. Cerca de la hora del almuerzo se había ido para la finca. Cuando llegó ya estaban preparando un arroz en la lumbre. Estuvieron bebiendo y comiendo casi todo el día. No recordaba muchos detalles sobre lo que hizo él o los otros asistentes a

la fiesta. No se había fijado en nada, había bebido bastante. Al final de la tarde, cuando se encontraba recogiendo los aparejos de la lumbre para dejarlos en el cobertizo que se encontraba en la parte posterior del patio de la casa, escuchó el disparo. Afirmó no recordar si fueron uno o dos disparos. Salió corriendo hacia el lugar donde le pareció haberlo escuchado. No llegó de los primeros, pues estaba un poco más apartado que el resto de las personas que se encontraban en la finca. Cuando vio el cuerpo de su futuro yerno, estaba ya sin vida.

Los dos agentes escuchaban atentamente cada palabra del relato, aunque este no había sido muy detallado. Cuando terminó de hablar Rafael, tras una pausa, el sargento le indicó:

—Antes de marcharnos me gustaría terminar con algunas preguntas. ¿Tenía Gonzalo algún problema que usted supiese?

—No —negó rotundamente.

—¿Algún enemigo o alguna rencilla con alguna persona que usted conociera?

—No, que yo supiera. No le tratábamos desde hacía mucho tiempo. Se marchó del pueblo, pero mi hija lo adoraba. No hacía más que hablarnos de él, de todas sus buenas cualidades. Es lo único que le puedo decir.

—¿Alguna cosa que usted quiera añadir? —sugirió el agente mirando a Rafael fijamente.

—No —contestó Rafael con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el suelo.

Rodríguez, con un gesto, le indicó a su subordinado que retirase la grabadora; habían terminado.

—Bien, ya nos marchamos. Muchas gracias por su colaboración. De todas formas, quería decirle que, si en cualquier momento recuerda algo, por favor, no dude en contactar con nosotros.

Se levantaron y salieron.

Era la penúltima visita que les quedaba por hacer. Habían estado en la casa de los familiares y amigos presentes en la despedida de soltero, preguntando a cada uno si querían ampliar las declaraciones que habían hecho ante el juez. Para la última visita habían dejado la casa de los padres de Gonzalo y de María, porque habían respetado su dolor. Querían dejar pasar algo más de tiempo, aunque tampoco lo podían retrasar ya más. El juez les estaba solicitando las nuevas declaraciones de todos los asistentes desde hacía algunos días.

Al salir de la casa, la luz de la mañana les deslumbró. Se dirigieron con el todoterreno a la finca El Mayoral. Desde la noche de

la muerte del muchacho en la despedida de soltero, no habían vuelto. Ahora visitarían a sus padres, Juan Martín y Carmela Castro. Era la visita más difícil.

Entraron en la finca por el portalón oxidado de la entrada y siguieron el camino hasta la casona. A la altura de esta, el camino se bifurcaba: el de la derecha llevaba hacia la arboleda donde se encontró el cadáver y al fondo, el río. Ese ya lo conocían, pero si torcían a la izquierda, rodeando la casa por detrás del patio central del cortijo, llegaban a donde estaba la vivienda del capataz. Era una casa pequeña, pero con una fachada recién blanqueada y muy cuidada. La apariencia contrastaba con el de la casona.

La puerta estaba abierta y, como era costumbre en las casas del campo, no había timbre. El sargento Rodríguez carraspeó para avisar de que estaban allí. Tras el segundo carraspeo seguía sin aparecer nadie. Decidió asomarse dentro, al tiempo que anunciaba unos buenos días. En la habitación no había nadie, pero en el fondo se oía el trajinar de unos platos. Un segundo buenos días un poco más alto hizo que el ruido de fondo cesase y apareció la figura de un hombre en la sala. Rodríguez reconoció a Juan Martín, el padre de Gonzalo.

—Veníamos buscando a Juan Martín.

—Buenos días, les estaba esperando. No los había oído llegar. Siéntense, por favor. Les puedo ofrecer un café, pero no les puedo asegurar que sea bebible; a mí no se me da muy bien prepararlo y mi mujer no se encuentra muy bien.

Juan les indicaba con la mano que se sentasen en un sofá verde de plástico con pañitos de croché en el respaldo y en los brazos, muy limpios, pero que dejaban traslucir las grietas del paso del tiempo.

Rodríguez empezó con las mismas disculpas que había transmitido a la familia de María en la visita anterior. La cara de Juan, muy demacrada y con los ojos enrojecidos, reflejaba los días tan amargos que estaba viviendo. El guardia comenzó a sentir de pronto una desazón dentro de sí que le invadió durante algunos minutos. Recordó la muerte de su mujer. No la dejó instalarse dentro de sí durante más tiempo, su obligación era tomar declaración a aquel hombre.

—Sabemos que es muy doloroso recordar lo sucedido, pero hemos venido para tomarle declaración. Hemos creído más conveniente venir a su casa que hacerle ir al cuartel.

—Se lo agradezco.

Juan tomó aliento. Parecía que le dolía el recordar. Un dolor profundo que colocó una máscara de tragedia en su rostro.

—Ya casi no me acuerdo de lo que pasó, de recordarlo tantas

veces. Intento encontrar alguna forma de haberlo evitado, de haberlo intuido para que mi hijo estuviese todavía conmigo. Lo único que puedo decirle es que ese día… —A Juan le costaba hablar. Con cada palabra tomaba aliento, parecía que no iba a terminarla porque le faltaba ese aliento, pero continuó—: Estuve con él todo el tiempo, estaba muy orgulloso de él. Iba con mi brazo sobre su hombro, de corrillo en corrillo, hablándoles a todos de él, del trabajo tan bueno que tenía, de la boda tan buena que hacía. Bueno, casi todo el tiempo, porque en esa hora maldita lo perdí de vista por unos minutos. Fue al escuchar el disparo cuando se me heló la sangre. Corrí hacia donde lo había escuchado. Fui el primero en llegar. Lo encontré tirado en el suelo con una herida en el pecho, lleno de sangre. Gonzalo me miró con esos ojos grandes que tenía, solo le pude escuchar su último aliento. Quería entender en ese suspiro quién le había disparado.

Se interrumpió; no podía seguir hablando. Quedó con la mirada perdida, sin ninguna lágrima, sin ningún aspaviento. Simplemente, ya no le salían las palabras. Los dos guardias se miraron, también sin palabras. Dejaron pasar unos minutos en silencio.

—No dijo nada, solo le oí un suspiro. Sus ojos me dijeron adiós. No me acuerdo de nada más.

Rodríguez se recuperó y con voz cauta, reflejando el respeto que sentía, añadió:

—Sabemos lo difíciles que son estos momentos, pero tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Había alguna rencilla entre Gonzalo y alguna de las personas de esta localidad?

—No.

—¿Había discutido con alguien en los últimos días?

—No.

—¿Escuchó usted algunas voces o alguna disputa antes de los disparos?

—No.

—¿Vio usted a alguien hablando o discutiendo entre los árboles con Gonzalo?

—No

—Al llegar a donde estaba su hijo, ¿vio usted a alguien alrededor?

—No.

Un no rotundo seguía a cada pregunta. Su hijo no tenía enemigos. Él no lo había visto discutir con nadie. Y, si había discutido, él no lo recordaba. Ya no se acordaba de nada, incluso se le había borrado la cara de su hijo. Juan calló. No dijo ninguna palabra más. Quedó

ensimismado, mirando algo a lo lejos.

Los agentes se despidieron. Al salir, la luz del mediodía les volvió a deslumbrar. En el coche, el trayecto de vuelta al cuartelillo lo hicieron en silencio. Mañana pasarían por escrito las grabaciones de las declaraciones para enviarlas al juzgado. Una desazón les recorría el cuerpo.

CAPÍTULO QUINTO

La arboleda

La semana pasaba volando. Carlota no había tenido tiempo de ordenar sus ideas después de la autopsia. La noche del jueves se sentó tranquilamente a ordenar sus notas. Al día siguiente irían al lugar donde había ocurrido la muerte de Gonzalo. Quería llevar las ideas bien claras. Sabía la posición de la víctima respecto a su agresor en el momento del disparo: el agresor se encontraba delante de Gonzalo, empuñando la escopeta ligeramente orientada hacia arriba por la trayectoria mínimamente ascendente con la que el disparo había desgarrado las vísceras internas de su cuerpo.

Pero lo que más le intrigaba era la posición de Gonzalo. Este se encontraba enfrente, con el cuerpo girado parcialmente hacia la derecha, presentando al arma su lado izquierdo del pecho por donde entró el disparo, saliendo por la parte posterior derecha. No se encontraba plenamente de frente, sino que se giró un poco; probablemente, en el último segundo, se dio cuenta de que la persona que se encontraba enfrente iba a disparar. En el último momento fue consciente de que se encontraba perdido. En ese último momento, mediante un movimiento reflejo, en el que solo le dio tiempo a girarse un poco, ni siquiera a huir. ¿Por qué no huiría antes? Solo se dio cuenta en el último tercio de segundo, el tiempo de un giro de escasos grados. Conocía a esa persona, incluso Carlota podía afirmar que confiaba en esa persona. Gonzalo era un joven fuerte, si hubiese intuido el peligro se hubiese defendido y probablemente hubiese vencido a su agresor. Pero no luchó. Solo en el último momento comprendió lo que le iba a pasar.

Contra algo se defendió. A algo o a alguien le dio un puñetazo, pero ¿es esa la defensa que se espera cuando sientes a la muerte cerca? A Carlota no le encajaban las piezas, pero aún era muy pronto para sacar conclusiones. Quizá se defendiese en el último momento, o quizá Gonzalo diese un puñetazo por otro motivo. La llamada de Javier para cenar la sacó de sus cavilaciones. Rápidamente terminó sus notas sobre la posición de los cuerpos y la trayectoria del disparo; hizo un dibujo esquemático sobre el papel, mañana lo aplicaría *in situ*. Cerró la carpeta de sus notas. Al llegar a la cocina, Javier protestó por su tardanza.

—¿Qué estabas haciendo? ¿No te parece un poco tarde? ¡Voy a morir de inanición!

—Mañana vamos a Albarrán a intentar reconstruir la muerte de Gonzalo. Durante la semana he tenido tanto trabajo que no me había parado a escribir ni a pensar sobre los resultados de la autopsia. He estado haciendo un esquema. Quiero tener las ideas claras para mañana aplicarlas allí.

Carlota se sentó a la mesa delante de su ensalada. Javier siempre mostraba interés por el trabajo de Carlota, pero siempre sin detalles sangrientos. Más que los hallazgos de las vísceras en las autopsias, le gustaba la parte detectivesca de su trabajo. Carlota le resumió lo que había estado pensando arriba en su despacho. Su opinión sobre que la persona que había disparado a Gonzalo debía ser muy conocida. Incluso… En ese momento de confidencias se atrevió a confesar sus más íntimas sospechas que, por supuesto, no le había dicho a Víctor. El disparo de esa persona había sorprendido a Gonzalo, hasta el punto de dejarlo paralizado para defenderse o huir. Javier, como persona optimista que complementaba el realismo de Carlota, exclamó:

—¡Qué interesante es tu trabajo!

Carlota no era tan consciente de ello en esos momentos, cuando los casos y los problemas se le acumulaban, pero sí, le gustaba su trabajo. Sobre todo cuando veía el final, que no siempre era posible.

Cuando terminaron de cenar, recogieron la mesa juntos. Al ver lo tarde que era, decidieron irse a la cama.

Al sonar el despertador, Carlota se dio la vuelta en la cama. Era viernes, no tenía a nadie citado. Llegaría un poco más tarde al juzgado. Iba a dormirse cuando se acordó de que había quedado temprano con Víctor. Tenían que ir de nuevo a Albarrán, al lugar del crimen. La Guardia Civil les recogería antes de las nueve. Dio un beso a Javier, que seguía en la cama, diciéndole que no vendría a comer ese día. Procuraban comer siempre juntos en casa para poder descansar en el sofá en la sobremesa. Era uno de los pequeños placeres que mantenían a rajatabla. Vivir en una ciudad pequeña lo permitía. Siempre le avisaba cuando no lo hacía.

Carlota llegó la primera a la puerta del juzgado esa mañana. A los pocos minutos se sumaron José y Víctor. La comisión judicial estaba completa. El coche que los llevaba a la finca llegó casi en el mismo instante. Antonio, el teniente de la Guardia Civil, salió del coche saludándoles. A Joaquín, el otro agente de policía judicial de homicidios, ya lo conocían de la noche que dispararon a Gonzalo. Inmediatamente se pusieron en marcha, recorriendo de nuevo el camino de montaña que los llevó a la finca El Mayoral la primera vez, aunque ahora era de día. El paisaje era muy distinto al que vieron aquella noche. Durante el día, los olivos brillaban sobre el terreno

rojizo y amarillento con la entrada del verano. Cuando pasaron a la zona del cultivo de cereales, el amarillo oro los deslumbraba, salpicado de motitas marrones que intuían que eran perdices con sus perdigones correteando.

—¿Se ha encontrado algo más?

La pregunta de José rompió la pesadumbre que parecía invadirles. Todos se encontraban absortos en sus pensamientos con la mirada fija en el paisaje. Ir otra vez a aquel lugar les hacía rememorar muy vivamente lo que habían vivido la semana anterior. La voz de Antonio captó la atención.

—Hemos peinado las zonas próximas donde se encontró el cadáver, pero no se ha encontrado nada más. Los casquillos de cartuchos ya se están investigando. Se han enviado al laboratorio, ¿verdad?

La pregunta iba dirigida a Carlota. Esta sabía que se lo preguntaría, por lo que le respondió rápidamente.

—Los envié personalmente el mismo día que los dejaste en el juzgado.

No había tenido tiempo de llamarlo para decírselo, de modo que se lo acababa de recriminar con el comentario. Aunque se conocían desde hacía mucho tiempo y ambos confiaban en el trabajo del otro, la suspicacia de Antonio a veces le molestaba a Carlota. Antes de que hablase esta, Víctor intervino para exponer la información que hasta ese momento tenía el juzgado.

—He vuelto a leer las declaraciones de todos los presentes en la fiesta; no sabemos si por el alcohol que había bebido no vieron nada o porque no quieren decirlo. El caso es que de las declaraciones no hemos podido sacar mucho en claro. En principio, seguro que se realizó un disparo. La mayor parte de la gente afirma que se produjo solo uno, aunque una o dos personas afirman haber oído dos.

—En la autopsia —completó Carlota la información— solo encontré el trayecto de un único disparo de cartucho de perdigones, aunque esto no quiere decir que no se efectuasen otros que no impactaran en el cuerpo de Gonzalo. Lo que sí sabemos es la posición de la víctima respecto al agresor, la trayectoria del proyectil y, aproximadamente, la distancia a la que se realizó el disparo. Si esto lo trasladamos al lugar donde se encontró el cuerpo, a ver si podemos reconstruir cómo ocurrieron los hechos. Inspeccionaremos detalladamente el lugar para poder sacar algo más en claro.

—He ordenado que el lugar se encuentre vigilado y acordonado por agentes. Hay un coche permanentemente allí para que nadie se

acerque. Espero que hoy, que vamos a trabajar coordinados el juzgado, la médico forense y la Policía científica, podamos completar la inspección y encontremos algún indicio de importancia para la investigación —añadió Víctor con un ligero tono de optimismo en su voz, queriendo transmitir un poco de ánimo al resto.

El camino se hacía más estrecho, la altura desde el borde de la carretera hasta el fondo era cada vez mayor. Al mismo tiempo, el paisaje se hacía más verde y fresco, distinto del que acababan de pasar. El lugar de esta finca era de los más privilegiados de la provincia. Era uno de los parajes con más fauna y flora autóctona de la comarca, debido a que un río la recorría. Al pasar una curva tras una colina, la vista de la finca apareció ante ellos. El paisaje era de una belleza espectacular, pero ninguno de ellos se percató del cambio. El trabajo les esperaba. Antonio había avisado por radio a otra patrulla para que saliera a esperarlos. Nadie se acordaba de cómo desplazarse dentro de la finca. Ya divisaban el coche de la patrulla a la entrada de la finca, que había salido para esperarlos.

—No parece el mismo sitio visto de día que de noche —musitó Víctor exponiendo en voz alta sus pensamientos.

El agente Pérez, que ya les esperaba, al ver llegar el coche del teniente con la comisión judicial salió del todoterreno a recibirlos.

—Buenas, señoría —saludó—. Me siguen, por favor. Los llevaré al lugar de la finca donde se encontró el cadáver.

—¿No habrán dejado el lugar sin vigilancia? —interpeló Víctor al agente.

—No, señoría, mi compañero se ha quedado allí para guardarlo. Yo he traído el coche para indicarles el camino. —Subió al vehículo, lo puso en marcha y avanzó por el camino que se abría ante ellos.

El coche pasó por un portalón con un arco metálico, en el que otrora debió poner «Finca El Mayoral», pero que ahora era ilegible porque había perdido muchas letras. El color verde brillante que seguramente tendría en algún momento tenía color óxido con tenues manchas de color verde claro. El camino de tierra pasaba por delante de la casa. Viendo de frente el caserón, a la luz del día, se podía apreciar su aspecto descuidado, si bien conservaba el porte de las casonas de señorío. Tomaron la desviación de la derecha, parándose a los pocos metros.

—Este sendero termina en el río —dijo el agente al bajarse del coche.

Al salir del vehículo, una brisa fresca acarició los rostros. Sus caras cambiaron un poco, ya que venían algo mustias del calor del

coche.

—¡Qué temperatura tan buena hace aquí! —Carlota no pudo evitar la expresión al sentirlo. Enrojeció levemente por haberse dejado llevar por esa sensación en un momento que no le parecía el adecuado.

—Esta arboleda en la que estamos se encuentra cerca del río. Si seguimos este camino nos lo encontramos a unos cien metros —les aclaró el agente, que conocía ya la finca como la palma de su mano. Le habían correspondido muchas horas de vigilancia desde el viernes pasado cuando se había producido el homicidio. En el puesto no había muchos agentes para repartirse los turnos de guardia.

A la izquierda del camino había un pequeño matorral rodeado por un círculo de árboles. Carlota reconoció el lugar donde se encontró el cuerpo de Gonzalo. Era difícil imaginar que ese lugar tan alegre y fresco en este momento, con el trino de los pájaros casi ensordecedor junto al murmullo del río que se escuchaba ahora tras unos minutos de permanecer allí, hubiese sido el lugar de tan trágico acontecimiento.

Vieron que un hombre con un perro se aproximaba a lo lejos. Al estar más cerca reconocieron a Juan, el padre de Gonzalo. Él sabía que estaban allí. Víctor llamó a un agente:

—Por favor, dígale que lo sentimos mucho, pero no puede acercarse aquí. Vamos a realizar unas diligencias en las cuales no puede estar presente.

El agente se acercó a Juan para transmitirle lo que el juez había ordenado. El hombre se quedó con los ojos fijos con una mirada suplicante y triste, pero se giró volviéndose sobre sus pasos. Sabían que era la persona más interesada en saber quién había matado a Gonzalo, su hijo, pero se había declarado el secreto del sumario. Víctor llevaba esto hasta sus últimas consecuencias. Ningún observador debía estar cerca de esta zona mientras permanecieran allí. Los agentes tomaron nota, ya no apareció nadie en las horas siguientes.

El teniente Antonio y Joaquín, su compañero de la Policía científica, se acercaron cargados con dos maletines. Todos se acercaron despacio, como con respeto, a la zona acordonada donde se encontró el cadáver. Carlota también llevaba su maletín.

El sargento Rodríguez, que se había quedado custodiando la zona, levantó la cinta para que pasaran. Antonio explicó que sus hombres ya habían revisado la zona del precinto concienzudamente, recalcando la inutilidad de su nueva visita a ese lugar. Explicó a Víctor que habían

desistido de recoger las huellas, porque había un gran número de pisadas. Recordó que en la toma de declaraciones se había recogido que, tras oír el disparo, todas las personas de la fiesta se habían agolpado alrededor del cuerpo de Gonzalo, luego las pisadas de todas las personas de la fiesta estarían por todas partes. Así que las pisadas solo indicarían que muchas personas habían pasado por el lugar de los hechos antes de la llegada de la Guardia Civil. Aunque había acordonado la zona rápidamente, recalcó, numerosas personas ya antes de su llegada se habían concentrado alrededor del cuerpo, intentando reanimarlo o comprobar el fallecimiento. Por último, añadió que ellos lo habían comprobado palmo a palmo y que sería muy difícil que hoy encontraran algo. Esto último lo dijo mirando a Carlota.

Carlota respondió con una mirada de indiferencia. Le daba igual. Tenía que hacer su trabajo. Hizo como si no se hubiese dado cuenta y pasó a ocupar la mente con los hallazgos de la autopsia. Era la misma mirada que en numerosas ocasiones se encontraba en los ojos de los miembros de diversos cuerpos policiales que auxilian a la justicia cuando oyen que viene el médico forense, al verla aparecer. Su aspecto, más aniñado del que en esas ocasiones le gustaría tener, hacía que desconfiaran de ella. Pero a los pocos minutos de trato se daban cuenta de que tenía más fuerza de la que aparentaba y de que era mucho más resolutiva de lo que se podía desprender de su aspecto. Estaba acostumbrada a esa mirada, que tampoco podía decir fuese exclusiva de los hombres. La misma expresión y los mismos comentarios surgen con idénticas características de los ojos y las bocas de las féminas. No había cena en la que, al ser presentada por algún amigo, al decir que era médico forense, no se deslizase el comentario de la mujer o del hombre de turno, aun de los niveles intelectuales considerados más altos:

—¡Y con ese aspecto y la cara que tienes! ¿Eres médico forense?

En esos momentos, notaba que la sangre fluía a su cara, pero conseguía controlarse. Recordaba la última mujer que hizo este comentario, que por cierto se las daba de muy feminista e intelectual. Entonces no pudo callar, a pesar de su empeño. Le contestó con un tono bastante irónico:

—Perdona, pero no sé si te has dado cuenta del comentario tan machista que acabas de hacer. Es el mismo comentario que veo en los ojos de los hombres cuando hago un levantamiento de cadáver.

Ante la evidencia, no tuvo más remedio que callar durante buena parte de la velada.

Tras este inciso mental, Carlota siguió pensando en los resultados

de la autopsia con la idea de situarse respecto al agresor y la víctima. Se acercó despacio, fijándose minuciosamente en el terreno que iba pisando, comenzando desde la zona más alejada. Palmo a palmo del suelo y los matorrales, hasta llegar al lugar donde estuvo tendido el cuerpo. Se agachó y miró detenidamente el suelo. Si había algún indicio que se hubiese desprendido del cuerpo de la víctima o del agresor tenía que encontrarse en el lugar donde supuestamente ambos habían estado situados. Con mayor probabilidad, encontraría algún vestigio en la zona donde se habría situado el presunto agresor. Pidió a un agente que se situase en la posición en la que ella creía que se podía encontrar Gonzalo en los momentos previos al disparo. La orientación de su mirada era una hipótesis basada en la posición en la que se encontraba el cuerpo de la víctima. Todos habían jurado o prometido que no lo habían movido; lo habían tocado, manipulado, abrazado, besado, pero afirmaban que no lo habían movido. Por lo tanto, según su hipótesis, se encontraba de cara a la casa y de espaldas al río, ya que la lesión infligida en su corazón probablemente no le hubiese dado la vitalidad suficiente para realizar ningún movimiento. Esa persona tenía que estar muy cerca, dado que el arma del crimen era con toda probabilidad una escopeta, tenían que sumar una pequeña distancia de separación por el cañón del arma. Como si se tratase de un tablero de ajedrez, pidió a otro agente que permaneciera donde creía que se había situado el agresor.

Colocó mentalmente el cadáver tendido en el suelo, la parte de la cabeza quedaba más próxima a un árbol y a los pies había un matorral de jara. Se agachó a registrar palmo a palmo el terreno que habían acotado. En la zona próxima al árbol donde estaba la cabeza había una mancha de sangre, más bien serosanguinolenta, es decir, ligeramente más clara que la sangre por la mezcla de esta con otras secreciones. Pensó que esto era probablemente debido a que en la inspección del cadáver, al reconocerlo por la parte posterior y colocarlo en decúbito prono, se había producido una salida de este líquido de la boca y de la nariz de la víctima o de ambas. Lo anotó.

Siguió mirando con detenimiento y descubrió una segunda mancha a poca distancia de la anterior, más lejos del árbol. Se encontraba en la parte que correspondía al tórax, estaba en relación con el vertido de sangre por el orificio de salida del disparo, en la parte posterior del tórax. Aunque la víctima no había sangrado mucho externamente, sí lo suficiente como para producir una mancha bastante visible. Alrededor, en el suelo, no se apreciaban otras manchas. «Si el agresor le disparó situado de frente a Gonzalo, tendría que estar de pie aproximadamente aquí, justo en estos arbustos de jara». Carlota escrutó en ellos, no parecía haber nada.

Como último recurso, sacó de su maletín una gran lupa que en muchas ocasiones anteriores le había servido y la aproximó al suelo. Las hormigas seguían su camino impasible bajo su mirada, pero seguía sin encontrar nada. Pero ¿por qué todas ellas se dirigían a un punto detrás del arbusto? Puso su lupa sobre una mancha negra. Se dio cuenta entonces de que todas ellas, junto con algunas moscas, se juntaban sobre una mancha roja oscura, casi negruzca. Una corriente de júbilo la embargó, hasta hacerla casi gritar:

—¡Parece que he encontrado algo! —dijo Carlota, que sin darse cuenta había congregado a su alrededor a todos.

—¿Qué es? —preguntaron casi al unísono Víctor y Antonio.

—Es una mancha que parece de sangre. No podemos cantar victoria tan pronto, tengo que enviarla al laboratorio —dijo de una forma ya más calmada, recuperando el control de sí misma.

Podía ser otra cosa. En la fiesta había habido comida. Podía ser cualquier sustancia de aspecto rojizo. Sin analizarla no podía asegurar nada, pero su aspecto le daba datos para pensar que no se equivocaba. Carlota se puso unos guantes y sacó de su maletín un hisopo y una ampolla de suero fisiológico estéril. Humedeció el hisopo y lo puso en contacto con la posible mancha de sangre seca, apartando a los visitantes de seis patas que tenía encima. La mancha se fue transfiriendo al algodón del hisopo.

—Puede ser que no tenga importancia. Puede que sea del cadáver, pero salvo que salpicara de su herida, la mancha nueva se encuentra un poco alejada de las demás manchas —añadió casi susurrando, sin importarle si la habían escuchado. La excitación no dejaba descansar a sus neuronas.

Continuaron alrededor de la zona, pero no encontraron ningún otro vestigio. Carlota no paraba de pensar en el siguiente paso: buscar el taco del proyectil. Sabía que era muy difícil, pero seguiría el mismo método. Se colocó en la posición en la que suponía que se encontraba el cuerpo de Gonzalo cuando recibió el disparo. Conocía la trayectoria del proyectil por la lesión que había encontrado en los tejidos internos del cuerpo de Gonzalo. Sacó sus apuntes de la autopsia, repasándolos. Gonzalo se encontraría de frente a su agresor, con el cuerpo ligeramente girado hacia la derecha y con el brazo izquierdo levantado, por lo que el disparo le había entrado casi por debajo de la axila, un poco más anterior, en el espacio intercostal, en los arcos costales quinto y sexto, saliendo por la región posterior entre los arcos intercostales segundo y tercero. La trayectoria era de delante hacia atrás, de izquierda a derecha y ligeramente ascendente.

—Esto quiere decir —explicó en voz alta— que el arma se

encontraba con el cañón ligeramente orientado hacia arriba. Por ello produjo un orificio de entrada más bajo que el orificio de salida en la espalda de Gonzalo. Resumiendo —añadió porque pensaba que se había ido un poco por las ramas con los tecnicismos—, la munición tendríamos que encontrarla en algún lugar detrás del lugar en el que se encontraba el cuerpo de Gonzalo, en aquella dirección —la señaló— en el suelo por la pérdida de la energía cinética al atravesar el cuerpo, o bien en algún punto cercano ligeramente descendente que hubiese encontrado en su trayectoria.

Todos se pusieron a buscar, unos en el suelo, otros en las ramas de los árboles situados detrás del lugar donde se encontraban. La búsqueda duraba, todos estaban cansados ya. Los agentes habían rastreado todo el terreno el día anterior. A todos les parecía inútil esta nueva búsqueda. No la rechazaron porque el territorio que se había acotado era bastante pequeño y el esfuerzo no iba a ser muy grande. Cuando iban a desistir, uno de los agentes gritó:

—¡Aquí está! —sin poder ocultar su júbilo.

No muy lejos de donde se encontraban rastreando los demás, el agente indicó un trozo de plástico gris muy deformado. En él se intuía su forma cilíndrica, con la base deformada y aplastada, y el resto formando lo que se llama «cuatro pétalos». Por suerte, en su interior quedaban algunos de los perdigones de su munición. Carlota sacó del maletín unas pinzas y lo cogió de entre las hojas de una jara. Lo examinó; estaba manchado de algo negruzco que interpretó que sería sangre de la víctima. Lo metió en una pequeña bolsa de plástico. Mañana lo enviaría al laboratorio de análisis de restos biológicos con determinación de ADN y de balística para cotejarlas con las otras muestras.

«Es un hallazgo muy precioso», pensó Carlota. Por un lado, si en la investigación del taco y de los perdigones apareciesen restos biológicos de la víctima, aseguraría así que esta era la munición que había producido la muerte al desgarrar el corazón a su paso por el cuerpo. Por otro lado, servía para que lo cotejaran con los casquillos que se habían encontrado al día siguiente de la muerte de Gonzalo, a los cuales no se les había dado mucha importancia ni tenían ellos muchas esperanzas de relacionarlo necesariamente con el homicida. Era una finca para la caza, podía haber muchos casquillos en todos los rincones. Pero si uno de los casquillos encontrados fuese de ese taco y munición, en él se investigaría la impronta característica de cada escopeta, lo cual podría llevar al arma con la que se había realizado el disparo que había causado la muerte de Gonzalo. Si todo saliese bien, el resultado podría relacionar directamente a la víctima con el arma

de su agresor. Y el arma podría llevar al autor del disparo.

No podían disimular la satisfacción en sus rostros. Todos estaban contentos. Aunque cansados y hambrientos, había merecido la pena.

Carlota también notaba el cansancio y el hambre, pero quería dar una vuelta por el área. Llevaba todo el tiempo dentro de la zona acordonada alrededor de donde se encontró el cuerpo. Quería recorrer la zona próxima para situarse un poco en el terreno y los alrededores. El sendero que habían tomado a la derecha de la casa, después de esa zona de árboles, giraba hacia la izquierda y se alejaba de la casa, terminando en el río. Buscó con la mirada a Víctor, avisándole con un gesto de que necesitaba revisar el sendero por si encontraba algo. Las miradas de impaciencia de Antonio, el teniente de la Guardia Civil, y los agentes se posaron sobre ella. Carlota les dio la espalda, pidiéndole con tono neutral a Joaquín, el agente de homicidios, que la acompañase.

Quizá era demasiado reiterativa o tenaz, pero es mejor pecar por exceso que por defecto. En su trabajo esto la libraba de dejar algún cabo suelto o de perder indicios muy preciados. ¡Qué fácil era todo en las películas americanas! «En la realidad es mucho más cansado y, casi siempre, más decepcionante», se decía a sí misma Carlota mientras seguían el camino, cuando llegaron a una arboleda de aspecto muy agradable cerca del río. Caminaba con energía, satisfecha con los hallazgos. Tenía un cauce amplio, con agua suficiente para darse un chapuzón en verano. Venía con bastante caudal, por el invierno lluvioso que habían tenido. Incluso pudieron ver alguna carpa asustadiza que huía al asomarse ella. Era delicioso y refrescante el murmullo del agua. Embriagada por el paisaje, Carlota se acercó a la orilla para mojarse las manos; se agachó sobre una piedra al borde del cauce, una piedra que parecía dispuesta por alguien para pescar o para descansar. Cuando apenas se había agachado, quedó petrificada. Había una mancha rojiza, alargada y seca sobre la piedra. Parecía sangre. Se la mostró al agente de homicidios que la acompañaba y que había traído su maletín. Sí, a él también le parecía sangre. Fuese o no, decidieron recogerla con el mismo procedimiento que habían recogido la anterior, en un hisopo con torunda de algodón, y envasarla en un frasco de muestras. La enviarían con el resto de las muestras al laboratorio.

Volvieron a donde se encontraba el resto del grupo, que los apremiaba para que se diesen prisa porque todos querían comer ya. Mientras subían por el sendero, Carlota le comentaba a Víctor lo que acababan de encontrar. Podía no ser nada, pero habían creído prudente recoger la mancha. Todas las muestras que habían recogido

podían más tarde convertirse en evidencias que aportasen alguna prueba. Estas nos conducirían al homicida.

El lugar se estaba llenando ya de curiosos que observaban hasta donde los agentes les dejaban estar. A lo lejos, Carlota creyó reconocer a Juan, el padre de Gonzalo, y a su lado a Rafael, el padre de María, que también trabajaba en la finca. Ambos con la mirada fija en el grupo que se marchaba. Carlota pensaba en sus muestras. Antes de meterlas en el maletín, las rotuló para saber dónde se había encontrado cada una de las muestras, que no hubiese confusión. Se sentía muy satisfecha; esto abría una serie de oportunidades para averiguar quién era la persona que había cometido el crimen.

Cuando el coche pasaba por la casona, vieron una casa pequeña de aspecto sencillo que estaba frente al patio posterior de la casa grande y de cuya existencia no se habían percatado antes. Carlota entrevió la figura de una mujer recogiendo la ropa tendida para ponerla a salvo del riguroso calor del mediodía. Era Carmela, la madre de Gonzalo, que se quedó mirando el paso del coche. Sus miradas se cruzaron; ambas mantuvieron la mirada durante unos segundos. Al dar la curva, desapareció.

Se habían retrasado más de lo esperado. El pueblo al que pensaban ir a comer quedaba a media hora de camino, pero todos estaban hambrientos. En aquellos momentos, era muy lejos. Decidieron sobre la marcha buscar en la aldea un sitio donde les diesen algo para saciar el apetito. A esa hora los estómagos mandaban; entraba cualquier cosa comestible. Albarrán no era más que una pequeña población donde no había restaurantes ni hoteles, solo un pequeño bar.

Por mediación del alcalde, que se enteraba de cualquier cosa a muchos kilómetros a la redonda, mucho más si era cosa del juzgado, consiguieron la comida. La dueña del bar les recibió en la entrada alisándose el delantal. Pasaron al fondo, a una habitación por detrás de la barra. Una vez se sentaron, les pidió disculpas por no tener muchas cosas a su disposición. Se tendrían que arreglar con un gazpacho recién hecho; de segundo, unos huevos fritos frescos recién puestos —apostilló— con patatas. Esas palabras sonaron bien en su estómago. Aceptaron encantados. Una vez sentada allí, Carlota miró a su alrededor: un mueble lleno de figuras con sus pañitos de encaje, el sofá, el televisor y la nevera. Era la sala de estar de los dueños, que habían puesto a su disposición su propio domicilio. Era una hospitalidad sencilla, que ofrecía lo que había.

Se agradecía el gazpacho fresco. La comida les pareció la mejor del mundo. Estaban todos satisfechos con el día. Mientras los platos

estuvieron llenos, el silencio se apoderó de la mesa. En los postres, ya con el nivel de azúcar en la sangre recuperado, la conversación derivó hacia temas triviales. Carlota desconectó la atención cuando el tema pasó a ser fútbol. Distraía su mirada por la habitación, sus pequeños detalles de porcelana, el jugueteo de una cortina colocada en una puerta al patio para que no entrasen las moscas ni mucha luz. Cuando la cortina volaba con alguna brisa de aire un poco más fuerte, se veían tres o cuatro pequeñuelos jugando con las gallinas y los perros o, más bien, mortificándolos.

Ya en el coche, la vuelta se estaba haciendo un poco pesada. Con la comida más bien copiosa y el ruido del traqueteo del coche, los ocupantes pensaban que no iban a llegar nunca. Cuando Carlota entró por la puerta de su casa, parecía que habían pasado años desde que había salido. Sabía que Javier estaba en casa, le gustaba encontrarlo al llegar. Un saludo desde la puerta le indicaba dónde estaba; la contestación llegó ahora desde su despacho. Allí, rodeado de montones de libros como siempre, sabía que lo interrumpía, pero quería hacerlo. Necesitaba verlo. Le dio un beso abordándolo por detrás, mientras preguntaba cómo le había ido el día. Un mecánico «bien» salió de sus labios, un poco por prestarle atención, pues estaba concentrado en sus cosas. No lo entretuvo explicando detalles, bastaba con saber que estaba allí. Lo dejó seguir con su trabajo, sentándose en el porche con la perra. Le encantaba sentarse relajadamente a mirar su jardín, por lo menos en cuerpo, porque su mente seguía trabajando, dando vueltas a todos los acontecimientos del día.

CAPÍTULO SEXTO

El accidente

Llegaba el fin de semana, pero a Carlota le tocaba volver a trabajar. No había parado en toda la semana y, aun así, tampoco podía planificar un fin de semana para descansar. A Carlota le gustaba su trabajo, pero en ocasiones el móvil le pesaba en el bolsillo. La planificación del descanso o del ocio quedaba siempre a expensas del déspota del móvil.

Esto tampoco quería decir que ella no planificase hacer cosas en su tiempo de ocio. Si la interrumpían, las dejaba lo más deportivamente que le era posible. La noche del viernes salía a cenar con Javier, a solas. En ocasiones se citaban con amigos, pero estos, tras sonar el aviso, se quedaban con cara perpleja, con mal sabor de boca por la interrupción y, en cierto modo, por el morbo del trabajo que se imaginaban esperaba a Carlota. En fin, esa noche del viernes pudieron tener una cena bastante tranquila y agradable en la zona ajardinada de un restaurante a las afueras de la ciudad.

Ya en la casa, cuando estaban tendidos en el sofá y Javier la acariciaba por entre las piernas, sonó el móvil.

—Soy Víctor. Lo siento, pero volvemos a tener trabajo, y eso que ya no te quería ver más este fin de semana —su voz sonó algo somnolienta al otro lado del teléfono al hacer esta medio broma con la intención de suavizar un poco la rigidez del momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carlota, intentando disimular su disgusto.

—Me ha llamado la Guardia Civil; ha habido un accidente de tráfico en la carretera de los montes. Una motocicleta se ha salido de la carretera y se ha precipitado por un barranco de unos cinco metros. Les he dicho que llamen a alguna unidad de rescate. Han avisado a los bomberos —concretó para ponerla en antecedentes de forma casi telegráfica.

—De todas formas, nos vamos para allí, ¿no? —apuntó levantándose ya del sofá, conociendo la respuesta.

—Sí, quedamos en el juzgado, nos lleva la patrulla. Hasta ahora.

Javier la miraba con cara de resignación. Sabía que era su trabajo, pero a veces el aviso les sorprendía en un momento de intimidad que era fastidioso romper. Carlota se fue para el dormitorio pensando rápidamente en el equipo «todoterreno» que tenía que preparar. Un

pantalón vaquero caqui y unas buenas botas por si le tocaba escalar. Un chubasquero para protegerse de las noches frescas en la sierra. Dio un beso a Javier, despidiéndose sin mirarlo, para no ver el gesto de fastidio en su cara.

El coche les esperaba parado en la puerta del juzgado. José ya estaba de pie esperando con una mueca de desgana. Carlota saludó brevemente; ella tampoco tenía muchas ganas de hablar. A los pocos minutos, llegó Víctor y se pusieron en camino.

—Lo más probable es que ya estén los bomberos donde se ha producido el accidente. Les avisé nada más terminar de hablar con Víctor. También he avisado a la funeraria —afirmó Antonio, el teniente de la Guardia Civil, dirigiéndose a Víctor, mientras conducía el todoterreno.

Aunque a Víctor ya le habían comunicado lo ocurrido, este preguntó a Antonio algunos detalles de lo que había pasado, puesto que de este modo llegarían al lugar donde había ocurrido el accidente con un conocimiento más exacto de lo que había sucedido. Los agentes que se encontraban allí habían puesto al corriente de algunos pormenores. Al volver de trabajar en el campo en un ciclomotor, en una de las numerosas curvas de sierra, tras salirse de la carretera, una persona había caído a un barranco de unos cinco metros, junto a un arroyo. El coche que iba detrás lo había visto y había avisado al puesto de la Guardia Civil. Uno de los agentes había bajado para auxiliarlo ayudado por sus compañeros, pero el hombre ya había fallecido.

Al dar una curva, la noche solo dejó ver unas luces rojo anaranjado que destacaban en un lateral de la carretera, junto a las azules de la patrulla. Los bomberos habían llegado. También el furgón de la funeraria. Alrededor de los coches se dibujaban las siluetas de un grupo de personas. Aparcaron en un lateral muy estrecho de la carretera y se bajaron todos por el mismo lado, ya que por el otro era imposible, porque daba directamente al cortado. Se dirigieron a donde estaban los bomberos trabajando. Desarrollaban una actividad frenética, sacando unas pequeñas grúas y unos cabos para preparar el descenso. Un bombero ya estaba terminando los preparativos para deslizarse hacia abajo por las cuerdas.

—Buenas noches —saludó Víctor.

—Señoría. Buenas noches —respondieron los agentes mientras se ponían firmes, haciendo el saludo.

—¿Cómo ha ocurrido? —interpeló Víctor, que ya sabía a grandes rasgos lo sucedido. Los agentes, que habían llegado primero y habían interrogado a los testigos, conocían siempre los hechos con una mayor

precisión.

—Un hombre con su motocicleta en esta curva se ha precipitado al vacío y ha caído al fondo de este barranco. Los testigos del coche que iba detrás han relatado que el motociclista iba despacio, pero con una conducción un poco extraña —explicó el agente de mayor graduación a la comisión judicial.

—¿Extraña? ¿Qué quiere decir? —interrogó Víctor.

—Pues que en algunos momentos invadía el carril contrario o iba haciendo vaivenes de un lado a otro. Ya en esta curva más cerrada, perdió el control y se precipitó al vacío —terminó de precisar el agente que estaba al mando.

—¿Cómo va el asunto? ¿Dónde se encuentra exactamente el cuerpo? —preguntó Víctor mientras caminaban hacia el borde del barranco.

—En el fondo, a unos cinco metros, muy cerca de la orilla del río. Menos mal que no ha caído en el agua, pues entonces el rescate hubiese sido aún más complicado de lo que está siendo en estos momentos. La oscuridad de la noche hubiese hecho casi imposible el rescate del cuerpo en el agua.

—¿Cómo está la bajada?

Víctor pensaba en cómo hacer el levantamiento. Tenían que llegar al cadáver, pero ya veía la dificultad de los hombres con los preparativos.

—Muy mal. Los bomberos están intentando llegar al lugar para ver cómo sacamos el cuerpo. Ya ha oscurecido y la cosa se está poniendo cada vez más difícil.

El borde del barranco estaba delimitado por unas piedras de filos muy cortantes; la polea estaba preparada y uno de los bomberos comenzó la bajada apoyando sus gruesas botas sobre las aristas de las piedras. Los compañeros desde arriba le alumbraban con unos potentes focos para ayudarle en el descenso. Llegó al fondo, lo vieron agacharse al lado del cuerpo. Tras reconocer la situación, pidió que lo volvieran a subir.

—Es muy difícil, pero se puede subir el cuerpo entre dos personas —les comunicó, con la respiración entrecortada, cuando alcanzó el borde de la carretera.

Carlota miraba a Víctor. Sabía lo que estaba pensando, pero no le gustaba. Su norma era hacer el reconocimiento del lugar donde se encontraba el cadáver por sí mismo, pero en su defecto le bastaba con que lo hiciera ella. Esa mirada implicaba que sus posibilidades de bajada eran nulas; sus limitaciones físicas no se lo permitían, pero ella

lo podía intentar. Él necesitaba que una persona de confianza reconociese el cuerpo en el lugar donde se había encontrado. A ella le gustaba hacer ejercicio, pero una cosa era caminar por la montaña y otra cosa muy distinta era la escalada por la noche.

—¿Creen que me podrían ayudar a bajar para que realice la inspección del cadáver antes de subirlo?

Carlota se lo oyó decir a sí misma, como si hubiese hablado otra persona. No podía creer lo que había dicho. Una sensación de ansiedad el recorrió el cuerpo, pero ya estaba dicho.

El agente que parecía estar al mando de la unidad de rescate le echó una mirada de arriba abajo para evaluar sus posibilidades físicas. Ella ya conocía esa mirada, por lo que ni se inmutó. Con una cara de duda reflejada dijo:

—Lo podemos intentar.

Se volvió dándole la espalda, empezando a dar instrucciones. Carlota se sacó el chubasquero; aunque hacía fresco, le estorbaba. Además, pensó que tendría tiempo de sudar, cosa que empezaba a delatar su cuerpo solo por el estrés de pensar en el descenso, incluso antes de iniciarlo. Abrió el maletín y extrajo unos guantes de látex y una pequeña linterna. Aunque la alumbrasen desde arriba, tendría que observar pequeños detalles que solo podría hacer con la ayuda de una linterna. Metió todo en un bolsillo del pantalón. Le colocaron un arnés y la engancharon.

Para estas ocasiones le servían su dieta y los ejercicios diarios que hacía para mantener el tono de los músculos, pensaba Carlota mientras la bajaban. El descenso no fue muy difícil con la ayuda de una cuerda, aunque tenía que reconocer que más bien debido a la destreza de los profesionales que la bajaron que a su potencial físico. Una vez llegó a donde se encontraba el cuerpo, encendió la linterna, se colocó los guantes y reconoció el cadáver: su posición, su situación, objetos de alrededor, sus manos y las lesiones más relevantes. No se entretuvo ni un segundo más del tiempo necesario, rápidamente pidió que la subieran.

Una vez arriba, mientras comentaba los hallazgos del reconocimiento a Víctor, José iba tomando nota de lo que ella iba describiendo. A su lado, dos bomberos bajaron con una camilla para subir el cuerpo. En ese momento se dio cuenta de que iban llegando algunas personas. Entre ellas distinguió a algunas que habían asistido a la fiesta en la que murió el novio. Uno de esos hombres era Juan, el padre de Gonzalo Martín. Al identificar el cadáver, Carlota comprendió por qué estaban allí. Se trataba de Celedonio Martín, un agricultor soltero que vivía solo y al que se le conocía una marcada

tendencia a abusar del alcohol. Era el tío de Juan. Víctor, que tenía buena memoria, recordó dónde lo había visto antes. Sí, se acordaba: era una de las personas que acompañaban a Juan cuando sonó el disparo durante la fiesta de la despedida de soltero.

Los dos hombres de la funeraria recogieron el cadáver envuelto en un sudario. Carlota se acercó a ellos y les dio instrucciones para su traslado al depósito judicial, así como para que al día siguiente sobre las diez estuviese todo preparado para la autopsia.

Regresaron a las dos de la madrugada a sus casas. Javier, como era sábado, le esperaba. Estaba tendido en el sofá, somnoliento, comiendo palomitas y viendo en la televisión una película.

—¿Qué tal ha ido la cosa?

—Bien, aunque he estado escalando montañas. Ya sabes cómo es Víctor. He tenido que bajar al barranco donde estaba el cadáver, pero ha sido muy interesante y… seguro —añadió al verle la cara que se iba transformando desde el sueño al asombro, con una pizca de terror —. Vámonos a la cama. Mañana te lo cuento con más detalle.

El despertador sonó al día siguiente. Carlota estaba muy relajada. Había dormido muy bien. Pero tenía que hacer una autopsia. Se levantó con energía a preparar el desayuno. Con un esfuerzo, Javier se levantó para desayunar con ella. Mientras preparaban el café, Carlota le contó a Javier con más detalle su aventura de la escalada. Rápidamente se vistió; se le había hecho un poco tarde.

Al ser domingo, casi no había nadie ni en la calle ni en la carretera. Al llegar al cementerio estaban esperándola, puntuales, los dos funerarios. Uno de ellos, después de dejarle el cadáver sobre la mesa de autopsias, se marchó a arreglar los papeles con la familia, mientras que el otro, que se llamaba Pedro, se quedó como siempre para ayudarle en la autopsia. No era una autopsia difícil. El traumatismo en la cabeza había sido muy grave, por lo que las lesiones eran muy evidentes. Aun así, hizo la autopsia detenidamente. En apariencia, era un accidente de tráfico. Además, la causa de la muerte estaba clara. Pero la autopsia judicial no se hace solo para determinar la causa de la muerte, sino para descartar categóricamente la intervención de otra persona.

El hecho de que el accidentado fuese familiar de Gonzalo, el joven novio fallecido en la despedida de soltero, podía ser una casualidad, pero ella no lo sabía con certeza. Además, era uno de los testigos principales para la coartada de Juan Martín en el momento del disparo. En la inspección del cadáver se descartaron lesiones de defensa y lucha. Las heridas y contusiones parecían compatibles con un traumatismo producido por un accidente de tráfico. Además, todas

parecían vitales, es decir, producidas cuando el sujeto estaba aún vivo. Al terminar, Carlota se acordó de un caso muy conocido de la medicina forense que su preparador de oposiciones siempre le recordaba. El caso de una persona que había aparecido muerta debajo de su motocicleta, simulando un accidente de tráfico. Estaba llena de heridas y de sangre. La autopsia detallada demostró que había muerto por heridas de arma blanca y no por un accidente de tráfico. Este no parecía el caso. Al terminar, cerrando el cadáver, Carlota pensaba que los hallazgos de la autopsia le parecían relacionados con un accidente de tráfico. No obstante, examinaría el atestado con los datos técnicos del accidente cuando llegase al juzgado. Cuando salía con su coche del cementerio, se cruzó con algunas personas que llegaban con flores en las manos. Entre ellas pudo distinguir a María, la novia de Gonzalo.

El domingo pasó volando. Por la tarde, sumida en la pereza típica de las tardes de domingo, Carlota pensaba que de este fin de semana ni se había enterado. Mañana era lunes.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Los primeros resultados

Los días de la semana siguiente fueron pasando para Carlota muy deprisa. Tenía mucho trabajo en el juzgado. Los informes se le acumulaban. Durante ese tiempo, ninguna noticia del caso de la muerte de Gonzalo. Otros casos pendientes en la cabeza, que llenaban la realidad del trabajo de todos los días, lo habían relegado de su mente a un segundo término. Los acontecimientos de esa semana la hicieron, de nuevo, volver de lleno al asunto. Se encontraba en su despacho el miércoles cuando sonó el teléfono. Cuando Carlota lo descolgó, una voz femenina sonó al otro lado del auricular.

—Por favor, quería hablar con el médico forense de ese juzgado.

—Soy yo, dígame.

Carlota contestó con un tono ligeramente cortante a su interlocutora. No le gustaba que la interrumpiesen mientras pasaba consulta. No sabía por qué le habían pasado esa llamada. Mientras estaba trabajando, salvo por los imprevistos urgentes de la guardia, esperaban hasta que terminase.

—Soy Inmaculada Díaz del laboratorio de criminalística; quería hablar contigo en relación con un caso que me habéis mandado de ese juzgado. A ver… tengo los papeles delante… sí, en relación al homicidio de Gonzalo Martín —añadió el nombre, al parecer, al encontrarlo entre los papeles que debía estar revolviendo delante de ella.

Carlota la conocía de otros casos. Efectivamente, recordaba que era facultativa de criminalística del Instituto Central Forense.

—Sí, soy Carlota Suárez, la médico forense de este juzgado. Como habrás comprobado te hemos mandado las muestras en dos fases según las hemos ido recogiendo, pero todas son importantes. Además, no ha sido fácil encontrarlas.

Carlota relajó inmediatamente el tono; le interesaba esa llamada, pero quería dar a entender a la interlocutora que todas las muestras que ella había mandado eran muy importantes y necesarias, por si llamaba para quejarse de la cantidad de trabajo.

—Sí, ya hemos unido los dos envíos. Pero, en realidad, por lo que yo te llamaba es porque quería adelantarte algunos de los hallazgos que ya hemos concluido. A lo mejor os van ayudando a aclarar el caso.

La voz del otro extremo de la línea describió cada uno de los envíos. En el primer paquete se enviaron tres casquillos de diferente munición, todos ellos empleados en escopetas de caza, todas de munición de perdigones o de postas. Carlota rápidamente identificó los casquillos mencionados como los que había encontrado la Policía científica en el reconocimiento del día siguiente.

—Con las muestras de la autopsia también se enviaron algunos perdigones —seguía la voz haciendo recuento. «Que fueron los que encontré en la cavidad torácica», pensaba Carlota—. Y más tarde se envió un segundo paquete, donde se mandó un taco y algunos casquillos más. —«Que fueron los que encontramos en la reconstrucción de los hechos, al volver de día al lugar donde mataron a Gonzalo», completó mentalmente.

Carlota hablaba ahora rebuscando en su memoria los datos; le había sorprendido la llamada, un poco fuera de lugar. Tenía que situarse mentalmente.

—Sí, así es —contestó para darse tiempo mientras se levantaba de su asiento y rápidamente cogía la carpeta con los informes del expediente de Gonzalo. No quería cometer ninguna imprecisión basándose exclusivamente en los datos de su memoria. Continuó con los papeles delante—: El primer envío lo hicimos al día siguiente del homicidio, con las muestras de la autopsia y las de la Guardia Civil al realizar una nueva inspección del lugar. Y el segundo envío lo realizamos a los seis días, cuando la comisión judicial volvió al lugar de los hechos. Después de realizar la autopsia y de tener más datos de la posible trayectoria, pudimos encontrar un taco y más casquillos. El taco creemos que se puede relacionar con el homicidio de Gonzalo —continuó Carlota leyendo sus anotaciones, para cerciorarse de que sus datos coincidían con los que tenía su interlocutoria.

—En principio parece que hay buenas noticias. Uno de los casquillos que encontrasteis sí se corresponde con el taco y la munición que habéis enviado, por lo que se podrá identificar el arma. Y, además, hemos realizado la investigación de restos orgánicos en el taco, que ha dado positiva, por lo que lo voy a enviar a la sección de biología para intentar la identificación del individuo mediante el ADN —aseveró la voz al otro lado del auricular dejando entrever un cierto grado de optimismo.

—¡Es estupendo!

Carlota ya dejaba traslucir también el entusiasmo en su voz. Si se comprobaba que había restos orgánicos de tejidos y sangre en el taco y que estos pertenecían a Gonzalo, tendrían la certeza de que aquella era la munición que le produjo la muerte. Pero es que, además, con el

casquillo correspondiente podrían identificar el arma. Así se lo hizo constar a la voz del auricular para compartir su alegría, además de aclararle que comprendía perfectamente la trascendencia de los hallazgos obtenidos tras el detallado estudio.

—Por cierto —quiso saber la facultativa—, ¿mandasteis sangre de la víctima para cotejarla con estos restos?

Carlota respondió afirmativamente. No había mandado uno, sino varios envases para que tuviesen suficiente. Carlota pensó que su interlocutora del laboratorio quería cerciorarse del envío de muestras de la sangre. Hacía su trabajo lo mejor que podía.

—Estupendo, entonces no hay ningún problema. Sí os pido, por favor, un poco de paciencia para el siguiente resultado. Aunque le vamos a dar prioridad, es un proceso muy laborioso.

Su voz era cordial, aunque con un trasfondo que sugería que no le molestase durante el proceso de estudio. Le dejó caer también que tenían un caso de homicidio múltiple para el que tenían que realizar numerosas pruebas de ADN a muchos implicados y estaban un poco colapsados. De todos modos, lo harían lo antes posible.

Se despidieron. Carlota colgó el teléfono, no sin antes darle las gracias por haberla llamado para comentarle tan buenas noticias.

Carlota meditaba sobre la llamada. La técnica del ácido desoxirribonucleico, más comúnmente llamada del ADN, estaba basada a grandes rasgos en la identificación de parte del material genético incluido en las células que es característico y único de cada individuo. Teniendo tejido celular de un individuo, en este caso procedente de los restos orgánicos encontrados en la munición que produjo su muerte, con la técnica de ADN se puede hacer el diagnóstico del individuo con una probabilidad cercana a la unidad. Al aplicar esta técnica sobre los restos orgánicos del taco y la munición, contrastando estos hallazgos con la sangre indubitada de Gonzalo, se sabría con certeza que ese cartucho fue el que produjo su muerte. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, tenía otro indicio: con el casquillo ya se podía identificar el arma. La impronta que deja cada escopeta sobre el casquillo es característica de cada arma; es como su huella digital. Con esa huella se podría identificar el arma, cuando se encontrase, naturalmente, cosa que por ahora no resultaba nada fácil. La llamada había anunciado dos pasos hacia delante en la investigación.

No pudo quedarse sentada en el despacho tras esa llamada. La sala de espera de la consulta estaba llena de gente. Salió de su despacho para ir a ver a Víctor. Llamó a la puerta, pero no estaba. Estaba tomando declaración a un detenido, tardaría aún media hora. Carlota

volvió a la consulta a continuar con el trabajo. Mejor así, primero ordenaría sus ideas y después hablaría más despacio con Víctor, pensaba unos minutos más tarde.

Cuando acabó el reconocimiento de una mujer víctima de malos tratos, salió de nuevo, dirigiéndose al despacho de Víctor. Al cruzar el patio desde la consulta al despacho de Víctor, una bocanada de aire fresco le dio de lleno en la cara. El juzgado estaba instalado en un antiguo palacete, donde para cruzar de unas dependencias a otras había que atravesar un patio al que asomaban unas balconadas antiguas. Tocó en la puerta.

—¿Estás ocupado? —interrogó desde la puerta.

—No, pasa y siéntate —apuntó Víctor sin levantar la mirada del papel que estaba leyendo.

A los pocos segundos, Carlota se encontraba ya sentada delante del juez.

—Tengo buenas noticias. Me han llamado del laboratorio. Uno de los casquillos que enviamos del primer rastreo coincide con la munición que encontramos el día que fuimos por segunda vez. Y, además, la segunda buena noticia es que existen restos orgánicos en el taco de la munición; ahora van a intentar la identificación de estos restos mediante ADN.

Al terminar y fijarse en la cara de Víctor, Carlota se dio cuenta de que había hablado muy deprisa. No había entendido nada de lo que le había dicho. Con la tranquilidad y el buen humor que caracterizaban al juez, este la reprendió riendo:

—Bueno. Ahora cálmate. Tradúcelo para que lo entienda.

Con su entusiasmo, Carlota había olvidado que muchas veces hablaba en términos técnicos en la materia médica, como para sí misma. Su función fundamental en el juzgado era traducir todas las palabras médico-legales a un lenguaje inteligible para el lego en esta materia.

—Perdona. Te lo repito. Me han llamado del laboratorio de criminalística para anticiparme algunos datos de la investigación de la muerte de Gonzalo Martín. Son dos cosas muy positivas para nuestra investigación. Primero, que han encontrado restos orgánicos en el taco y, si se identifican estos restos encontrados en el taco como procedentes de la víctima, sabremos con certeza que esa es la munición que le ha matado. Y, segundo, al conocer la munición y el taco sabremos exactamente el casquillo al cual pertenece esta munición, de entre todos los que habíamos encontrado en el lugar de los hechos. Y lo más importante —se detuvo para recalcarlo—, al

tener el casquillo podemos identificar el arma que lo mató.

Víctor lo captó rápidamente.

—Esto se traduce en que, teniendo la munición y el casquillo, cuando encontremos el arma homicida, podremos identificarla.

—Sí, ya lo sabes. La forma de percutir el arma sobre los cartuchos o las balas es característica de cada arma, como su huella de identidad. Si tenemos su huella podemos identificarla.

Parecía muy fácil, pero no lo era. La clave estaba en encontrar el arma. Víctor, con cierto tono de ironía, añadió:

—Bueno, ya solo nos queda encontrar el arma.

Carlota dedujo, por las palabras de Víctor, que la Guardia Civil no la había encontrado. Él siguió reflexionando en voz alta:

—Ya sabes que esta es una zona de gente muy aficionada a la caza, tanto de caza menor como mayor. Todo el mundo tiene dos o más escopetas, por lo que la tarea no es tan fácil. De todas formas, no vamos a ir quitando todas las escopetas. A ver si por lo menos, con las investigaciones de la Guardia Civil, tenemos algún sospechoso, porque creo que hasta ahora hay en la localidad un hermetismo muy difícil de abrir. Por ese lado, las pesquisas se encuentran en un punto muerto. Nadie vio ni oyó nada. Nadie se dio cuenta de si alguien se ausentó de la fiesta. No había ningún extraño. Bueno, lo de hoy ya es un hálito que vuelve a animarnos. Me voy a casa que llevo una mañana con mucho trabajo. ¿Sabes que han detenido a los que robaron el otro día en la joyería del paseo? Era una banda muy bien armada y bastante peligrosa.

—Estupendo —concluyó Carlota—, así dormiremos más tranquilos. Yo también me voy, mañana será otro día. Espero no verte hasta mañana.

Esa era la despedida de todos los días. Significaba que no queríamos vernos como consecuencia de una llamada de la guardia.

En los días siguientes, la Guardia Civil había remitido al juzgado todas las declaraciones de los asistentes a la despedida de soltero. Una mañana, cuando Carlota le dio los buenos días a Víctor, este se las pasó. Las cosas parecían un poco más claras. Sobre el mediodía del día fatídico habían ido llegando los asistentes mientras terminaba de guisarse el arroz en el fuego. Habían empezado a beber. Casi al anochecer, como había referido la mayoría de los asistentes —ya que el sol es el reloj para las personas que viven de la tierra—, mientras cantaban y bailaban, habían oído un golpe seco. Casi todos lo

identificaron como un disparo. Se paró la música, todos se miraron sin entender qué estaba pasando, pero reaccionaron corriendo al unísono hacia los matorrales de donde parecía proceder el ruido. El primero en llegar fue Juan, el padre de Gonzalo. Y allí encontraron el cadáver. Se les había insistido en si después del disparo oyeron o vieron algo en los matorrales, pero todos los que estaban en la fiesta estaban demasiado inmersos en la música o presos en el adormecimiento de la bebida, de manera que no vieron ni escucharon nada. Carlota no veía que esto ayudase mucho.

—Algo es algo, por lo menos ahora tenemos un poco más claro qué fue lo que ocurrió; sabemos que solo fue un disparo y que, tal y como reaccionaron, pudo ser cualquiera, porque nadie se enteraba de qué hacía el de al lado.

—¡Qué ánimo das tú también! —protestó Víctor.

—Bueno, lo que quiero decir es que las declaraciones solo nos despejan la duda de que, al parecer, solo existió un disparo, aunque esto ya lo intuíamos. Un dato que no se nos puede escapar de las declaraciones es que los asistentes a la fiesta estaban en un cierto grado de embriaguez alcohólica, por lo que su tiempo de reacción para llegar al lugar donde se encontraba el cuerpo no fue, seguramente, muy rápido —Carlota quiso dar su punto de vista de médico forense.

—¿Qué me quieres decir? Que le dio al autor tiempo suficiente para huir, por lo que pudo acabar muy lejos.

—Si lo dices así, puede ser. Todo apunta a la posibilidad de que le diera tiempo suficiente para huir, esconder el arma y aparecer de nuevo. No podemos descartar, es más, yo diría que es lo más probable, que fuese alguien de la fiesta. Después de disparar volvería a incorporarse a la fiesta sin que nadie lo echase de menos.

—Lo tendría que haber hecho muy rápido, casi sin luz, porque estaba anocheciendo. Debía ser alguien, además, buen conocedor de la finca. Esto no descarta a muchas personas, ya que la mayoría son peones de esa finca, que es la más grande de la comarca. Buscaremos si, entre ellos, alguno tiene antecedentes penales —resolvió Víctor.

—Sí, conviene hacerlo —coincidió Carlota—. Lo que pasa es que, en un pueblo pequeño como este, los odios y las rencillas entre personas o familias, más que el dinero, pueden conducir al asesinato. Y desde fuera no sé cómo nos vamos a enterar. Ni a nosotros ni a la Guardia Civil nos van a decir nada.

—De todas formas —respondió el juez—, les diré a los agentes que se pasen de nuevo por la finca para inspeccionar los alrededores. Que

vuelvan a hablar con Juan Martín, por si supiese de algún recoveco o de algún asunto relacionado con su hijo —decidió Víctor como resultado de la conversación, pero sin saber muy bien a dónde los conduciría, ya que anteriormente habían inspeccionado el terreno y habían hablado con él.

Esa mañana, Carlota había recibido el resultado del análisis criminalístico del estudio de metales sobre los orificios producidos por el disparo en la piel del cadáver. Le explicó a Víctor que había remitido dos piezas para estudio al laboratorio: una de la parte anterior y otra de la parte posterior del tórax. La de la parte anterior, por las características morfológicas macroscópicas, parecía el orificio de entrada de un disparo realizado a poca distancia. El de la región posterior era, *a priori*, el de salida. Para obtener la confirmación criminalística de esta afirmación había enviado las dos piezas al laboratorio. Los resultados de la determinación por espectrofotometría de las concentraciones metálicas de plomo, antimonio y bario en los bordes de la herida remitidos por el laboratorio habían confirmado que, efectivamente, el orificio de entrada era el de la parte anterior del tórax y el de salida era el de la parte posterior. Estos hallazgos confirmaban además que el disparo se había realizado desde una distancia a menos de un metro.

Víctor se había perdido entre tanta determinación analítica; no pudo más que contestar, un poco desesperado entre tanto tecnicismo:

—Con todo esto, ¿qué me quieres decir?

—En resumen, quiere decir esto que, en primer lugar, el autor del homicidio se encontraba de frente a Gonzalo, estaban situados cara a cara, y, en segundo lugar, que el autor y el arma estaban, además, muy cerca de la víctima. Nos han confirmado que se trata de una escopeta con cartuchos de proyectiles múltiples. Los perdigones y el taco de plástico corresponden a un número de cartuchería para cazar animales grandes, como ciervos o jabalíes. Queda por conocer el resultado del estudio de los restos biológicos del taco que han remitido a la sección de biología para su diagnóstico.

Carlota terminó diciendo que se comprometía a llamar al laboratorio para que aceleraran el resto de resultados de los análisis. Se despidió del juez, aunque ese fin de semana les volvía a tocar guardia, deseándole que tuviese buen fin de semana, pues eso significaba que ella también lo tendría.

CAPÍTULO OCTAVO

Las manchas

El lunes, Carlota estaba de muy buen humor. Había tenido un buen fin de semana con Javier. Había descansado. Entraba por las puertas del juzgado cuando le dieron el mensaje. La habían llamado del laboratorio para que se pusiese en contacto con ellos lo más urgentemente posible.

Carlota se sentó cómodamente en el sillón de su consulta y marcó el número de teléfono que tenía en un papelito amarillo recordatorio, pegado en la pantalla de su ordenador. Su mesa era siempre un desastre de papeles, pero los de más importancia los salvaba del nivel de la mesa para ascenderlos al nivel de la pantalla del ordenador. Tras la espera amenizada musicalmente, le pasaron con la sección de estudios biológicos.

Cuando una voz respondió al otro lado del auricular, Carlota se presentó como la médico forense del caso de homicidio de Gonzalo Martín. Le habían dejado un mensaje para que llamase lo antes posible. Otra vez la música se escuchaba al otro lado del auricular hasta que pudiese localizar a la persona encargada del caso en esa sección. Mientras pensaba, como hacía con frecuencia en los instantes breves de tensión anticipatoria, lo fácil que parece todo en las películas americanas, constataba que la realidad es mucho más tediosa. Otra voz saludó al otro lado del auricular:

—Diga.

—Soy Carlota Suárez, la médico forense del caso de homicidio de Gonzalo Martín. Creo que me has dejado un mensaje para que te llamase lo antes posible —dijo presentándose Carlota al auricular, de nuevo.

—Sí, muchas gracias por llamar tan rápido. Soy Alejandro Bermúdez, uno de los facultativos de la sección de biología. Llevo el caso de Gonzalo Martín, por el que te he llamado. Quería precisar un poco sobre las manchas de sangre que enviasteis, porque nos han salido unos resultados que nos llaman la atención. En primer lugar, cuando realizaste la autopsia mandaste la sangre indubitada procedente del cadáver de Gonzalo, ¿verdad?

—Efectivamente, la etiqueté personalmente en los dos tubos de cinco centímetros cúbicos.

Carlota respondía con un ligero tono de disgusto por si acaso

estaba poniendo en duda su profesionalidad. «Estos técnicos encerrados en su laboratorio solo saben poner pegas y normas a los que estamos trabajando a todas horas», reflexionó Carlota, en un breve instante.

—De la autopsia —informó el facultativo del laboratorio— nos han llegado cuatro torundas de algodón impregnadas procedentes de cuatro manchas de sangre del cadáver: una de la cara, una de la mano derecha, otra de la mano izquierda y otra del tórax.

—Te parecerá raro que haya enviado las cuatro manchas de sangre del cadáver; no es para haceros trabajar más. Todas las manchas sobre el cadáver eran de proyección y de escurrimiento, cosa que no me llamó la atención. Pero al revisar cuidadosamente las manos, en la mano derecha encontré una mancha de sangre coagulada que parecía de contacto; por eso os mandé muestras de varias manchas de otros lugares, para cotejarlas.

El interlocutor de Carlota continuó en el mismo tono afable; estaba interesado en lo que quería decirle, sin que parecieran importarle los comentarios. La voz al otro lado del auricular continuó con la información.

—En un segundo envío nos llegaron más muestras de sangre que venían marcadas como «Sangre encontrada en el lugar de los hechos».

—Efectivamente —dijo Carlota—, varios días después realizamos una nueva inspección del lugar y encontramos varias manchas de sangre. Pensé que la mayoría de ellas podían pertenecer al cadáver de la víctima, por sus heridas y por la posterior movilización; sin embargo, más alejadas, encontramos dos manchas nuevas: una en el lugar del homicidio y la otra un poco más distanciada, cerca de un río próximo.

—Bueno —pareció decidirse el facultativo—, pues quería decirte que tenemos el inicio de algunos resultados. Hemos comenzado con el diagnóstico genérico, es decir, hemos comprobado que todas son muestras de sangre humana. Para el diagnóstico de la identificación del individuo hemos comenzado con el análisis de identificación del ADN. Ya esto nos indicó que no todas las manchas de sangre pertenecían al mismo individuo. La mayoría sí, pero algunas de estas manchas no eran de la víctima. En efecto, la de la mano derecha no procedía de su sangre, ni tampoco una de las encontradas en el lugar del homicidio. Por último, tampoco era suya la sangre de la mancha que enviaste marcada como «Cerca del río».

A Carlota una agradable excitación le recorrió el cuerpo. No era una persona soberbia, pero en ese momento se pareció genial a sí misma. Sus dotes de observación no las había perdido con la rutina de

los años, sino que, más bien, había ganado en precisión con la experiencia. No era producto de la improvisación, sino de la constancia y la paciencia que había adquirido con los años.

—Esta es una gran noticia. Pero ¿me puedes decir algo más?

La sangre de otra persona le indicaba que podía ser del que disparó a Gonzalo. Este era un gran hallazgo.

—Ya estamos finalizando con el análisis del ADN y tenemos algunos resultados. Os vamos a enviar un informe, aunque, si lo creéis necesario para la comprobación de resultados, necesitaríamos la muestra de células de la mucosa oral de los padres de Gonzalo y de los hermanos, si tiene alguno para contrastarla —el facultativo parecía sugerir algo que Carlota no veía claro.

—Creo que no tenía hermanos. Pero… —titubeó Carlota— muestras del padre y de la madre. ¿Me puedes adelantar algo más antes de que llegue el informe?

—La sangre de las otras manchas puede ser del padre de Gonzalo, pero para decirlo definitivamente queremos tener las muestras de la madre y del padre y cotejarlas con la de Gonzalo.

Carlota casi no escuchaba los detalles técnicos que añadió su interlocutor al otro lado de la línea. Este terminó diciendo que mandaría el informe, pero que, si lo creía necesario para la investigación, enviase las muestras lo antes posible para confirmar lo dicho.

La mente de Carlota analizaba los datos. Esto no era lo que ella esperaba. Su cerebro funcionaba ahora a cien pensamientos por segundo; iba tan deprisa que ni ella misma se aclaraba con lo que estaba pensando. ¿Qué quería decir que había manchas de sangre de Juan? Puede que esto no significase nada más aparte de que el padre sangró cerca del cadáver de su hijo. Puede que tuviera una herida y que esta sangrase. Además, era su padre, trabajaba en la finca y había tocado en repetidas ocasiones el cadáver de su hijo. En cuanto a la sangre del río, podía ser cualquier cosa: un anzuelo clavado al pescar o una herida producida al talar alguna rama; el sitio donde apareció la mancha era muy frecuentado por Juan.

Carlota se dirigió al despacho de Víctor; llevaba una cara que este, al verla, rápidamente le preguntó si había pasado algo. Le puso al corriente de su conversación con el facultativo del laboratorio. La determinación del ADN de algunas de las manchas había resultado que podían corresponder al padre de Gonzalo; mandarían un informe, pero para la confirmación hacían falta las muestras de los padres de Gonzalo y de los hermanos, si había. La mente de Víctor también se

puso en marcha.

—Nosotros no podemos esperar con los brazos cruzados el informe —razonó el juez—. Estoy pensando en que se vuelva a interrogar a los padres de Gonzalo y a los testigos que estaban con él en el momento del disparo, para que apoyen la versión de que Juan se encontraba con testigos en ese momento. Mejor, en vez de mandar a los agentes, voy yo a tomarles de nuevo declaración. Sí, eso —pareció concluir—, los vamos a citar en el juzgado para que presten declaración otra vez.

—Víctor, a lo mejor esta sangre solo quiere decir que tenía una herida que sangraba en ese momento y que tocó a su hijo.

—En realidad, que yo le tome declaración aquí como testigo no le incrimina en absoluto, pero a lo mejor nos sirve para aclarar el porqué de la presencia de su sangre en el lugar de los hechos, y nada más. No hay más remedio que seguir por algún sitio las investigaciones y esto puede ser una pista.

Carlota salió del despacho de Víctor como una autómata. Sangre del padre sobre el cadáver de su hijo, alrededor y en el río. Este pensamiento no se le iba de la cabeza, intentando comprobar todas las posibles combinaciones. Aquello podía no decir nada; la sangre de Juan podía estar allí por muchos motivos de forma casual. ¿Qué persona que trabaja en el campo no tiene siempre heridas en las manos? ¿Cómo no iba a tocar el cadáver de su hijo cientos de veces mientras se encontraba tendido? ¿Cómo no iba a comprobar mil veces que no tenía vida moviendo sus manos? ¿Cómo no iba a abrazarlo mientras se encontraba tendido en el suelo con su pecho abierto, sangre contra sangre, en el momento de la tragedia? Ella, que se había vanagloriado de su capacidad de observación, ahora le parecía de lo más liviana. ¿Qué importancia podía tener que hubiese sangre del padre junto con la de su hijo? No, no habían sido sus dotes de observación, sino más bien su deformación profesional la que la había hecho perecer en su propia vanidad.

Seguía caminando hacia su despacho. El trabajo la esperaba. Se sumergió en los múltiples expedientes de agresiones, malos tratos, accidentes de tráfico. Por fin llegó el mediodía y ,con él, el deseo de almorzar enseguida y de poder sentarse relajadamente a poner en orden sus pensamientos.

Durante la comida comentó con Javier la llamada del laboratorio. Se había descubierto que las manchas de la sangre que había recogido eran del padre del muerto. Entre los dos, vieron dos posibilidades. Una, que el hallazgo fuese fortuito y sin relación con el homicidio; a saber, una herida del padre que sangró al coger el cuerpo de su hijo.

La segunda posibilidad, sin embargo, era que el hecho tuviera relación con la investigación. Los hallazgos casuales —*serendipities*— en una investigación, aunque lo sean, hay que hacerlos *causales* para encontrar y explicar esa relación que atribuimos al azar. Si la relación se podía explicar, indicaría si el hallazgo en cuestión tenía relación con el hecho investigado o si bien, por el contrario, era un hecho fortuito paralelo al anterior, pero siempre explicable.

—¿Qué vais a hacer ahora? —interrogó Javier.

—En principio, se va a tomar declaración de nuevo a Juan, el padre de Gonzalo, para concentrarnos en el detalle de dónde se encontraba en el momento del disparo.

—Pero ¿es que es sospechoso ya?

—No. De momento hemos encontrado solo esto, pero hay que buscarle una explicación.

—De todas formas, para relacionarlo con el disparo tendríais que relacionarlo a su vez con el arma, ¿no? —Javier seguía bien el razonamiento.

—Es una buena observación —reconoció Carlota—. Otra de las cosas que podemos hacer sin inculpar a nadie es comprobar todas las escopetas que Juan tiene en su poder; eso también nos puede dar alguna pista. Como tenemos la munición y el casquillo, podemos comprobar si el disparo se realizó con alguna de sus armas. Se lo diré a Víctor.

Carlota dormitó en el sofá con una imagen caleidoscópica de todas estas ideas en su mente. Se encontraba cansada. La tarde la pasó holgazaneando tendida en el sofá, con la lectura del libro de aventuras que tenía empezado y la música de *jazz* de fondo.

Cuando a la mañana siguiente llegó al juzgado, Víctor ya había dado la orden de citar, para el día siguiente, a Juan a declarar; también de hacerse con todas sus escopetas de caza. Esa misma mañana llegó el informe del laboratorio de biología en el que se informaba del probable hallazgo de que la sangre encontrada fuese del padre de Gonzalo. Para la confirmación se solicitaban, como le había anunciado el facultativo del laboratorio, las muestras del padre, de la madre y de los hermanos de Gonzalo, si los tenía. Aunque era fácil de entender lo que decía el informe del laboratorio, Víctor la había convocado en calidad de intérprete en su despacho. Carlota le explicaba que en el laboratorio no querían emitir la conclusión definitiva hasta que no se enviasen las muestras de los padres de Gonzalo, pero que tenían que tomar decisiones para esclarecer los

hechos, porque el nuevo análisis solo confirmaría lo que ahora tenían ante los ojos.

Víctor planificaba el siguiente paso. Se citaría a Juan, el padre. También citarían a Carmela, la madre. Empezaría tomando declaración a Juan, pasando luego a solicitar la extracción de la muestra de forma voluntaria. Carlota los pasaría después a la consulta para explicarles la parte médica de la prueba y para la extracción de la muestra. Harían lo que les pedía el laboratorio de biología, pero lo intentarían hacer con cierta cautela, sin levantar sospechas contra nadie. Solicitarían los análisis de ADN de la madre y del padre de Gonzalo, explicándoles que se realizaban para aclarar algunos resultados del laboratorio. Esto era verdad, no sabían lo que significaba la sangre del padre de Gonzalo donde la habían encontrado. Su deseo era que saliese negativo. No se podía inculpar a nadie; por lo menos todavía.

CAPÍTULO NOVENO

La sangre

El todoterreno avanzaba despacio al pasar por aquel camino apenas dibujado en el terreno. El sargento Rodríguez y su subordinado ya lo conocían. Al llegar a la casa había que girar a la izquierda, rodeando la casona. La vivienda pequeña era la que buscaban, apenas unos metros alejada del patio trasero de la casa señorial. Tenían que requisar la armas que tuviera Juan y citar al matrimonio al juzgado. Dejaron el coche muy cerca de la puerta, después saldrían cargados. Esta vez la puerta estaba cerrada. La golpearon.

—Buenos días, veníamos con una citación, ¿podemos pasar?

Al tiempo que lo preguntaban, Rodríguez y su acompañante pasaron al interior. Algunos rostros curiosos de trabajadores de la finca se dejaban ver de vez en cuando en los alrededores.

Esta vez fue una mujer la que los recibió. Era Carmela, la mujer de Juan. Los hizo pasar y les invitó a sentarse en el sofá verde de plástico agrietado que habían visto el primer día. Ella se sentó en una silla de anea.

—Primero, queremos decirle que sentimos mucho lo de su hijo. ¿Su marido se encuentra en la casa?

—No, está en el campo. Como no nos han avisado.

—Traemos una citación para que acudan usted y su marido mañana al juzgado de Mosena.

Los ojos de Carmela se abrieron; una mueca parecía reflejar un dolor agudo. Ante la expresión de la cara, Rodríguez continuó diciendo, queriendo calmarla:

—Quédese tranquila, el juez quiere tomarles declaración; solo tendrán que contar otra vez lo que ocurrió… —El agente no fue capaz de pronunciar la frase «el día de la muerte de su hijo».

—Pero ¡si Juan ya lo ha contado! ¡Dios mío! ¡Como no hemos sufrido ya bastante! —La mujer parecía consternada.

—Señora, lo sentimos mucho. Lo único que podemos decirle es que nosotros cumplimos con nuestra obligación. También veníamos a por las armas de caza de su marido.

—¿Cómo? ¿Las armas de mi marido? ¿Qué quiere decir esto? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

No pudo contenerse más. El llanto le sobrevino. No cesaba de

repetir las mismas palabras entre sollozos.

Los agentes se miraban, tenían que cumplir sus obligaciones, aunque estas en muchas ocasiones no fuesen agradables. Y esta era una de ellas. Esperaron un tiempo hasta que Carmela se tranquilizó.

—No sé muy bien dónde las guarda mi marido. Lo siento, lo mandaré a llamar. ¡Luisito! ¡Anda y ve a por Juan, rápido! —gritó en la puerta.

No habían pasado diez minutos cuando Juan apareció. Sudoroso, entró por la puerta. Al hacerse sus ojos a la penumbra, se sorprendió de ver a una pareja de la Guardia Civil dentro de su casa. Con la mirada, les preguntó qué hacían allí.

—Veníamos por las armas de caza que usted tenga. El juez las ha pedido para enviarlas al laboratorio.

—¿Para qué las quieren? ¿Qué quiere decir esto? —les increpó con sorpresa.

—No le podemos decir más. Hemos recibido una orden para enviar sus armas al laboratorio y darles a ustedes una citación para que mañana se presenten en el juzgado. Nosotros no les podemos decir más, mañana les explicará su señoría.

Como si sus hombros se hubiesen cargado con cien kilos, les dio la espalda y se dirigió al desván donde tenía todas sus escopetas. Bajó con cinco, entregándolas a los agentes sin articular palabra. Tenía la cara descompuesta. No paraba de repetirse qué podría significar aquello, para qué le retiraban las armas. ¡A él! Los agentes se marcharon con un breve adiós.

Carmela se sentó en la silla en la misma postura que tenía cuando estaban los agentes: muy encogida, encorvada, con los ojos en el suelo y sin parar de llorar. Había perdido a su hijo y ahora esto. ¿Qué estaba pasando? Juan miró a su mujer. Sus ojos reflejaban el cariño que sentía, pero no estaba acostumbrado a hacer caricias. Le puso la mano en el hombro, dándole unos golpecitos.

—Mujer, no te preocupes, no va a pasar nada.

Acto seguido, salió para seguir con su trabajo.

A la mañana siguiente, Juan llegó abatido al juzgado, acompañado de Carmela, su mujer. Ninguno de los dos comprendía lo que estaba pasando; a su entender, una pareja de la Guardia Civil les había llevado una citación del juzgado. El juez les había citado para tomar declaración, por lo que debían presentarse en el juzgado de la cabeza de partido. También se habían llevado las escopetas de Juan. Y allí estaban, más en cuerpo que en alma; tal era su desorientación.

Víctor los estaba esperando. En pocos minutos pasaron a Juan al despacho del juez, sin apenas hacerle esperar, salvo para su identificación. En primer lugar, Víctor le tranquilizó dándole el pésame de nuevo y manifestándole que su presencia era debida a que se necesitaba aclarar algunos hechos puntuales de lo que ocurrió la noche en la que murió su hijo. Le pidió directamente que volviese a contar sus recuerdos sobre el día de la despedida de soltero de su hijo.

Juan miró a su alrededor, le impresionaba la palabra «juez»; nunca había visto ninguno. Además, encontrarse ante uno de ellos en ese despacho tan amplio y señorial no le ayudaba mucho a tranquilizarse. Comenzó a balbucear algunas palabras, pero no llegaba a enlazarlas ni a formar frases. Víctor le interrumpió para volver a tranquilizarlo; intentaba aclarar la muerte de Gonzalo y su testimonio le ayudaría mucho a hacerlo.

—¡Lo único que me mantiene con fuerzas para seguir respirando es encontrar al cabrón que ha matado a mi hijo! —exclamó Juan comenzando de nuevo.

El funcionario en el ordenador transcribió toda la declaración de Juan, desde que se levantó muy temprano para limpiar y regar el patio donde se iba a celebrar la fiesta, comprobó la bebida, le puso el hielo, la preparación del arroz, la llegada de los invitados, la comida, la sobremesa, los cantos y los bailes, su charla con sus primos Ambrosio y Daniel, su tío Celedonio y, de repente, el disparo. Víctor hizo hincapié en la presencia de estas tres personas en el momento del disparo. Sí, se acordaba bien, eran esas tres personas las que estaban con él en el momento del disparo.

—¿De qué hablaban? —interrumpió para preguntar Víctor.

Juan en ese momento no se acordaba. No lo tenía claro, había bebido bastante; lo que dijese podía ser mentira, no se acordaba. Después de la llegada al lugar donde se encontraba su hijo, se interrumpió. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos sin control. Víctor, a pesar de lo profesional que era en su trabajo, se sentía triste al ver a aquel hombre tan curtido y fuerte llorando tan amargamente.

—Tranquilícese, tómese su tiempo, no tenemos prisa —le intentaba calmar Víctor.

—Me pareció que mi hijo estaba vivo… que me intentaba decir algo… Muchas veces esa imagen vuelve a mi memoria, no sé si fue verdad o creí verlo… —balbuceó Juan

Víctor recordaba lo que Carlota le había comentado: la supervivencia con ese disparo fue muy breve; fue tan certero que le partió el corazón.

Juan ya casi no recordaba más detalles.

—Me quedé al lado de mi hijo, abrazándolo sin poder separarme de él. Creo recordar que me dijeron que el juez ya había llegado… El guardia civil me separó de mi hijo… —seguía susurrando Juan en un lenguaje casi imperceptible.

A partir de aquí Víctor ya conocía los hechos.

—¿Recuerda alguna otra cosa, algo que no nos haya contado que nos pudiera servir para poder encontrar el causante de la muerte de su hijo?

—No, no es porque yo fuese su padre, pero él no tenía enemigos, todo el mundo lo quería —respondió Juan con vehemencia.

—Lo siento, ahora tengo que hacerle algunas preguntas algo molestas, pero se las tengo que hacer.

Juan asintió con la cabeza mientras se quedaba quieto mirando al suelo.

—¿Había algún motivo de disgusto entre usted y su hijo? —preguntó Víctor con tono suave.

Juan levantó rápidamente la cabeza como en una sacudida de todo su cuerpo y sus ojos se abrieron como platos:

—¡No! —gritó—. Me he sacrificado por mi hijo todo lo que he podido. Lo saqué de la finca con todos mis ahorros para que no fuese jornalero como yo. Lo envié fuera a trabajar con mi primo. Aunque las penurias económicas nunca me han abandonado, jamás he pedido a mi hijo un euro, al contrario que todos los otros jornaleros que conozco que les quitan el dinero que ganan a sus hijos. Además, nunca le he puesto la mano ni el cinturón encima —terminó diciendo.

—¡Hombre! Lo de ponerle la mano o el cinturón encima no está bien —puntualizó Víctor.

—Por eso. Yo nunca lo he hecho —dijo muy satisfecho como si fuese una proeza.

—¿Su hijo tomaba drogas o iba con malas compañías?

—No, le puedo asegurar que no.

El análisis de toxicología lo confirmaba, tanto en sangre y en orina como en el pelo: Gonzalo no consumía drogas, pero el juez tenía que preguntarlo.

—¿Tenía negocios con alguien o una deuda con alguien? —siguió preguntando Víctor.

—No, él trabajaba en una plantación de viñedos en Navarra. Le puedo asegurar que solo hacía eso: trabajar. Tenía todo el dinero ahorrado. Por eso, al venir de vacaciones, pudo organizar la boda en

una semana. Quería a María, su amiga y vecina de toda la vida. Él tenía todo el dinero de los últimos ocho años ahorrado en el banco —repitió Juan.

—¿Tenía usted alguna herida aquel día?

— ¿Cómo? ¿Una herida? No me acuerdo bien. Como usted sabe, yo trabajo en el campo; tener heridas en las manos o en los brazos es el pan nuestro de cada día, pero no se lo puedo decir concretamente.

—Pero ¿puede recordar si en el matorral donde se encontró el cadáver de su hijo o en los alrededores, durante esos días, tuvo algún pequeño accidente que le hiciese sangrar? Ya sé que parece rara la pregunta, pero es importante.

—No lo recuerdo exactamente. Yo corto leña por los alrededores, pero creo recordar que por allí no lo había hecho en esos días.

—Y ¿recuerda si había pescado sobre la piedra que tiene en el borde del río, al final del sendero de ese matorral?

Víctor preguntaba para poder explicar los hallazgos de la sangre en el cuerpo de Gonzalo, en el suelo junto al cuerpo y las manchas en la margen del río.

—Creo que no —se quedó pensativo—. No, porque no es temporada. Además, habíamos estado muy ocupados las semanas anteriores cerrando un cercado que se había roto. No, no había tenido tiempo de sentarme a pescar; lo hago en los ratos libres, pero esos días no había tenido ni un momento.

—¿Quién cree que ha podido hacerlo? —dijo Víctor entrenado para hacerlo con la misma entonación que si le estuviese preguntando por un familiar.

—Le puedo asegurar que es la pregunta que no se me va de la cabeza nunca. Me levanto y me acuesto con esa pregunta, pero no tengo respuesta.

—Creo que ya hemos terminado —concluyó el juez—. ¿Quiere hacer alguna pregunta? Hasta donde pueda, se la contestaré.

—¿Por qué se han llevado mis escopetas de caza?

—Le diré que en el lugar donde ocurrieron los hechos se han encontrado varios casquillos. Tenemos que comprobar de qué arma son. Probablemente usted habrá cazado o disparado allí muchas veces; por eso queremos descartar, en primer lugar, los disparos que haya realizado usted para luego buscar otras escopetas.

—Muchas gracias. Eso me tranquiliza —añadió por fin el jornalero.

Mientras tanto, Carmela había permanecido fuera, sentada en un

banco, estática en la misma postura. Tras hacerla pasar, Víctor explicó a los dos juntos el procedimiento legal que se iba a realizar y, con palabras que ellos entendiesen, les pidió su consentimiento para la extracción de la muestra. Ellos asintieron.

—Ya se pueden marchar. Adiós, buenos días —deseó el juez.

—Espero haberle sido de ayuda —respondió Juan—. Lo único que deseo en esta vida es que encuentre pronto a ese cabrón.

Víctor hizo como si no lo hubiese oído. Carmela salió en silencio, con la cabeza agachada. Juan, con un movimiento nervioso de manos, sostenía la gorra, que no había dejado ni un momento de retorcer.

Víctor quedó pensativo en su despacho, confundido: por un lado, el hallazgo de la sangre del padre de Gonzalo en el cadáver y en el lugar de los hechos; por otro, la profunda tristeza de Juan, que no parecía fingida.

«La declaración es similar a la que le he tomado anteriormente con la Guardia Civil; no hay contradicciones ni diferencias. Citaré a los primos de Juan, Ambrosio y Daniel, para constatar la declaración mañana. Al otro testigo, el tío Celedonio, no se le puede citar porque ha fallecido en un accidente de tráfico la semana pasada», pensó Víctor.

Un funcionario condujo a Juan y a Carmela a la consulta de Carlota. Hasta entonces habían permanecido mudos, moviéndose como dos autómatas. Al verse delante de un médico, empezaron a hacer preguntas. Siempre pasaba lo mismo: las personas pasaban delante del juez y se quedaban mudas. Entraban a su consulta y empezaban las preguntas, muchas de ellas del proceso legal, a las que ella no podía responder. Hasta donde pudo explicarles, los tranquilizó diciendo que se habían encontrado ciertas manchas de sangre y que para aclarar las cosas hacía falta tomarles las muestras. Les frotó dos hisopos de algodón por la mucosa interna de la boca a cada uno, las envasó y las etiquetó meticulosamente. Colocó los tubos en la nevera de transporte, la precintó y se la entregó al agente que le firmó la custodia. La muestra era indubitada de ellos. La cadena de custodia debía hacerse con meticulosidad para que no surgiesen dudas posteriormente en el proceso judicial. Las muestras ya estaban enviadas; se lo haría saber a Víctor.

Al salir de su despacho, Carlota escuchó a Juan cómo le decía a Carmela:

—Vámonos, mujer —cogiéndola del brazo con cariño, que contrastaba con la dureza de sus movimientos. Carlota salió del juzgado con tristeza.

Al día siguiente, dos de las personas que, según había declarado Juan, estaban con él en el momento del disparo, fueron citadas al juzgado, los primos de Juan, Ambrosio y Daniel. Al tío Celedonio no se le podía citar al haber fallecido en un accidente de tráfico. Víctor recordaba muy bien esa noche en la sierra. Ahora, en su comparecencia ante él, los dos primos de Juan relataron los hechos de forma similar, pero, cuando llegaron al momento en el que se oyeron los disparos, la confusión se apoderó de ellos. Se encontraban muy bebidos, apenas recordaban dónde se encontraban ni con quién estaban. Habían cantado, bailado y hablado con tantos que no recordaban con quién estaban hablando en el momento del disparo. Los disparos de escopeta de caza eran tan frecuentes por esa zona que ni siquiera les habían dado importancia. Solo se despertaron de su embriaguez cuando escucharon los gritos y los sollozos de los familiares que llegaron gritando la muerte de Gonzalo. Víctor se frotaba la barbilla. Mirándolos apenado, los despidió. Tendría que ordenar nuevas diligencias para inculpar o exculpar a Juan.

CAPÍTULO DÉCIMO

El conjuro

El verano ardía con todo su esplendor. Carlota descansaba ese fin de semana cuidando el jardín. Mientras aprovechaba para regar las plantas con el atardecer, el teléfono le empezó a vibrar en el bolsillo. Su trabajo no iba a dejar de sorprenderla en el momento más inesperado. Era Víctor.

—Parece que no vamos a descansar este fin de semana. La Guardia Civil me ha llamado: han aparecido huesos humanos en una cueva en la sierra de Guadalmir. Vamos a ver lo que ha pasado.

Antonio volvió a llevar en coche a la comisión judicial. Por las noches, ni a Víctor ni a Carlota les gustaba conducir; menos aún por esa carretera de la sierra. En media hora de camino, llegaron en el todoterreno. En el punto más alto del camino giraron hacia la derecha, recorriendo un camino de tierra al pasar un pequeño bosque. Al final les esperaba otro coche con los faros encendidos, alumbrándoles el esperpento. Sobre un montículo de arena y ataúdes rotos sobresalían dos imágenes religiosas, junto a huesos que parecían humanos. Esto fue lo primero que impresionó la retina de Carlota. Al acercarse, terminó de completar la imagen. Alrededor habían dispuesto, quienes hubiesen sido, un círculo con tela negra y habían puesto encima una puntilla del mismo color. Sobresalían alrededor otros huesos, que intentaban completar un esqueleto humano. En la parte superior, en el centro, había un cráneo; a un lado, un Cristo Crucificado; al otro lado, la imagen de un Sagrado Corazón y, por último, sobre el cráneo, la foto de un joven. La magia negra no era frecuente por esa zona, pero aquello era claramente un signo de ella. Últimamente estaban pasando cosas extrañas.

Carlota miró a su alrededor. La sorpresa se leía en todos los rostros. Hombres curtidos por muchos años de trabajo no daban crédito a lo que veían sus ojos. Parecía una imagen irreal, sacada de un libro de mal gusto sobre magia negra. No se había tocado nada desde que lo habían descubierto o, por lo menos, eso era lo que decían los chicos que lo habían encontrado. Dos parejas muy jóvenes, que habían salido de acampada el fin de semana a la zona, se habían topado con aquel negro espectáculo. Tras sobreponerse del susto, avisaron al cuartel.

Pasados los primeros momentos de sorpresa, se pusieron a

trabajar. La noche ya había entrado. Para poder ver algo, dispusieron los dos coches con las luces encendidas uno a cada lado. Primero, tomaron varias fotografías. Esta imagen tenía que quedar plasmada en una fotografía, como prueba objetiva de este negro sueño. Luego se pusieron manos a la obra. En primer lugar, Carlota recogió la foto del joven y, con ella en la mano alumbrándose con la linterna, lo reconoció. Era Gonzalo Martín. Se la enseñó a Víctor y la metió en una bolsita. Después prosiguió con el cráneo y los huesos de las caderas que se encontraban en la parte superior. Estaban totalmente esqueletizados, por lo que lo más probable era que se tratase de huesos con una cierta antigüedad; un mínimo de cinco años. Examinó las dos medias caderas. No coincidían al encajarlas. Al examinarlas con detenimiento vio que, por su morfología, una era de sexo masculino y la otra, femenino. El cráneo era de un hombre. Los introdujo en una bolsa de plástico.

A partir de entonces la búsqueda era más complicada; los demás huesos se encontraban mezclados con la tierra, con objetos religiosos y restos de féretros. Para dificultar más las cosas, en las últimas veinticuatro horas había caído un chaparrón de verano, con lo que el agua se había mezclado con la tierra, formando un barro apelmazado de tal manera que parecía argamasa. Presentían que tenían mucho trabajo que hacer, así que Carlota se puso a repartir guantes. En condiciones normales, ella era la única que hacía el reconocimiento del cadáver. Todas las personas de alrededor, salvo los de la funeraria que la ayudaban a girar el cadáver, se quedaban esperando las conclusiones de su reconocimiento. Pero en este caso, viendo el trabajo que le esperaba, Carlota les pidió por favor a los agentes que, puesto que los huesos estaban en condiciones de esqueletización, de modo que el componente de repulsión no era muy acentuado, se pusieran unos guantes para ayudarla. Ellos deberían extraer las piezas de entre el barro, especialmente las que les parecieran que eran restos óseos, y se las mostrarían para su comprobación antes de introducirlas en las bolsas. A los pocos minutos, tanto el secretario como el juez se animaron también, de modo que todos estaban ya ocupados esculcando el terreno.

Fueron removiendo cuidadosamente el barro. Lo primero que sacaron fueron los restos grandes de féretros, donde se podían identificar más imágenes religiosas. Los iban poniendo en un pequeño montón para posteriormente analizarlos. Continuaron con la tarea más difícil: la búsqueda de los huesos. Visto desde fuera, para un profano acostumbrado a lo que muestran las películas, parece que los huesos se encuentran perfectamente diferenciados de lo que los rodea porque son blancos y de formas bien definidas, pero la búsqueda en la

realidad es mucho más complicada. Los huesos eran color amarillento oscuro y estaban muy manchados de barro, razón por la cual era muy difícil identificarlos, incluso para Carlota, de las ramas, de los pequeños troncos o de las piedrecitas. Cada vez que alguien encontraba un trozo o una pieza de algo, se lo enseñaba; ella lo limpiaba cuidadosamente, lo metía en la bolsa si identificaba su forma con alguno de los huesos del cuerpo humano o lo tiraba lejos si no era más que una piedra o un resto vegetal. Los primeros que recogieron eran los huesos grandes de las extremidades. El resto de los huesos pequeños los fueron entresacando con cuidado del barro. Eran vértebras o pequeños huesos de las manos o de los pies.

Carlota no podía calcular exactamente el tiempo que estuvo agachada buscando los restos óseos, pero ya le dolían las rodillas cuando terminaron de rastrear todo el círculo incluido dentro de los lazos negros. Había unos cincuenta huesos, recogidos uno a uno en la mezcolanza de barro, fragmentos de féretros y piedras. Los dispusieron en varias bolsas para que la Guardia Civil los remitiese al juzgado junto con el atestado. Después, en alguna mañana que tuviese libre, Carlota los llevaría para que su amiga Clara, profesora de Antropología Forense en la Universidad, le hiciera un informe sobre este hallazgo de restos óseos humanos.

Conforme los iban encontrando, Carlota se iba tranquilizando. Su impresión era que parecían huesos pertenecientes a personas distintas; de hecho, algunos de ellos estaban repetidos o eran de distinta morfología o de distinto tamaño. Víctor tenía la cara un poco descompuesta, a pesar de su aplomo y profesionalidad. Carlota ya le conocía bien; casi podía asegurar que el juez estaba pensando en un segundo homicidio o en algo peor. Para tranquilizarlo le transmitió su primera intuición:

—Víctor, estos huesos son humanos, pero parecen de distintas personas; son de diferente sexo y edad. Unos son de hombre y otros, de mujer. Son de distintas edades del desarrollo óseo. Sabes que no me gusta adelantar hipótesis sin tener los resultados del laboratorio, pero, por lo que ya he visto, lo más probable es que pertenezcan a un osario o a nichos antiguos que alguien ha profanado. Parece un acto de magia negra con los huesos de un cementerio. No creo que nos encontremos ante un homicidio en el que se haya guardado el cuerpo más de cinco años para sacarlo ahora.

Carlota intentó expresarlo medio en broma, medio en serio con el objeto de rebajar la tensión, quitándole importancia al macabro hallazgo.

—Sí, eso me parece a mí también —aceptó el juez—, han debido

profanar un cementerio.

Víctor respondió en voz baja, confiando en Carlota como siempre, pero también para tranquilizarse a sí mismo. Su cara de preocupación cambió a la de acción. Se dirigió al sargento Rodríguez y al otro agente para que averiguasen si en los cementerios de los alrededores se había producido alguna profanación. También tendrían que averiguar si alguien de la zona hacía magia negra. Ellos, desde luego, no sabían en principio de quién se podía tratar.

Eran las cuatro de la mañana cuando Carlota entraba por la puerta de su casa. Javier estaba en la cama. Se encontraba muy cansada y las rodillas le dolían endiabladamente. El fresco de la sierra le había calado hasta los huesos. Se metió en la ducha. Durante un buen rato dejó que el agua caliente le corriera por todo el cuerpo. Esperaría hasta que el calor llegase a sus cansados huesos. ¡Vaya semanas que llevaba! Varias noches sin dormir, ¡y qué noches! Llevaba años en aquel pueblo, pero hasta ahora no las había tenido tan complicadas. Era una localidad sin demasiados conflictos. Algunas semanas de mucho trabajo por peleas de vecinos y conocidos con una copa de más. Pero lo de las últimas semanas había sido más complicado. Al terminar la ducha se acostó. Al día siguiente sería domingo, si la guardia se lo permitía, podría dormir hasta tarde.

Por la mañana, el sol estaba ya muy alto cuando se levantaron. Mientras desayunaban, Carlota explicó a Javier su expedición de la noche anterior. Le sorprendió mucho. Él había estudiado la zona desde el punto de vista antropológico, pero no era una zona donde el conjuro fuese frecuente. Parecía un acto de magia negra realizado para invocar a algún espíritu para conseguir algo que se desea. Según le explicaba a Carlota, en este caso por las imágenes religiosas, parecía que la invocación iba dirigida a Dios para que acompañase a Gonzalo y para ahuyentar al diablo que rondaba al asesino. Mientras hablaban, a Carlota le ocupaba la mente una sola idea: un familiar o conocido de Gonzalo había encargado la escena para desearle un mal a su asesino. De todas formas, el recuerdo de la noche le aguó el día de domingo a Carlota.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

El padre

El lunes comenzaba la mañana no de muy buen humor. Todos los días por la mañana Carlota entraba a paso rápido en el juzgado, saludaba a todos y empezaba el trabajo en su despacho con energía. Desde hacía algunas semanas sus pasos eran más lentos, su saludo más breve. En cualquier momento, cuando no estaba concentrada en su trabajo y dejaba la mente libre, aparecía el mismo pensamiento. Le estaba empezando a obsesionar la muerte de Gonzalo. No entendía las pistas que hasta ahora tenía.

En un momento dado, Carlota reparó en que, desde hacía varios días, no habían recibido ninguna noticia nueva sobre el caso. La Policía judicial no daba señales de vida. Otros asuntos les debían estar ocupando todo el tiempo. Pero un día de esa semana, cuando estaba explorando a un paciente en su consulta, sonó el teléfono.

—Cuando puedas pásate por mi despacho; está Antonio, el teniente de Policía científica. Nos trae noticias del homicidio de Gonzalo —era la voz de Víctor al otro extremo del teléfono.

—En diez minutos iré a tu despacho.

Nada más acabar, Carlota cruzó el patio del juzgado a paso rápido. Entró al despacho del juez sin llamar, sabiendo que la estaban esperando. Le dio la mano a Antonio, acompañando el gesto de un saludo breve para no entretenerse; quería que le empezase a contar las noticias lo antes posible.

—Buenas. Así que tenemos noticias —se introdujo Carlota en la conversación.

—Eso estábamos hablando. Se ha comprobado que ninguno de los casquillos que se encontraron en el lugar del homicidio fue disparado con alguna de las armas de Juan. Esto quiere decir que el disparo no se hizo con ninguna de sus armas o, por lo menos, de las armas que entregó —le informó Antonio.

—¿Cuántas armas entregó?

—Cinco.

—¿Y no se puede comprobar si tenía otras? —quiso saber Carlota.

—Eso es muy difícil; ninguna estaba registrada. —Antonio parecía muy resuelto.

—Es decir, que por ahora no tenemos nada nuevo.

—No. Ante estos resultados no tenemos más posibilidades, él no lo hizo, o lo hizo con otra escopeta —aclaró Antonio.

—Nos queda por esperar el resultado del análisis de la sangre, nos puede aportar algún dato —intentaba animar Carlota.

—Tampoco tengo muchas esperanzas en ello. Si resulta que la sangre que encontramos es del padre de Gonzalo, esto lo único que nos dirá es que la sangre del padre y del hijo estuvieron en contacto, pero nada más —dijo Antonio con desánimo.

—Yo de todas formas esperaría antes de tirar la toalla —insistió Carlota.

Carlota en ese momento no sabía muy bien lo que decía ni por qué lo dijo; quizá solo para levantar el ánimo, pero presentía que el tiempo le daría la razón. Víctor siguió comentando con el teniente otros temas relacionados con diligencias distintas. Carlota volvió a su consulta. Tenía todavía mucho trabajo esperándola.

Al día siguiente, cuando Carlota entraba al juzgado, le entregaron un mensaje: llamada urgente del laboratorio de biología. «¿Qué pasará? Ojalá tengan ya el resultado del cotejo de las muestras de los padres de Gonzalo con la sangre de este», iba pensando Carlota al dirigirse a su despacho. Se sentó en el sillón, marcó el teléfono del laboratorio y preguntó por el nombre que aparecía escrito en el pósit, Alejandro Bermúdez. Se acordaba de él, era el biólogo con el que ya había hablado por el caso de Gonzalo.

Un «diga» con su voz sonaba al otro lado del aparato. Debía ser su número directo; no hubo esta vez interrupciones musicales.

—Soy Carlota Suárez, la médico forense de Mosena. Creo que me has dejado un mensaje para que te llamase lo antes posible.

Carlota no lo dijo con mucho entusiasmo. Después de la última conversación con Antonio en el despacho de Víctor, estos le habían contagiado su pesimismo. El resultado ya no le parecía trascendental. Al otro lado del auricular, la voz continuaba hablando.

—Este caso nos tiene un poco sorprendidos, por eso te llamo. No solemos dar los resultados por teléfono, pero tengo que confirmar un dato contigo. Tú fuiste la que obtuviste las muestras de los padres de Gonzalo Martín, ¿verdad? —era una pregunta retórica, de modo que continuó sin esperar la respuesta de Carlota—. Hemos realizado el análisis del ADN en las muestras que nos habéis enviado como pertenecientes al padre y a la madre de Gonzalo. Vamos a ver; unas muestras eran de Juan Martín, que se supone que es el padre de Gonzalo Martín, y las otras de Carmela Castro, la madre. Bien. Siéntate si estás de pie. La sangre que me enviáis de la madre es

efectivamente de la madre de Gonzalo Martín, pero la sangre que enviáis como del padre, es decir de Juan Martín, no corresponde al padre biológico de Gonzalo. Es decir, hablando más claro, Juan Martín no es el padre biológico de Gonzalo Martín. Gonzalo Martín es hijo biológico de la persona a quien pertenece la sangre que enviasteis en la torunda de algodón procedente de su mano derecha, de una mancha del suelo y la que marcaste como «Cerca del río». Carmela Castro es la madre biológica. Supongo que querrás por escrito todo lo que acabo de decir y te lo envío hoy de forma urgente. Perdona… ¿sigues ahí? Digo que hoy mismo te envío por escrito el informe.

—Sí. Muchas gracias. Te lo agradezco. Pero ¿no puede haber un error? —era la primera pregunta que le vino a la mente a Carlota.

—No. Hemos repetido dos veces la técnica. Quedamos tan sorprendidos como tú. La sangre de Juan Martín no corresponde a la del padre biológico de Gonzalo Martín. De todas formas, cuando encontréis al padre biológico de Gonzalo, enviáis la muestra para realizar sobre ella la prueba del ADN y así comprobar todo esto.

Carlota se quedó sin palabras. No se le ocurrieron otras preguntas o comentarios, le dio las gracias y colgó. ¿Qué quería decir todo aquello? Casi no podía pensar. No se lo podía creer. Se quedó sentada en su despacho algunos minutos; tenía la mente en blanco. Estaba claro, se decía a sí misma. Gonzalo no era hijo biológico de Juan. ¿Lo sabía Juan? Era evidente que no. Pero lo que sí estaba claro era que la que lo debía saber era Carmela. Su hijo, Gonzalo, no era hijo de su marido, sino de otra persona. Y la sangre de esa otra persona había aparecido en tres lugares distintos en el lugar del homicidio. ¿Quién era esa otra persona? ¿Qué hacía la sangre de esa persona en el lugar del homicidio y sobre el cuerpo de Gonzalo? Esto tenía que significar algo. No tenía las ideas muy claras, tendría que hablar con Víctor, pero, antes de hacerlo, quería analizarlo ella misma despacio. El resultado por escrito no llegaría hasta dentro de uno o dos días. Tenía ese tiempo para pensarlo. Terminó su trabajo pronto, quería irse a casa.

Carlota abrió la puerta de la casa y se dirigió a su mesa de trabajo. Los papeles rebosaban por todos lados; era un desorden ordenado, como ella lo llamaba. Todo parecía desordenado, pero ella sabía exactamente dónde se encontraba cada cosa. Nunca había perdido ningún papel. Se sentó en el sillón, dejando perderse la mirada a través de la ventana. Era un día soleado. El paisaje desde su ventana le encantaba. Los rosales, los hibiscus y los lilos, todos en flor, a los que ella dedicaba su escaso tiempo libre, la miraban con sus flores, muy agradecidos. Estaba absorta en sus pensamientos, con la mirada

perdida en sus plantas, cuando notó el roce de los labios de Javier en su nuca.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Creía que no estabas en casa.

Carlota salió de sus pensamientos, volviendo a su realidad. Le alegraba que Javier estuviese en casa cuando ella entraba. Javier le dio la vuelta y, viendo su cara algo pálida, le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Sí, es que estoy alucinando. Mi trabajo nunca deja de sorprenderme, no sé por qué no me acostumbro. Bueno, como ya sabes, esto es secreto del sumario, pero te lo cuento para ver si me ayudas. Y ¡no se lo cuentes a nadie o el peso de la ley caerá sobre ti!

Carlota hizo ademán de torturarle metiendo sus manos por debajo de la axila. Javier tenía muchas cosquillas. Estar con él siempre le cambiaba el humor. Le contó los acontecimientos de la mañana. La llamada del laboratorio, por la que supo que las muestras tomadas de Juan y Carmela, que había enviado para cotejarlas con las de las manchas halladas en el cuerpo de Gonzalo y en el lugar donde encontraron el cadáver, no coincidían. La prueba del ADN había demostrado que Juan, el padre, el que es su padre en la práctica, no era su padre biológico.

—Es decir, que la madre de Gonzalo se acostó con otro, con el supuesto padre de Gonzalo, y ese otro es el verdadero padre, llamado, según tú, padre biológico.

—Pero ¡qué directo eres! —se quejó Carlota.

—Pues está claro, la única que sabe quién es el padre de Gonzalo es la madre, suponiendo que esta sea la verdadera —Javier avanzaba en el razonamiento.

—Pues sí, sabemos que Carmela es la madre, pero que Juan no es el padre biológico.

—Llamad a Carmela para preguntárselo.

—Habrá que hacerlo.

A la mañana siguiente, Carlota se fue directamente a su consulta. En la zona de espera había muchas personas. Dio los buenos días y entró sin fijarse en ellas. Tras atenderlas a todas, a última hora cuando ya no tenía más expedientes sobre su mesa, volvieron a golpear la puerta.

Tras el «¡pase!» de cortesía, la puerta se abrió. Al levantar los ojos del papel, Carlota se encontró con los ojos de Carmela. Estaba de pie delante de la mesa. Durante unos segundos, se miraron; ninguna de las

dos supo qué decir. Carmela comenzó con voz entrecortada.

—Quería hablar con usted. No sabía a quién dirigirme. Como usted nos trató muy bien la primera vez que vinimos al juzgado.

Carlota se sintió incómoda. Se encontraba entre la espada y la pared. Tenía mucha información en su cabeza, pero no podía decir nada.

—No sé expresarme muy bien ni, por supuesto, sé nada de leyes. Pero tampoco una es tonta. No sé leer muy bien, no leo muchos libros, pero por lo que la otra vez nos explicó usted, por lo que una oye en la televisión o en el pueblo, sé para lo que sirve la muestra que dimos el otro día. Es para saber si somos, Juan y yo, el padre y la madre de Gonzalo.

Carlota iba saliendo de su asombro, las palabras le acudían por fin a la boca.

—Siéntese, por favor. Pues sí, lo ha entendido usted perfectamente. También lo podríamos expresar al contrario, para saber si Gonzalo era hijo de usted y de Juan.

—Sí, eso. Si Juan es el padre de Gonzalo. Y ¿tienen ya los resultados?

—Pues sí y no. Tenemos un avance, aunque el informe definitivo llegará uno de estos días al juzgado. De todas formas, sabe que no le puedo decir nada sobre los resultados. Es al juez al que le tiene que preguntar usted —le informó Carlota.

—Entonces usted ya lo sabe… —la voz de Carmela se quebró.

—Exactamente, ¿qué es lo que yo sé?

—Pues… ¡Dios mío! ¡Han sido tantos años con este secreto a mis espaldas! Pero Juan es un buen hombre… Siempre nos trató bien… Si no hubiese ocurrido esta desgracia, no se habría sabido nunca. ¡Dios mío! ¿Qué pasará ahora? ¿Qué pasará cuando Juan se entere?

Su voz se convirtió en un murmullo, en un sollozo.

Carlota la miraba. No podía dejar de sentir tristeza por Carmela, pero quizás este secreto era el que probablemente estuviese relacionado con la muerte de Gonzalo. Este secreto le había traído la desgracia a su hijo.

—De veras lo siento mucho, pero tengo que decirle que en ese sentido no puedo hacer nada. Cuando el informe llegue al juzgado, tendremos que averiguar quién es el verdadero padre de Gonzalo. Eso, o nos lo dice usted, o lo tendremos que investigar.

La voz de Carlota sonó más seca de lo que ella hubiese querido.

—Yo, nunca. No traeré la ruina a nadie más.

Carmela salió precipitadamente de la consulta.

Carlota permaneció unos minutos pensando en la visita de Carmela. Las cosas se estaban complicando. No tenía más remedio que ir al despacho de Víctor. Allí Carlota le puso en antecedentes de la llamada del laboratorio. La información era fácil de transmitir. Se había comprobado que la sangre indubitada de Juan no correspondía al padre biológico de Gonzalo, mientras que la sangre de Carmela sí correspondía a la madre biológica. Carlota terminó diciéndole al juez:

—La cuestión es que la sangre que encontramos en las manchas de la mano derecha de Gonzalo, en el suelo y junto al río, pertenecen al padre biológico de Gonzalo, pero no a Juan Martín, ya que Juan no es el padre. La persona que estuvo con Gonzalo antes de su muerte era su padre biológico.

—Pues tendremos que investigar quién es el padre biológico. —Víctor parecía decidido—. La madre tiene que saberlo, la citaremos para tomarle declaración.

—Me parece bien —dijo Carlota—, pero no creo que vaya a ser tan fácil. Carmela acaba de venir a verme esta mañana, sospechando los resultados de los análisis de sangre. Ha dejado muy claro que se niega a decirlo. Y me parece que no podemos obligarla.

—No, pero de todas formas tengo que citarla en el momento que reciba el informe del laboratorio, por lo menos que conste en el sumario. Procederemos a tomarle declaración para esclarecer de quién puede ser la sangre.

Carlota salió del despacho. No sabía qué pensar. Su raciocinio le indicaba qué había que hacer: tomarle declaración. Como mujer pensaba que, por ese camino, jamás lo averiguarían. Había leído los ojos de Carmela. Una profunda determinación se reflejaba en ellos.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

La madre

Se había declarado secreto del sumario, pero los comentarios se extendían como la pólvora por la aldea. Las visitas de la Guardia Civil, la retirada de todas las armas de caza de Juan, la toma de declaración delante del juez. La gente no sabía exactamente lo que pasaba, pero hacía conjeturas. Juan aparecía como sospechoso delante de sus vecinos. Algunos empezaron ya con las miradas de recelo y desconfianza. No le hablaban de la misma forma, con la misma espontaneidad; medían las palabras. Otros, los que le conocían desde hacía más tiempo, no creían los comentarios; sabían que era un buen hombre. Lo intentaban animar y se compadecían por la pérdida de su hijo. Juan iba cada vez menos al bar. Ya apenas salía de su casa. No le gustaban los fragmentos de comentarios que a veces oía, pues en cuanto le veían acercarse, cambiaban rápido de tema. Juan se encontraba muy solo. Su mujer casi no le hablaba; es verdad que nunca tenían largas conversaciones, estas eran siempre escuetas y sobre algo concreto: su hijo, la cosecha, los animales… pero últimamente, ni eso. Se acostaba pronto, siempre la encontraba triste, escondiéndose para llorar. Él sabía que lo hacía y en un principio lo atribuyó a la muerte de su hijo, pero las cosas iban cada vez a peor. Lloraba cada vez más, su apatía era más que evidente. Había ido incluso al médico de cabecera y, al no encontrar nada en los análisis, lo atribuyó a la tristeza por el hijo perdido.

Carmela se pasaba casi todo el día echada en la cama, llorando. No podía soportar la pena que la invadía. Había perdido a su hijo por su propia culpa, no cesaba de repetir en su mente. El peso de esta culpa no la dejaba respirar. No sabía si podría seguir viviendo con ese peso dentro de su alma. Miraba a su marido. Era un hombre bueno, que ella había aprendido a querer con los años. Se había portado bien con ella y con su hijo. Era hombre de pocas palabras, rudo en su forma de ser, pero siempre la había querido a su manera.

Ella rememoraba, aislada en ese mundo primitivo, cómo había querido ardientemente a un joven. Pero él no era precisamente la persona en la que sus padres habían pensado. La boda había sido concertada de forma encubierta. Juan era un joven prometedor, el futuro capataz de la hacienda. El yerno deseado y, ante esto, sus padres no podían dejar pasar la oportunidad. El padre le concedió la mano de su hija y fijó la fecha de la boda para el mes siguiente. Ella

tenía que despedirse de la persona a la que quería. Ya no le volvería a ver más. Se sintió desesperada. No se le ocurrió otra cosa que quedar en un olivar. En la despedida, de las palabras pasaron a los ardientes besos y a las caricias. Su piel todavía recordaba el roce de sus manos y sus labios; cómo desnuda sentía el calor de su cuerpo; cómo, por primera vez, había sentido un hombre dentro de ella. El primer momento, con un dolor agudo, al sentir romperse algo cuando la penetró. Después, un intenso placer que la hizo volverse loca de angustia cuando salió de ella. Sabía que sería la primera y la última vez. Ese recuerdo lo tenía muy fresco. A veces necesitaba revivir esos ardientes momentos que le servían de aliento en su vida. Fue su momento de felicidad, que no pensaba relegar a la memoria del olvido. Antes de confesar su nombre, moriría.

Tenía que tomar una decisión. Muy pronto la llamarían al juzgado a tomarle declaración y su marido empezaría a hacerle muchas preguntas. Es más, probablemente le contarían lo que ella ya sabía. Absorta en estos pensamientos, golpearon la puerta. Su citación no había tardado mucho en llegar. Los dos agentes, a los que conocía de la visita anterior, estaban en la puerta. La llamaron por su nombre completo: Carmela Castro. Le hicieron firmar la citación. Al día siguiente, el juez la citaba a las diez. ¿Qué le diría a su marido? Él tendría que llevarla al juzgado, no se podía escapar como el día que visitó a la médico forense. Se sorprendería con esta citación o, al menos, le pediría alguna explicación. Seguro habría visto la patrulla de la Guardia Civil.

Juan llegó a comer a la hora de costumbre. Desde la muerte de Gonzalo, las palabras que pronunciaba eran las mínimas para entenderse con el mundo. Con un gesto hizo saber que había llegado. Se sentó a la mesa. Carmela sirvió la comida. Comieron en silencio, como siempre. Lo único que había cambiado eran las miradas fugaces que su mujer, de vez en cuando, le echaba, pero Juan no se dio cuenta. Estaba muy cansado. Parecía que había vivido más de cien años. Descansaría durante media hora en el sofá verde agrietado de la sala. Volvería a faenar. La hora de la cena y a acostarse. Cuando Juan se levantaba ya de la mesa, Carmela se armó de valor.

—Mañana tendrás que llevarme al juzgado. Me han citado a mí también. A las diez.

—Le diré al mozo nuevo que se encargue de hacer mi trabajo. Te llevaré.

Juan se levantó de la mesa.

Carmela se quedó de pie en medio de la cocina, como una estatua. No podía moverse ni pensar. Ya lo había dicho. Después ninguna

pregunta, ningún recelo. La jornada terminaba como otra cualquiera. Mañana sería otro día. Y se acostó.

Por la mañana, Juan y Carmela estaban sentados en un banco, al lado de la puerta del despacho de Víctor. Esperaban a que el juez llamase a Carmela. Carlota había llegado antes que de costumbre. Toda la noche había estado dándole vueltas a la sucesión de acontecimientos. Quería encajar las piezas, pero le faltaba la pieza central para encajar las demás. Al dirigirse directamente al despacho de Víctor, los vio sentados. Carmela desvió la mirada rápidamente, Juan solo miraba al suelo. Entró al despacho sin decir buenos días.

—Carlota, por favor, quédate en la declaración de Carmela —dijo el juez—. Quizá con tu presencia se encuentre más tranquila. Al ser médico y mujer, la declaración puede que sea un poco más fluida.

Carlota asintió. No lo tenía muy claro. Por un lado, le agradaba esta petición; quería estar presente en la declaración de Carmela. Si les daba la pieza central del rompecabezas, se podría aclarar la autoría del homicidio. Por otro lado, Carlota no quería implicarse; su trabajo ya lo había hecho, el resto correspondía al juez. De todas formas, estaba convencida de que Carmela no hablaría.

Víctor ya le estaba pidiendo al funcionario que hiciera pasar a la mujer. Carmela se sentó delante de la mesa de Víctor, mientras el funcionario se colocaba delante del ordenador.

—¿Es usted Carmen Castro? —preguntó el juez.

—Sí.

—Es usted la madre de Gonzalo Martín, ¿verdad?

—Sí.

—Mire, intentamos aclarar la muerte de su hijo Gonzalo, por lo que hemos hecho algunas pruebas durante la investigación. Una de ellas, como usted recordará, consistió en extraerles muestras a usted y a su marido. La razón fue porque encontramos una mancha de sangre que podía ser del padre de Gonzalo. ¿Lo recuerda?

—Sí.

—Ya tenemos los resultados de esos análisis. Por ellos, sabemos que usted ciertamente es la madre de Gonzalo. Pero nos ha sorprendido que la sangre de su marido, Juan, no parece coincidir como padre de Gonzalo.

No hubo respuesta. Hundió la cabeza en el pecho. Durante las siguientes preguntas, ya no la levantó.

—Señora, no podemos obligarla a contestar, pero si lo hiciese nos ayudaría a comprender la muerte de su hijo. ¿Quién es el padre

biológico de Gonzalo?

El silencio fue la respuesta. Víctor continuó con el interrogatorio.

—Usted conoce la identidad del verdadero padre. ¿Cree que esa persona podría haber hecho daño a Gonzalo?

—¡No!

—¡Por favor! Ayúdenos a descubrir a la persona que mató a su hijo.

—Yo. Yo lo maté. Yo con mi locura he buscado la ruina de mi hijo y de mi familia. ¡Dios mío!

Ninguna palabra volvió a salir de su boca. Los silencios seguían a las preguntas. No podía hablar. No paraba de llorar. Las lágrimas resbalaban incesantemente por sus mejillas. Las preguntas se sucedieron, pero no hubo respuestas. Después de un tiempo razonable, Víctor se dio por vencido. La ley no podía obligar a aquella persona a declarar quién era el padre de su hijo. Tendría que averiguarlo por otro camino.

La figura de Carmela se había encorvado. Tenía la barbilla hundida en el pecho. Salió del despacho con esa misma postura. Sus ojos estaban velados. Su marido la miró en silencio. Salieron juntos del juzgado. Víctor y Carlota se miraron. Volvían a estar en un punto muerto.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

El arma

Esa misma tarde Carlota seguía dándole vueltas a la cabeza. De algún otro hilo tendrían que tirar para deshacer el ovillo. Sabía que un paso era encontrar al padre de Gonzalo. Su sangre había aparecido en la mano del cadáver. Esto era un indicio. Tenía que tener relación con la muerte de Gonzalo, aunque no indicaba necesariamente que fuese la persona que había disparado el arma. Este hilo les conduciría a la solución del dilema, pero por ahora seguía sin resolverse. Sin embargo, debía existir alguna otra forma de solucionar el jeroglífico.

La persona que disparó debía ser conocida de la familia. Al estar en la fiesta, tenía que ser amigo o familiar. Si estaba en la fiesta, tras haber disparado tuvo que volver a la fiesta. Carlota había encontrado un hematoma en los nudillos de la mano derecha de Gonzalo. Alguna discusión tuvo que haber. La persona que disparó, con seguridad, recibió un golpe en algún sitio de fácil hemorragia, pero poco visible. De fácil hemorragia para que pudiese impregnar la mano de Gonzalo, pero que fuese poco llamativa para que nadie se percatase de un gran hematoma y preguntase por él. Sí, lo más probable es que fuese en la nariz. Sangró por la nariz. Una epistaxis que impregnó la mano de Gonzalo, una gota en el suelo cerca del cuerpo y, enseguida, a lavarse en el río. Sí, ya tenía enlazadas las tres manchas. ¡Claro! El siguiente paso tras el disparo fue ir a lavarse al río. Allí se lavaría con las dos manos. Si llevaba en las manos el arma, le estorbaba. ¡Claro! ¡La tiraría al río! ¡El río le sirvió para lavarse y, al mismo tiempo, para esconder la escopeta! No podía ser. Era demasiado sencillo. La policía había rastreado los alrededores. Pero el río era lo bastante profundo como para tener que hacerlo con un equipo especial. Esto solo eran suposiciones, pero Carlota se las expondría mañana a Víctor. No tenía mucho tiempo. Algunas cartas ya estaban bocarriba, los acontecimientos se podían precipitar.

Carlota no tuvo un momento libre en toda la mañana, pero a última hora se pasó por el despacho de Víctor. Con calma y seguridad, le expuso sus deducciones. Le explicó cómo se podían enlazar en una espaciotemporal y lógica misma secuencia las tres manchas. Cómo las tres llevaban al río. En conclusión, allí podía estar el arma homicida. Antes de que Víctor la interrumpiese para recordárselo, ella ya sabía que la Guardia Civil había rastreado una zona muy amplia alrededor de los matorrales donde se había encontrado el cuerpo y que también

había rastreado la orilla del río.

La diferencia estaba ahora en que se habían enlazado algunos indicios. En particular, las manchas de sangre y el río. ¿Por qué no intentaban rastrear cuidadosamente, por lo menos, la zona del río próxima a la piedra donde se halló la mancha de sangre? La zona no sería muy amplia. Incluiría solo la distancia del lanzamiento de un objeto desde la piedra. De hecho, la zona en cuestión no podía ser muy extensa: la prisa por deshacerse del arma no habría permitido al homicida pensarlo mucho durante su huida. La policía podía hacer la prueba de varios lanzamientos en diferentes sentidos y rastrear el área.

—Realmente estamos estancados en la investigación. No tenemos nada que perder. Esto podría dejarnos en el mismo lugar en el que estamos o quizás permitirnos encontrar algo —concluyó Carlota.

—Comprenderás que las cosas no se pueden hacer solo por corazonadas o por intuición. Llamaré a Antonio y le contaremos tu versión. Nos dará su opinión sobre si merece la pena hacer lo que propones. Voy a llamarlo por teléfono al despacho, ahora mismo.

Carlota se limitaba a escuchar lo que Víctor le decía. Puso al teniente de la Policía científica en antecedentes de lo que acababan de hablar. Escuchó:

—¡Ah! ¡Que ya lo habéis hecho!

Carlota se imaginaba que pasaría eso. Suponía que a alguien ya se le habría ocurrido antes que ella. Ya lo habían hecho. La puerta se volvía a cerrar. Víctor seguía hablando:

—Sí… Sí… Pero también una zona que abarque el posible lanzamiento. —Los silencios se intercalaban entre sus palabras—. Sí… Sí… Tendremos que solicitarlo a la unidad de buzos de la Guardia Civil. Sí… Sí… Así lo haré. Gracias. Adiós.

La conversación había terminado. Carlota esperaba ansiosamente a que Víctor se lo contara.

—Antonio me acaba de decir que han rastreado todo el terreno en varios kilómetros a la redonda a partir del matorral donde apareció el cuerpo. El río también lo han revisado cuidadosamente. Sus hombres rastrearon las zonas próximas a la orilla hasta donde se lo permitió el equipo que llevaban. Para zonas más profundas no disponían del equipo adecuado. Si queremos que se realice la búsqueda de una forma minuciosa, tendremos que solicitarla al cuerpo de buzos de rescate de la Guardia Civil. Ellos son los únicos que pueden hacerlo de forma más exhaustiva. Con sus medios Antonio hizo lo que pudo.

—Nadie le ha dicho que no lo hiciese bien, ¡qué susceptibilidad!

—protestó Carlota.

—Antonio es muy buen profesional, pero, en su amor propio, no reconoce sus limitaciones. Llamaré para solicitar que hagan la búsqueda ahora mismo. En breve, espero, comenzarán a hacerlo. Lo que tarden ya dependerá de cómo se presenten las cosas sobre el terreno. A ver si esta vez encontramos algo.

Ese mismo día, el juzgado se puso en contacto con la unidad de buzos más próxima. Dada la gravedad del caso, le dieron preferencia. Comenzarían al día siguiente. Antonio, que conocía bien la finca, acompañaría a los buzos para indicarles el lugar que tenían que rastrear.

La camioneta todoterreno de los buzos entraba a la mañana siguiente por el portalón de la finca. Avanzaba por el camino de entrada hacia la casa cuando un hombre se les puso delante, haciendo señas de que parasen. Era Juan.

—Buenos días, soy el capataz. Nadie me había avisado de que venían.

—Buenos días. Somos de la Guardia Civil y hemos sido requeridos por el juez de Mosena para rastrear el río.

—Bien, pasen.

Antes de dejarle marchar, le indicaron que transmitiese a las personas que trabajaban en la finca que no se acercasen por allí para que ellos pudieran realizar su trabajo con tranquilidad.

Antonio les indicaba el camino; ya conocía la finca como la palma de su mano. Al final del camino giraron a la derecha, pasando por la arboleda y siguiendo hasta el río por el camino terrizo. Ese camino se apartaba del matorral, pero era la única forma de llegar en coche. Una vez que llegaron a la orilla, tenían que bordearla para llegar a donde terminaba el pequeño atajo que venía desde el matorral. Giraron a la izquierda, metiendo la camioneta por la orilla. Solo pudieron avanzar unos cuantos metros; a partir de allí el terreno se hacía tan cortado y pedregoso que no podían continuar. Dejaron el coche sobre unas rocas en el margen izquierdo del río. Lo aseguraron y empezaron a bajar el equipo. Antonio les indicó con el dedo la piedra que se veía al fondo. Era desde donde se sospechaba que se había lanzado el arma. La piedra indicaba el final del sendero que llegaba desde el matorral.

Los agentes que se bajaron del vehículo midieron la profundidad en diferentes zonas. Había pozas que tenían profundidad suficiente como para cubrir a una persona, pero la mayor parte era una zona poco profunda donde el agua hacía un remanso. Al terminar la

medición, dos de ellos, ya equipados, empezaron a sumergirse bajo el control de los que se quedaban fuera. Establecieron la zona en la que tenían que rastrear. Lanzaron objetos con el peso aproximado de una escopeta en distintas direcciones. Esta sería la zona delimitada, hasta donde estudiarían el terreno, incluyendo un espacio más amplio hacia donde se dirigía la corriente. La dividieron en cuadrantes para rastrearla sin que se escapase un centímetro. Cada buzo empezó por un extremo del río. Cuando estos dos terminaron la zona que habían acotado, otros dos continuaron con la siguiente, pues así se requería hasta que se explorase el área completa. Cada agente tenía en la mente el objeto que andaba buscando. Una escopeta. Todas las ramas se parecían a una escopeta, sobre todo en las orillas donde la maleza y las cañas se metían en el agua. Había que ser muy cuidadoso al rastrear; todos los objetos alargados y oscuros se podían confundir con lo que se estaba buscando.

Llevaban más de cuatro horas trabajando cuando uno de los buzos surgió del agua. Levantándose la mascarilla, les avisó:

—Creo que he encontrado algo. Está bastante enterrado; voy a intentar sacarlo con mucho cuidado.

Se sumergió otra vez. Muy despacio, con sus manos fue retirando las piedras y la grava que había sobre el objeto semienterrado en el fondo. Solo asomaba el cañón, pero esta imagen tan recta y oscura le había llamado la atención. Era una escopeta. Poco a poco, al retirar todo lo que la enterraba, fue dejando al descubierto el cañón, el gatillo y, quitando una piedra un poco más grande, la culata. La vio completa. Efectivamente, era una escopeta. Tocándola lo menos posible, la sacó al exterior por los extremos.

—¡La tengo! Es una escopeta. Puede ser la que estamos buscando.

Rápidamente la envolvieron para resguardarla. Si había huellas, era necesario tomar todas las precauciones posibles para conservarlas. Cuando la estaban envolviendo sintieron que alguien los miraba desde el sendero. Era una mujer. Al darse cuenta de que los agentes la miraban, rápidamente se dio la vuelta y se alejó.

Era Carmela. Y había reconocido esa escopeta. Ella había visto desde niña a todos los hombres de su casa manejarlas. Había visto cómo la caza, también las armas, formaban parte de su vida. Pero también de la muerte. El arma que habían sacado del río la conocía muy bien. Era una de las escopetas de Juan, su marido.

En su carrera hacia la casa, Carmela no se daba cuenta de cómo las esparragueras le iban arañando las piernas.

«La han encontrado. ¡No! No puedo vivir con esta angustia. No

puedo dejar que piensen eso de mi marido. No puedo. Pero ¿por qué no digo lo que sé? No, no puede ser. No puede ser que aún le siga queriendo», pensaba mientras caminaba.

La verdad, por fin, se había presentado delante de los ojos de Carmela. Desde la muerte de su hijo había vegetado; no había pensado, no había querido pensar, pero ahora todos los recuerdos estaban fluyendo de su interior. Después de tantos años, querían salir. Los acontecimientos se estaban precipitando. Ella tenía que pensar. Ya había hecho mucho daño. No, no quería hacer más. Si ella hubiese dejado las cosas como estaban… Pero no, no podía callarse.

Llegó a su casa y se echó sobre la cama. La casa estaba vacía. Tenía que pensar. Sí, pensar. Los instantes más felices de su vida volvieron a su mente. La noche que estuvieron juntos en el olivar. Un breve espacio de tiempo en su vida. Después, una gran nube negra cerró su universo. Su momento de felicidad fue un instante. Al llegar a su casa, su padre la esperaba con la noticia. Juan, el joven capataz de la finca, la había pedido en matrimonio. Sus padres querían lo mejor para su hija. La noticia corrió por el pueblo. Carmela jamás volvió a verlo. No pudo decirle cuánto lo amaba. No pudo decirle que era la única persona a la que quería. Él se marchó del lugar sin que mediara palabra alguna. La boda se celebró al mes. Carmela tenía ya un retraso en la menstruación. A los siete meses nació su hijo Gonzalo. Era su secreto. Jamás se lo dijo a nadie. ¡Dios mío! ¡Hasta que tuvo que desvelarlo al padre de Gonzalo por esa maldita boda!

—¡Carmela! ¿Dónde estás? ¿Está la comida? Tenemos mucho trabajo esta tarde.

—¡Ya bajo! La comida está hecha, ahora mismo te la pongo.

Carmela bajó, como pudo, las escaleras. Sirvió la comida en silencio, pero ellos ya estaban acostumbrados a estos silencios.

En una localidad tan pequeña, cualquier mínimo acontecimiento no se sabe cómo, pero acaba en todos los oídos. Los agentes, mientras rastreaban el río, intentaron acordonar la zona, aislándola de posibles curiosos.

«Parece que existen ojos y oídos en todas partes», pensaba Juan.

La noticia de que habían encontrado el arma voló por toda la comarca. En su mayor parte, como todos sabían, las armas no estaban registradas, pero todos podían identificar a quién pertenecía cualquiera de ellas. Juan, como capataz de la finca, controlaba todos los acontecimientos que ocurrían en ella. Fue el primero en enterarse. En la comida, lo comentó con Carmela. Esta escuchó en silencio.

Juan era un hombre callado, acostumbrado a leer en los signos

que mostraban el suelo y el cielo. Pero también leía en los ojos de su mujer. La quería con toda su alma, pero ahora se daba cuenta de que no recordaba si se lo había dicho alguna vez en todos los años de su vida en común. En los últimos tiempos, tan difíciles, él se había encerrado en su pena, pero presentía que una nube negra se acercaba. Habían llamado a su mujer al juzgado, pero no lo habían hablado. Ella había callado, él no había preguntado. Desde la muerte de su hijo, muy pocas palabras se habían cruzado. Ella lloraba en silencio, mientras él se encerraba en sus obligaciones. Estaba tan cansado del trabajo, de la vida, que no tenía fuerzas para llorar. Ese día se encontró mirando de forma distinta a su mujer. Ahora un cierto matiz de recelo se unía al cariño en esa mirada. Ella ya le había puesto la comida en la mesa. Juan empezó a comer, sin esperarla. Carmela seguía trajinando en la cocina y se oía el ruido que hacían los platos al entrechocar. No sabía cómo empezar, pero tenía que hablar con ella. No estaba acostumbrado a conversaciones largas, ni siquiera con ella. Su mujer se sentó cuando él ya había terminado. Desde que murió Gonzalo casi nunca comían juntos. El sitio de Gonzalo permanecía vacío. Juan se quedó sentado, rompiendo la costumbre de levantarse de la mesa recién terminada la comida. Con la mirada en el plato vacío con restos de gazpacho migado, habló a su mujer.

—Mujer, ¿qué está pasando?

—No sé, ¿a qué te refieres?

Carmela se sobresaltó. Sabía que en algún momento llegarían las preguntas. Su marido le preguntaría. Ella quería hablar con su marido, pero nunca se encontraba preparada.

—Desde la muerte de Gonzalo hemos ido muchas veces al juzgado, tú y yo.

—Ya lo sé.

—Además, me hicieron muchas preguntas. Me sentí mal, me hacían sentirme culpable… — la voz de Juan se quebró.

—No te preocupes.

Juan quería decir muchas cosas, pero no supo decirlas. Solo alcanzó a balbucear.

—Quiero decirte… que… yo quería mucho a nuestro hijo. Jamás le hubiese hecho daño.

Carmela no sabía qué contestar. Pensar que él se podía sentir culpable le conmovía las entrañas. Sentía un dolor agudo en el pecho. No solo no le recriminaba nada a ella, sino que quería defender su propia inocencia. Ella no deseaba que sufriera. No solo no lo deseaba, sino que esa posibilidad la hacía sufrir mucho. Pero había otro dolor

en su pecho. Para aclarar el malentendido no tenía más remedio que revelarle su secreto. Eso haría su pena aún más profunda. ¡Ella era la culpable! No solo ella era culpable de la muerte de su hijo, sino que ahora tenía que cargar con el sentimiento de culpabilidad de Juan, con su pena. No lo podría soportar. No podía respirar. Sentía que se iba a marear. Al fin cobró fuerzas, se agarró a la mesa y subió las escaleras. Echándose en la cama, descargó su amargura en un baño de lágrimas.

Juan salió a dar un paseo por la finca. Esa tarde no podía trabajar. Tenía que pensar. Habían encontrado el arma. En el juzgado debían haber encontrado algo, pero no se lo dijeron. Las preguntas le hicieron sentir culpable, pero él sabía que no había sido. ¿Cómo podían pensar que un padre podía hacer daño a su hijo? Él lo quería, lo quería con toda su alma. La cabeza le daba vueltas. Quería pensar y no podía. Quería saber quién había matado a su hijo. Era todo para él. Y si se enteraba de quién era el autor de su muerte antes de que lo prendiesen, lo mataría. Quería ver muerto al asesino de su hijo. Sí, lo mataría, fuese quien fuese.

A última hora de la mañana, cuando Víctor y Carlota se marchaban, llamó la Guardia Civil. Habían encontrado un arma en el rastreo del río. Víctor se mostró muy optimista. Los argumentos se encadenaban en su mente con lucidez. Víctor analizó:

—Esperemos tener suerte. Veremos si el arma coincide con alguno de los casquillos que encontramos y con el taco de la munición. Y ¡ya sería estupendo que encontrásemos algunas huellas! La Guardia Civil ha enviado el arma al laboratorio de balística para cotejarla con los casquillos y la munición que ya tienen en su poder.

—Este es otro paso en la solución de este enigma —reflexionó Carlota—. Poco a poco, supongo, se irán situando en su sitio las piezas del puzle, porque por ahora tenemos muchas cosas, pero falta encajarlas. Tenemos sangre del supuesto padre de Gonzalo en el cuerpo y en los alrededores, pero ¿qué quiere decir que hay sangre del padre de Gonzalo? Lo único que hasta ahora hemos sacado en claro es que Juan Martín no es el padre biológico. ¿Qué tiene esto que ver con que hayan matado a Gonzalo? Suponiendo que el padre biológico tenga que ver algo con su muerte, ¿qué puede llevar a un padre a matar a su propio hijo? Pero esta es una suposición algo liviana. No hemos demostrado nada todavía. Lo que nos queda es que encuentren algo en el arma.

Carlota había expuesto en voz alta el resultado de las cavilaciones

de los días anteriores, en las que no dejaba cuestionar que un padre pudiese haber disparado contra su propio hijo.

—Tarde o temprano lo encontraremos —añadió el juez—. Creo que el círculo se está cerrando. Pronto encajaremos las piezas del puzle.

Cuando llegó a casa, Carlota seguía pensando en todo ello. Era muy difícil, con su oficio, dejar los problemas del trabajo en la puerta. Ella lo intentaba, no quería mezclar el trabajo con el hogar, pero era difícil conseguirlo. Carlota se desahogaba con Javier. Le relató los últimos acontecimientos. Él ya sabía lo de la sangre del padre de Gonzalo, ahora le añadía el hallazgo del arma. Javier insistía en que la pieza central era Carmela.

Ella no sabía cómo describirla, ni como mujer ni como persona. Además, al recordarla y rememorar su último encuentro, una cierta desazón le recorría el cuerpo. Quizá, si se hubiese mostrado un poco más amable, la hubiese podido ayudar en algo. No sabía en qué. Pero estaba claro, Carmela era o tenía la pieza central del rompecabezas. Algo sí podía decir de ella: era una mujer triste. Los acontecimientos lo habían querido así. Un hijo muerto es algo tan horrible que no se llega a superar nunca. Carmela lo había sufrido y su pena era muy profunda. Carlota se preguntaba cómo una madre, pudiendo ayudar a descubrir al autor de la muerte de su hijo, no lo hacía. Racionalmente, los únicos motivos que se le ocurrían eran dos: o esa persona la estaba amenazando en su silencio o había otra circunstancia que la obligaba a callar. Carlota intentaba buscar una explicación algo tortuosa, el camino no podía ser directo. Javier, con su visión más directa y masculina de la vida, lo veía más claro:

—Está encubriendo a alguien porque tiene un amante.

—No, no puede ser tan sencillo. ¿No crees que, si tuviese un amante, en el pueblo lo sabrían? Además, ¿crees que una mujer puede anteponer el sexo a un hijo? No creo. Quizás por amor…

—Te ha quedado muy bien, pero ¿qué diferencia hay con lo que te acabo de decir?

—Es diferente —Carlota dejó fluir sus argumentos aún hilvanados —. Un amante suena a algo temporal, relacionado con los impulsos sexuales, algo que me es muy difícil atribuir a Carmela, una mujer dura y fuerte, de la que solo se conoce que se dedica a su casa, a su marido y a su hijo. Aunque es evidente que está encubriendo al padre biológico de su hijo. Un amor, o llamémosle relación, de hace como mínimo veintiséis años, que era la edad de Gonzalo al morir. La relación existía hace veintiséis años, por supuesto, pero ¿qué pasaría en esos veintiséis años? ¿Dónde estaba esa persona durante esos años?

¿Se relacionarían durante ese tiempo? ¿Por qué después de tantos años ha terminado todo con la muerte de Gonzalo? Lo único con lo que podemos relacionarla es con la boda. ¿Qué tendrá que ver la boda con su muerte? Algo obviamente tiene que ver, aunque no lo entiendo. El cómo una boda entre dos jóvenes que se quieren puede acabar en una muerte trágica. Algo tiene que haber, pero aún no lo vemos.

—No le des más vueltas. Deja tu cabecita descansar, ya aparecerá. Vamos a acostarnos que tengo un poco de sueño. —Javier tenía ya bastante.

Subieron al piso de arriba con los brazos enlazados. Ella con la alegre sensación de que tenía a su lado a la persona más querida del mundo. Él también lo sabía.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

La novia

El calor de verano ya se hacía sentir en todo su apogeo. Carlota se había ausentado del juzgado varias mañanas, que aprovechaba para ir al Departamento de Antropología Forense de la Facultad en la ciudad. Había empezado a analizar los huesos del conjuro que habían recogido aquella noche en la sierra. Allí trabajaba su compañera y amiga, la doctora Clara Cárdenas, experta en la materia. Los fue identificando con respecto a la edad, sexo y antigüedad. Al final de muchas horas de trabajo, llegaron a la conclusión de que los huesos que se habían encontrado eran de varios individuos, de diferente sexo y edad, con una antigüedad aproximada de diez años desde la muerte. Lo más interesante era que algunos de esos huesos tenían señales de violencia. Algunas vértebras cervicales tenían fracturas. El cráneo presentaba una fractura en su base. Clara le explicaba que, por las características, era una fractura que se había producido por un traumatismo en vida, no después de la muerte. La pelvis también estaba fracturada. Al mismo tiempo que trabajaban intensamente, recordaban los viejos tiempos de estudiantes. Cuando terminaron, redactaron el informe.

Al día siguiente, Carlota llegó con el informe en la cartera para entregarlo en el juzgado. Allí pidió las diligencias. Se sentó a revisarlas en su despacho, tranquilamente. Dentro había un atestado de las investigaciones que había realizado la Guardia Civil en todos los cementerios de la comarca. En uno de los informes se recogía que en varios de estos pueblos se habían producido profanaciones y saqueos macabros de tumbas y osarios. Los huesos tenían un macabro punto en común: eran de personas que habían muerto violentamente. Eran víctimas de asesinatos o de suicidios, según testimonio del sepulturero. Este hecho explicaba las fracturas en los huesos.

En otra parte del expediente se tomaba declaración a varias personas. Sin nombrar a nadie, en el pueblo se rumoreaba que alguien de la familia o de los conocidos de Gonzalo había encargado el conjuro. No se sabía quién, ni había prueba alguna. Tan solo rumores. Carlota unió su informe al procedimiento. Sobre los huesos, había determinado su edad, sexo y antigüedad. Añadió algo sobre la relación de los hallazgos traumáticos con el tipo de muerte de los cadáveres profanados. Concluía que los huesos del conjuro eran compatibles con los robados de la profanación de dichos cementerios, según los datos

aportados por el sepulturero. No podía imaginarse a nadie que pudiera encargar tan macabro acto. Cerró este capítulo, sintiéndose un poco triste por el comportamiento del ser humano.

Carlota devolvió el expediente al juzgado. Al verla entrar, le dijeron que Víctor estaba tratando de localizarla. Se dirigió entonces al despacho del juez. Como siempre que escuchaba voces en su interior, golpeó la puerta antes de entrar. Era Antonio el que estaba sentado frente a Víctor. Carlota se alegró de volver a verlo. Era una persona muy competente que siempre estaba dispuesta, a pesar de su susceptibilidad. Su cara reflejaba las noticias que portaba. Se le veía contento, seguro que traía buenas noticias. Carlota se sentó en el sillón que quedaba libre. Víctor también estaba animado. Siguió hablando dirigiéndose a ella.

—Antonio nos trae el informe de balística del arma que encontraron en el río. La han comprobado. Es el arma que disparó el casquillo que encontramos en el lugar del homicidio. Es el arma con la que mataron a Gonzalo.

A Carlota le parecieron buenas noticias. Antonio, que venía directamente del laboratorio, continuó con la información que venía a comunicarles.

—Ya tenemos el arma homicida. La estamos estudiando con profundidad. Hasta ahora hemos encontrado una huella dactilar en muy malas condiciones en el cañón. Hemos tenido suerte de que esta huella se mantuviese después de permanecer la escopeta en el agua tanto tiempo. El dedo de la persona que la dejó estaba manchado con alguna sustancia grasa que no se ha disuelto con el agua. Estamos investigándola con un nuevo sistema de láser que hemos instalado. Con ello identificaremos la impresión digital que se ha dibujado. Luego pasaremos a intentar reconstruir el resto de la huella con métodos informáticos. De todas formas, tengo que decir que es un arma muy poco convencional. No creo que hubiese muchas iguales por los alrededores. Ya tenemos dos vías para seguir investigando. Por un lado, averiguaremos de quién es el arma. Empezaremos por preguntar a las personas que viven en la aldea, aunque no creo que nadie delate a nadie. Y, por otro lado, al ser la escopeta de un tipo un poco especial, es poco probable que la vendan en muchos sitios, solo unas cuantas tiendas especializadas en ese tipo de armas. Veremos si la podemos localizar por ahí. Todo ello lo iremos haciendo mientras reconstruyen la huella que aparece en el arma.

Después de la línea de investigación que había propuesto el agente, Víctor también quería aportar su punto de vista.

—Me parece bien que investiguemos de quién es el arma —dijo—.

Siguiendo su pista, quizá podamos llegar a su dueño. Pero, aunque averigüemos quién es el propietario, eso no nos dirá la persona que disparó. La huella en el gatillo es la que nos revelará la identidad de la persona que la disparó por última vez. Esta podría ser la evidencia para incriminar a un sospechoso.

—Nosotros estamos haciendo las dos partes al mismo tiempo —respondió Antonio—. Por una parte, investigamos el arma. Una de sus características no es muy frecuente en esta zona. Es cara. No creo que vendiesen muchas iguales. Además, ya lo he dicho: hay pocos establecimientos que las vendan. Creo que podremos llegar hasta quien la adquirió. Y, por otra, investigamos la huella que se está reconstruyendo.

—Toda esta información es muy valiosa. Nos llevará al que mató a Gonzalo. Muchas gracias por venir a contárnoslo; todos estamos muy preocupados por esclarecer cuanto antes esta muerte.

Tras el agradecimiento de Víctor por traerles los informes personalmente, Antonio se despidió de ellos y se marchó. Carlota se quedó sentada en el sillón, pensando. Ya tenían muchos datos, pero no encajaban. Faltaba la pieza central que los unía.

—Víctor —advirtió Carlota—, tenemos la respuesta mucho más cerca de lo que pensamos. Yo creo que la pieza clave del rompecabezas es el motivo por el que lo mataron. La única persona que lo sabe es Carmela, pero al negarse a ayudarnos es imposible averiguarlo.

—Y además no hay forma legal de obligarla —constató el juez.

Carlota pareció concluir.

—Ya tenemos muchos datos, alguno de ellos nos tendrá que dar la solución.

Los días para María, la novia de luto, eran muy largos. Por ella, se acostaría y ya no se levantaría más. Habían pasado semanas desde la muerte de Gonzalo; para ella, una eternidad. Cada movimiento, cada paso, era un triunfo. Además, ¿para qué quería moverse? ¿Para qué quería andar? No le encontraba ningún sentido a nada. Su nube se había estrellado contra el suelo en un solo instante, el de la muerte de Gonzalo. Llevaba toda una vida esperando su sueño, pero cuando este había llegado subiéndola a las nubes, había durado una semana. Estaba en un pozo oscuro del que no quería salir. Quería sentirse como Gonzalo seguramente se sentía en su oscuro nicho. No quería vivir. No quería ver un sol que nunca más alumbraría la imagen de Gonzalo. No quería nada.

Como todas las mañanas al despertarse, el sol hacía horas que había asomado, pero ella no quería verlo. Las pastillas que tomaba, al menos, conseguían dejarla adormilada. Tenía que hacer un esfuerzo para levantarse, si no su madre, tarde o temprano, aparecería por la puerta para ayudarla a levantarse. Después de la muerte de Gonzalo se quedaba en la cama todos los días. Solo salía los domingos para llevar flores a su tumba. Su madre lo respetó, pero desde hacía una semana, si ella no bajaba a una determinada hora, subía para ayudarla. Esa mañana, María pensó: «Quiero hacer un esfuerzo para hacerlo sola; no solo porque quiero hacerlo, sino porque no quiero ver a nadie, ni siquiera a mi madre».

Consiguió incorporarse y, acto seguido, acercarse a la silla donde había dejado su ropa. Una falda y una blusa negra. Muy despacio se abrochó los botones de la camisa, luego los de la falda. Se sentó para ponerse las medias y los zapatos, también negros. Bajó a la sala para, como una autómata, sentarse en un sillón. Desde el primer día que se levantó o la levantaron, por mejor decir, de la cama, ese era su destino diario.

Rosario, su madre, se dio cuenta de que había bajado. Se sonrió, era un logro. Hoy no había tenido que subir a ayudarla. Quizá hoy también comiese un poco más. Preparó una manzanilla. En un plato le puso un poco de pan tostado, un trozo pequeño de bizcocho que había hecho pensando en ella y unas galletas. No le preguntaba qué quería porque sabía la respuesta. Nada. Así que colocó en el plato todo lo que tenía para que ella probase lo que le apeteciera. Le llevó una bandeja y la colocó en la mesa, al lado de donde estaba sentada. La habitación estaba en penumbra, como todos los días del verano. Casi no podía distinguir su cara sobre el vestido negro. Solo distinguía sus ojos, con la mirada perdida en el vacío. Cada día esperaba ver algún rayo de esperanza en ellos. Bueno, quizá mañana aparezca, pensaba cada día. No perdía la esperanza. Intentaba comprender lo que su hija estaba pasando, pero no podía imaginárselo del todo. Ella no se había casado por amor. Eran otros tiempos; su matrimonio era el más conveniente, según sus padres. Y, a su modo, había sido feliz; una felicidad suave, sin aspavientos. Pero en el fondo de su alma, cuando miraba a su hija, tenía mucha pena de lo que pudiera sentir la joven. No solo por la pobrecilla desgraciada, sino por ella misma, porque ese algo que María había tenido, ella nunca lo tuvo, ni lo tendría.

Cuando estaba depositando la bandeja del desayuno de su hija sobre la mesa, llamaron a la puerta. Al abrirla, se encontraban frente a ella dos agentes. No sabía sus nombres, pero los reconoció. Eran los mismos que ya habían estado allí en una ocasión anterior. El sargento

Rodríguez comenzó a hablar.

—Buenos días. Queríamos hablar con Rafael Merino, por favor. ¿Es su marido?

—Buenas. Sí, es mi marido, pero no se encuentra en la casa. Está trabajando en la finca El Mayoral, como todos los días a esta hora.

Rosario les contestó en tono poco cordial. Ya le empezaban a molestar un poco tantas visitas de la Benemérita a su casa. Además, con su hija en la sala, no quería preguntas sobre los acontecimientos que tanto daño habían causado a María.

—Traemos una citación para Rafael. Mañana deberá pasarse a las nueve por el cuartelillo para hacerle unas preguntas. Siento que la hayamos molestado. Muchas gracias.

El sargento Rodríguez, mientras entregaba el papel de la citación, vislumbró la figura de negro que se encontraba en el sillón y a la que en la anterior visita no habían visto. Supuso que se trataba de María, la novia del muerto que estaban investigando. Su disculpa fue sincera. No querían causarle a aquella familia más pena de la que ya había soportado. Se dieron la vuelta, caminaron hacia el coche y se marcharon. La imagen de María, tan delgada, vestida de negro de la cabeza a los pies, les había impresionado. A pesar de las imágenes tan duras que, desgraciadamente, habían visto muchas veces, la sensación de pena se repetía siempre. Pero, desde el fondo, un estímulo surgía que los animaba para realizar su trabajo. Todo lo que hacían era con un fin: encontrar a la persona que había matado a Gonzalo.

Rosario se metió rápidamente el papel en el bolsillo. Cerró la puerta mirando a su hija. Esperaba que no se hubiese enterado de nada. Seguía con la mirada perdida, pero, en ese momento, fijó sus ojos en los de su madre.

—¿Era la Guardia Civil? ¿Qué? ¿Te han dicho algo?

—¡Qué me van a decir! ¡Pues nada! —le tranquilizó su madre.

—Mamá, por favor, ¡dime lo que sepas!

María le suplicaba que le dijese algo sobre la muerte de su novio. Su madre la miró sorprendida. Era la primera vez que preguntaba sobre ello. En el pueblo corrían los rumores; todo el mundo hablaba de lo mismo, pero solo eran eso, rumores. Todavía no habían detenido a nadie. Se decía que habían llamado al juzgado a Juan, que incluso le habían citado con su mujer para hacerles análisis, aunque nadie sabía lo que esto quería decir. Las personas que conocían a Juan decían que era imposible que tuviese que ver algo con la muerte de su hijo. Pero algunos rumores ya lo ponían en el punto de mira. Sobre todo, aquellos que tenían algo contra Juan, por ejemplo, a los que no había

dado trabajo cuando se lo habían pedido. Estos lo acusaban con el dedo. Rosario no estaba dispuesta a contarle nada de lo que solo eran rumores. Ellos conocían a Juan desde siempre y sus familias se habían ayudado siempre cuando se necesitaban. Juan se había portado muy bien con su marido. Cuando Rafael volvió del extranjero y estaba en el paro, Juan le dio un buen trabajo, para no desmerecerlo ante sus conocidos en una época muy difícil para ellos. Rosario y Rafael eran personas agradecidas, le apreciaban. No podían pensar que Juan estuviese relacionado con la muerte de su hijo. Además, todo aquello no eran más que conjeturas de la gente. Nunca pasaba nada en el pueblo, pero ahora no tenían otra cosa de la que hablar. No eran más que conjeturas, se repetía a sí misma Rosario. Los odios y los amores son tantos en una aldea tan pequeña, que crecen con tanto ahínco como las ortigas en los campos que cultivaban.

Naturalmente, no estaba dispuesta a contar nada de aquello a su hija. Todavía no estaba en disposición de saber todo lo que se hablaba a su alrededor. Dándole un beso en la mejilla, le contestó:

—No se sabe nada todavía.

—Mamá, sé que me estas engañando, que crees que me va a apenar, pero es en lo único en lo que puedo pensar, en que encuentren al canalla que…

María no pudo terminar la frase. Aún no terminaba de creérselo. No quería decirlo. Si lo decía, le parecía que se convertiría en realidad. No quería escucharlo de sus propias palabras. Si lo oía lo haría real. Ella no quería hacerlo real, aún era un sueño.

—Hija mía, por favor te lo pido, cálmate y no pienses en eso. Tienes que intentar, poco a poco, superarlo. Ya sabemos que nos ha ocurrido una gran desgracia. Esto irá pasando con el tiempo. Las personas que estamos a tu lado sufrimos mucho viéndote así.

Rosario hablaba con los ojos llenos de lágrimas. Procuraba que no le salieran delante de su hija, pero ella también lo estaba pasando mal. Sufría por su hija. Sufría por los padres de Gonzalo. Recordaba esa noche atroz como una pesadilla. No le gustaban las armas. Como se decía en esas tierras, las armas las carga el diablo. Y el diablo había venido a la fiesta. Por eso, había encargado un conjuro para alejarlo de su hija y enviarlo con el que había matado a su novio. Dio otro beso a su hija y se fue a preparar la comida. María se quedó sentada mirando al infinito.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

El dueño

Desde que se había producido el homicidio en la finca, la habían visitado ya muchas veces. El sargento Rodríguez y el agente Pérez conocían muy bien el camino a la finca El Mayoral. Una vez que cruzaron la cancela, ya no estaban tan seguros de saber dónde se encontrarían los hombres trabajando para localizar a Rafael y a Juan. La casa estaba al frente, pero de ella salían dos caminos dirigidos a distintos puntos cardinales. Se acercarían a la pequeña casa del encargado, por si encontraban a quién preguntar.

Conforme llegaban, vieron a Carmela tendiendo ropa en el patio. A ella le podían entregar la citación. A Carmela, al verlos, le empezaron a temblar las piernas. Otra vez los agentes venían a verlos. Después de bajarse del coche, se dirigieron hacia ella.

—Veníamos a ver a Juan Martín. ¿Es usted su mujer?

—Sí.

—Tenemos una citación para que mañana se pase por el cuartel a las doce. Se la dejamos a usted. Buenos días.

Después de dejarle el papel, se marcharon por donde habían venido. Carmela sintió que se le salía el corazón por la boca. Otra citación para Juan. Cada vez parecía más culpable a los ojos de la justicia. Si descubrían lo que ella ya sabía sobre el arma, no tardarían en venir a detenerlo. Carmela se dio cuenta de que había llegado el momento en el que tenía que hacer algo. Tenía que pensar alguna solución. Las pinzas de la ropa se le caían de las manos. Una sábana blanca cayó al suelo, manchándose de barro. Estaba muy nerviosa. No podía seguir tendiendo la ropa.

El sol ya apuntaba al mediodía cuando Juan llegó a comer. Era uno de sus privilegios por ser el capataz. Podía comer en casa todos los días. Encontró a Carmela muy nerviosa. Pensó que sería cosa de mujeres. Se sentó a la mesa, esperando el primer plato. Carmela se lo puso delante. Cuando Juan tomaba la primera cucharada, Carmela se armó de valor. Comenzó a hablar:

—Ha vuelto a venir la Guardia Civil. Me han dejado una citación para que mañana pases por el cuartelillo.

—¡Por qué no me dejarán en paz! —Juan gritó tirando la cuchara sobre el plato y derramando el ajoblanco por la mesa—. No tengo bastante desgracia con que me maten al hijo, para que esos hijos de…

—se contuvo— me persigan. ¡Qué quieren de mí!

—Tranquilízate, por favor, Juan. La citación se la han mandado a todos los hombres del pueblo. Todos la habéis recibido.

Carmela intentaba calmarlo, sobreponiéndose a su angustia. Juan se sentó como si le hubiesen dado un mazazo. Ensimismado, murmuró:

—Yo sabía que esto ocurriría. Tendrá algo que ver con el arma que encontraron en el río. Los vi cuando la sacaban. La que me desapareció el día de la fiesta. El día anterior yo mismo la había limpiado. Era mi mejor arma. Todo el mundo sabe que es mía. Carmela, te lo juro, ¡yo no lo hice!

Juan se levantó de un salto, tirando la silla hacia atrás. Salió de la casa dando un portazo.

Carmela se sentó en una silla. Pasó toda la tarde y toda la noche esperando a Juan en la misma silla. Ya lo tenía decidido. Se lo contaría todo, aunque la verdad produjera un dolor profundo a la persona que más quería en el mundo. Por fin se había dado cuenta, podría descargar su alma. Llegó la mañana, pero Juan no había aparecido.

El sargento Rodríguez se frotaba la barbilla con las manos. Ya habían tomado la declaración al menos a diez vecinos de Albarrán. A todos les habían hecho la misma pregunta. A quién pertenecía una escopeta marca… modelo… calibre… Era el modelo que se había encontrado en el río. Todos habían contestado lo mismo. No lo sabían. A todos los citaron a primera hora. Al primero al que se le tomó declaración fue a Rafael, el padre de María, al que le cambió la cara cuando le dijeron el modelo. Intuían que lo sabía, pero no contestó. Al resto de los que declararon les pasó lo mismo; primero la cara de sorpresa, luego el silencio. Rodríguez, con muchos años de experiencia, sabía que ocultaban lo que sabían. Ya eran las doce y esperaban a Juan, el último que quedaba por declarar.

A la una y media, cuando ya creían que no aparecería, Juan entró por la puerta. Su aspecto era muy desaliñado y sucio. Sin afeitar, con los ojos enrojecidos, delataba que esa noche la había pasado en vela. Por la suciedad en las botas y la ropa, probablemente andando por el campo. Con educación, aunque nervioso, dijo que tenía una citación. No la llevaba consigo, se la había dejado en casa. Le hicieron que se identificara, aunque ya lo conocían. El agente Pérez se encontraba sentado delante del ordenador. El sargento Rodríguez, en otra mesa al lado. Le indicaron que se sentase ante la mesa del sargento. De forma

automática, planteó las preguntas que había estado haciendo durante toda la mañana a todos los que se habían sentado en aquella silla.

—¿Sabe usted a quién puede pertenecer una escopeta de la marca… modelo… calibre…?

El sargento Rodríguez, sumido en la monotonía, no prestó mucha atención a la respuesta. No habían tenido mucho éxito en toda la mañana.

—Sí, lo sé.

Los dos guardias civiles dieron un salto en sus sillas. Miraban a Juan, incrédulos, con ojos desorbitados. Se quedaron mudos. Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales no pudieron hacer la siguiente pregunta. Rodríguez, más acostumbrado a su trabajo, se repuso más rápidamente:

—¿A quién?

—Es mía. Alguien me la robó durante la fiesta.

Juan habló en un tono que reflejaba una cierta frialdad. Estaba dispuesto a terminar con todo aquello. Él no lo había hecho, pero era la justicia la encargada de averiguarlo. No confiaba en ella, pero no podía seguir escondiéndose por más tiempo. Él no lo había hecho, lo sabía. A él le bastaba.

Rodríguez, aunque se encontraba tan sorprendido como su compañero, con un tono que intentó que fuese imparcial continuó:

—Lo siento, pero no tengo más remedio que detenerle.

Algo en su interior le decía que se estaban equivocando; era la intuición de más de treinta años de experiencia, pero las pruebas, hasta ahora, solo conducían a Juan. Lo acompañó al calabozo y, tras hacerlo entrar, cerró la puerta. Al volver a la oficina, llamó al juzgado de guardia. Les comunicó que ya se había encontrado al dueño del arma. Lo habían detenido. A la mañana siguiente pasaría a disposición judicial. Colgó el teléfono. No estaba tranquilo. Se quedó pensativo, algo en su interior le decía que se equivocaba.

La llamada del sargento Rodríguez lo comunicó al juzgado a última hora de la mañana. El funcionario de guardia se la transmitió a Víctor. Carlota echaba la llave a la consulta cuando vio a Víctor, que cruzaba el patio del juzgado muy pensativo.

—¡Víctor! ¿Pasa algo? —Carlota preguntó mientras le tocaba el brazo, para que se diese cuenta de que le hablaban. No se había percatado de la presencia de Carlota.

—Sí, me acaba de llamar el sargento Rodríguez. Me ha dado la

noticia de que Juan Martín, el padre de Gonzalo, ha reconocido que el arma que se encontró en el río es suya. Lo han detenido. Mañana lo ponen a disposición judicial. Le volveremos a tomar declaración, pero como inculpado. Es el dueño del arma que mató a Gonzalo.

—No puede ser.

—En principio es lo único que tenemos. Ha confesado que el arma es suya, aunque luego ha declarado que le desapareció durante la fiesta.

—Quizá sea verdad y alguien la cogió durante la fiesta.

—Pero es lo que tenemos y hasta ahora no había denunciado su desaparición. De todas formas, tienes razón. Tenemos que encontrar alguna prueba de que fue él la persona que disparó. Mañana le tomaré declaración, a ver qué nos cuenta. Hasta mañana.

Carlota se repetía que no podía ser. Racionalmente se negaba a creer que un padre pudiese matar a su hijo. Desgraciadamente, su trabajo, en ocasiones, le deparaba ese tipo de desagradables sorpresas. Su intuición se negaba a admitirlo, le parecía que Juan era un buen hombre. Solo se podía permitir la duda de que hubiese sido un desgraciado accidente, pero esto solo Gonzalo, y la persona que había disparado, lo sabían. Quizá mañana la declaración de Juan les proporcionase alguna luz sobre la muerte. Sin ser consciente de ello, algo le decía que no.

Llevaba varias semanas que no descansaba bien. Estaba sumida en una sensación de intranquilidad, de ansiedad. Cada vez que abría la puerta de entrada de su casa, la inundaba una sensación de seguridad. Ese era su mundo, el que ella iba construyendo y mejorando todos los días. Al entrar en él, el mero hecho de cruzar la puerta la hacía sentirse segura. Al cerrarla a su espalda, intentaba olvidar lo que dejaba fuera. Mientras avanzaba lentamente con el coche hasta el garaje, sus flores le estimulaban todas las células de la retina, que no dejaba pasar otras sensaciones a su cerebro. Este, al recibir el estímulo, mandaba la respuesta a través de sus axones a todas las células musculares de su cuerpo, dándoles la orden de que se relajasen, que ya estaban en casa. Carlota no podía desconectar de forma total, pero era el mejor fármaco para la ansiedad y el estrés que, en determinadas ocasiones, le producía su trabajo. Al bajarse del coche, el olor que percibía su pituitaria de las rosas, los jazmines y los lilos reforzaba la información a su cerebro, aumentando el efecto benefactor de la vista. La perra se acercó somnolienta a saludarla. Lentamente, disfrutando de cada paso, subía al porche para entrar.

—¿Hay alguien en casa?

Sabía que Javier estaba allí, pero quería oír su voz. Así sabía por dónde andaba para darle un beso. Como siempre, su voz salió del cuarto de trabajo.

—Sí, estoy aquí.

—¿Todavía estás trabajando? Venga, vamos a comer.

Le dio un beso mientras se quitaba la blusa para ponerse ropa cómoda y preparar la comida.

—He tenido un día horrible. Quiero tumbarme en el sofá a descansar el cuerpo y la mente.

Después de comer, estaba ya echada en el tresillo intentando dormir un poco y descansar, pero su cerebro se negaba a ello. No podía dejar de pensar en los acontecimientos, así que se sentó en la mesa de su despacho con todos los papeles del caso de Gonzalo. No podía imaginarse a Juan disparando al que creía su hijo. Su razón le decía que podía ser posible: el arma era suya. Intentaba colocar todos los indicios que habían encontrado para que encajasen como lo hacen las piezas de un puzle. Si la sangre que encontraron en el lugar de los hechos hubiese sido de Juan, las piezas sí que podían ir encajando. Pero era otra persona, su padre biológico, el que había estado con Gonzalo antes de su muerte. Esta otra persona era la que seguramente había mantenido una discusión con él. La misma persona con la que había habido algún forcejeo. Era la sangre de esta otra persona la que se encontró en la mano y en el suelo y, más tarde, en el río, derramada probablemente en el momento de la muerte de Gonzalo. La huella en el arma también podía establecer una relación entre el autor del disparo y Gonzalo. Pero ¿y si la huella del arma era de Juan? Esto ya sería más difícil de rebatir. Juan podía haber disparado el arma, pero su huella también podía haber sido de un disparo anterior. Víctor, así se lo había comentado, se preguntaba por qué no había denunciado la pérdida del arma. Para Carlota la respuesta era muy sencilla: era un arma no registrada, era ilógico que se denunciase su pérdida. Había muchas piezas en el rompecabezas con Juan como presunto autor, pero aún no encajaban todas.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

La detención

A la mañana siguiente, Carlota llegó temprano al juzgado. No se había acordado de preguntar a Víctor a qué hora traerían los agentes a Juan, de modo que no quiso arriesgarse y se presentó a primera hora. Víctor intentaba terminar algunas cosas pendientes para tenerlas listas antes de empezar con la declaración del sospechoso. Carlota también se puso a arreglar algunos papeles que habían quedado sobre su mesa el día anterior. Todo el mundo parecía ocupado, pero todas las mentes estaban pendientes de la llegada de Juan Martín.

Por fin, a las doce, llegó el detenido. Rodríguez, con otro agente, lo entró al juzgado. Un funcionario entró en el despacho de Víctor para avisarle de su llegada. Carlota, desde su consulta, lo vio pasar esposado entre dos agentes y rápidamente se dirigió hacia allí. Entró exactamente en el momento en el que Víctor ordenaba que pasase el detenido. El fiscal también se encontraba en el despacho. Carlota lo saludó con la mirada. El abogado de oficio ya estaba sentado. Unos segundos después, Juan cruzaba el umbral del despacho de Víctor, con aspecto muy demacrado. Era el aspecto de un hombre totalmente abatido, encorvado, con la mirada ida, la barbilla caída y los ojos hundidos. No levantó la mirada. Un agente lo sujetaba del brazo, más que para que no se escapara, para que no se cayese. Con cuidado, lo llevó ante la mesa de Víctor, delante de una silla. Carlota casi no podía reconocerlo, con barba de varios días, los ojos hundidos y una mueca de profunda melancolía. Víctor comenzó la declaración.

—Se puede sentar. ¿Es usted Juan Martín?

Víctor dejó unos segundos antes de seguir, para darle tiempo a contestar. Juan movió la cabeza afirmativamente. Ya estaba identificado, pero casi siempre empezaba con esta pregunta para iniciar la declaración.

—¿Sabe por lo que se encuentra aquí en calidad de detenido?

Esta vez la cabeza de Juan no se movió. Tras unos minutos de espera, Víctor continuó.

—La escopeta que se encontró en la finca se ha identificado como el arma que mató a Gonzalo Martín. Usted ha declarado que el arma es suya.

La cabeza de Juan seguía con la barbilla apoyada en el pecho. Casi no le podían ver la cara. Los ojos seguían mirando fijamente al

suelo, pero pareció que movía la cabeza con un movimiento afirmativo muy leve.

—En las investigaciones llevadas a cabo por la Policía judicial se ha demostrado que la munición que produjo la muerte de Gonzalo Martín fue disparada con el arma que le pertenece. ¿Disparó usted contra Gonzalo Martín esa arma el día de su muerte?

—¡No! —gritó Juan.

Todo su cuerpo pareció atravesado por una fuerte descarga eléctrica. Una sacudida brusca lo puso de pie delante de la mesa de Víctor. Los agentes que se encontraban detrás rápidamente lo sujetaron, pensando que se abalanzaba sobre el juez, pero el impulso había sido tan intenso que las fuerzas desaparecieron en un segundo, cayendo desplomado de nuevo en su asiento. Tenía la misma postura que antes, pero sobre los sucios pantalones se veía cómo aparecían unas manchas negras, redondeadas. Carlota intentó ver su cara; las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Víctor continuó, lenta pero inexorablemente, haciendo las preguntas que le haría a cualquier detenido relacionado con un homicidio. Era muy buen profesional y sabía lo que tenía que hacer, pero Carlota, que lo conocía bien, sabía lo que le estaba costando. La voz de Juan no se volvió a escuchar. El funcionario escribía en el ordenador «No contesta» a las innumerables preguntas que Víctor le hacía sobre cómo ocurrieron los hechos. La declaración duró casi una hora, pero Juan no contestó, ni para inculparse ni para decir que era inocente. Al terminar las preguntas que los presentes consideraron necesarias, ordenó a los guardias que lo sacaran de su despacho. En pocos minutos lo comunicarían: libertad o prisión. Era una decisión muy difícil. Carlota se salió del despacho silenciosamente, dejando al juez y al fiscal mientras deliberaban.

Durante el tiempo de la deliberación, Carlota volvía a sus elucubraciones. La decisión era muy difícil. Tenían un indicio de culpabilidad, el arma que produjo la muerte de Gonzalo era de Juan, pero esta no era una prueba fehaciente de que fuese la persona que disparó. ¿El que produce la muerte es el que dispara o el que posee el arma? Sí, podía ser un indicio más directo la huella del arma, pero aún no se había identificado. El sospechoso dijo que el arma le había desaparecido, pero no había denunciado el robo del arma. ¿Y si la huella era de Juan? Era su arma, la habría usado, pero tampoco eso indicaba que fuese necesariamente él el autor del disparo. No. Se estaba poniendo de parte de Juan, no lo podía evitar. Menos mal que ella no era el juez. Su intuición le decía que era inocente, pero esta no era ninguna prueba.

El funcionario salió del despacho de Víctor, ya habían tomado una decisión: ingresaría en prisión. Los guardias lo sacaron del juzgado y lo introdujeron en un furgón, que desapareció al final de la calle. Carlota se marchó a casa sin hablar con Víctor. Quizás era la decisión más correcta, pero a ella no le gustaba. La clave de todo la tenía Carmela. Con su marido en la cárcel, ¿seguiría callando? ¿Permitiría que quedase recluido en la cárcel si sabía que era inocente? Esto podía acelerar los acontecimientos.

Carmela dormitaba en la cama, no sabía cuánto tiempo había pasado. Cuando las lágrimas le permitían mirar por la ventana, a veces veía luz, otras veces, estaba oscuro. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, sobre la cama, pero lo que sí sabía era que su marido no había aparecido en todo este tiempo. Había tomado la decisión de contarle todo a Juan. Lo esperaba, pero no había tenido esa oportunidad. Lo estuvo esperando todo el día, tendida sobre la cama, sin comer. Sentía un pellizco en el estómago. Hasta ahora no se había dado cuenta de que llevaba más de un día sin comer. Entraba un poco de luz a través de la cortina; le pareció que era temprano, por la mañana. Notó que se encontraba con fuerzas para bajar las escaleras y prepararse algo de café con pan tostado. Se sentó a la mesa delante del vaso y el plato, pero, ahora que los tenía delante, no podía tragar bocado. Seguía con un nudo en la garganta que no la dejaba comer ni beber. Sentada en esa silla se quedó hasta la tarde. Entonces se escucharon unos golpes. Estos la despertaron de su ensoñación. Llamaban a la puerta. Era un peón de su marido.

—¿Qué pasa, Luisito?

Un chico muy joven, con una mueca que reflejaba los pensamientos, estaba en el quicio de la puerta. Su cara de tristeza le hizo pensar que algo iba mal. Parecía muy preocupado y nervioso. Las palabras le salían entrecortadas.

—Señora, malas noticias. Juan ayer en el cuartelillo dijo que el arma que encontraron en el río era suya. Lo han detenido y lo han llevado esta mañana al juzgado. Hoy el juez lo ha mandado a prisión. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Cuando terminó rompió a llorar como un niño. Se fue corriendo. Se sentía avergonzado. Un hombre no podía llorar delante de las mujeres.

Carmela quedó petrificada. «¿Qué voy a hacer yo ahora?», no paraba de repetirse. Las cosas habían llegado demasiado lejos. Carmela confiaba en que los hechos condujeran al culpable, pero no

podía permitir que pagase un inocente. Menos aún, su marido. Se sentía cansada, vencida. Ahora ella tendría que dar el paso, ese que siempre se negó a sí misma que en algún momento tendría que dar. ¿Y si él hubiera matado a su hijo? Esto no podía quedar impune a pesar de que aún lo quería. «¿Querer? No, no sería la palabra adecuada», se dijo rebuscando en su interior. Ya no encontró ni una pizca del amor o del sentimiento que hubo en algún momento. No, no lo sentía. Ahora en su interior iba creciendo un odio intenso por lo cobarde de su acción. Sí, lo odiaba. En cambio, un intenso cariño la invadía al pensar en su marido. Se sorprendió ella misma con este pensamiento. Sí, ahora se daba cuenta. Había aceptado a Juan durante estos años como un sacrificio, pero él la había querido tanto que ahora ella se daba cuenta de todo lo que él la quería. Sí, amaba a su marido más que nunca. Le dolía, en lo más profundo de su ser, que estuviese en la cárcel por su culpa. Pero en ese mismo momento en el que este pensamiento de amor profundo a su marido se hizo medianamente consciente, un rayo de esperanza empezó a iluminar su alma. Este impulso de vitalidad le fue recorriendo todo el cuerpo. A pesar de la profunda tristeza que la ahogaba por la muerte de su hijo, que la sumía en un pozo oscuro sin salida, notaba ahora cómo un pequeño haz de luz se le iba acercando a los ojos. Amaba a su marido, entre los dos intentarían salir adelante. Hasta entonces, ella veía solo su propio sufrimiento. Sintió que ella misma había aumentado el dolor de su marido, al que no había ayudado en nada. Él intentaba ayudarla en su sufrimiento a su manera, pero, después de tantos años, ella conocía esas maneras. Solo había percibido su propio dolor. Ahora, gracias al pequeño rayo de luz que la dejaba ver a través de la cortina que tenía delante de los ojos, veía que el sufrimiento de su marido era doble: había perdido a su hijo y también, ahora, perdía a su mujer. Sentía que iba recobrando algunas fuerzas en su interior, pensaba que tenía que encontrar una solución. Las dudas la asaltaban. Ella sabía quién era el padre de su hijo, pero no quién lo había matado. Aun así, ya era hora de que ella tuviese otra conversación con el padre de su hijo.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

La huella

Mientras Roberto se encontraba inclinado sobre una mesa del laboratorio, Antonio, de pie, movía los dedos nerviosamente. No quería mostrar impaciencia, pero había pasado por el laboratorio para acelerar la identificación de la huella en el arma. Roberto, el técnico del laboratorio, era amigo suyo desde que estuvo en homicidios en Madrid. Este le había explicado ya por teléfono, cuando se la mandó, que no se podían tener muchas esperanzas de que la huella fuese legible tras haber estado el arma en el agua varias semanas. Solo había una excepción: que la huella estuviese impregnada de algún tipo de grasa insoluble en agua. Estaba rozando suavemente con un pequeño cepillo la superficie del gatillo, después depositaba con cuidado, muy lentamente, una sustancia que extraía de una pequeña caja sobre el gatillo del arma. A continuación, le proyectó una luz azul mediante un aparato que desde fuera se percibía como muy complejo. Mientras Antonio pensaba ensimismado en los numerosos casos que tenía pendientes, una exclamación de júbilo salió de la boca de Roberto:

—¡Por fin he dado con el revelador! Después de probar muchos, combinando el cianoacrilato con la fluorescencia con rayos láser, ya tengo un vestigio de huella que puedo reconstruir.

Se puso de pie de un salto con la escopeta en la mano. Se dispuso rápidamente a terminar de estudiar la huella.

—Por lo que veo, he venido en un buen momento. En el gran momento, diría yo —aventuró Antonio.

—Hemos intentado poner de manifiesto esta huella desde que la trajiste. Ayer casi nos damos por vencidos, pero hasta ahora no se me había resistido ninguna. Debe ser algún tipo de grasa especial que no fija los reveladores convencionales. Tras muchos fracasos, este era mi último intento. Pero ¡eureka! ¡Ya la tengo! Le faltan algunos fragmentos, pero el programa del ordenador podrá reconstruirla y hallar a su dueño en poco tiempo. Te dejo. Tengo mucho trabajo, llámame esta tarde o mañana por la mañana. Te enviaré los resultados por fax.

Roberto salió de la habitación, dejando al agente con la miel en los labios.

Antonio abandonó contento el laboratorio, andando con paso

rápido. El caso de Gonzalo Martín estaba llegando a su fin. Con esta huella tendrían a la persona que disparó el arma, con independencia de quién fuese su dueño. La detención de Juan, el padre, tampoco lo había dejado muy tranquilo. Algo le decía que se estaban equivocando, pero no tenían otras pruebas ni otros sospechosos. En poco tiempo tendrían una huella en el arma, con un nombre. Si ese nombre era el de Juan, significaría que el teniente se estaba haciendo mayor y perdiendo facultades. Pero su intuición, aunque ya algo gastada, le decía que esa huella no era la de Juan, sino la de otra persona.

Cuando llegó a su despacho, se dejó caer en la silla. Descolgó el teléfono para llamar al juzgado. Tras varios segundos, volvió a colgar el auricular. Lo había pensado mejor, esperaría a tener el resultado. Según este, trazaría la estrategia a seguir. La impulsividad de otros tiempos se había moderado. ¿Y si el resultado no era el esperado? La experiencia le decía que no se adelantase, que lo esperase. Cuando lo tuviese lo comunicaría al juzgado; solo entonces trazaría una estrategia. Apartó la carpeta del homicidio de Gonzalo con un gesto de la mano, como queriendo quitarlo también de su mente. Colocó otras carpetas próximas a él. Pero este acto no consiguió apartar el caso de su mente. Tenía que encontrar el resultado. Solo quedaban escasas horas. Cerró el expediente que acababa de abrir y cogió la chaqueta. Esta tarde seguiría, ahora iba a comer algo. A última hora de la tarde recibió el fax.

Al entrar al juzgado, Carlota iba tan absorta en sus pensamientos que casi tropieza con la persona que le estaba abriendo la puerta. La voz del saludo le resultaba conocida, era Antonio.

—Buenos días.

—Buenos días, perdona, casi te piso, pero vengo sin dormir por un levantamiento que tuvimos anoche. ¿Nos traes buenas noticias?

Antonio le respondió con cierto aire de intriga.

—Buenas no, muy buenas. Después de revelar una huella que se encontraba en muy malas condiciones en el arma que encontramos en el río, hemos identificado a quién pertenece.

Carlota no pudo contenerse y le hizo la pregunta, pero al instante se dio cuenta de su imprudencia.

—¿De quién es?

—Este no es lugar para descubrimientos.

Antonio le indicó que estaban parados en la puerta del juzgado

taponando la entrada. La gente, a su alrededor, pasaba rozándoles. No dejaban espacio para entrar.

—Es verdad, perdona, pero mi impaciencia me ha hecho ser un poco indiscreta. ¿Vas al despacho de Víctor? —preguntó Carlota un tanto avergonzada por su indiscreción. A sus años, sintió cómo se le subían los colores a las mejillas. No le gustaba cometer esos fallos, y menos delante de Antonio.

—Sí, espero que no esté muy ocupado. Hay que empezar a trabajar esta misma mañana.

Mientras respondía, Antonio se dirigía ya al despacho de Víctor con un paso tan rápido que Carlota casi no podía seguir. Llegaron al despacho de Víctor, uno tras otro. Una vez les dio el «¡pase!» de rigor, entraron. En ese momento, el juez estaba ocupado hablando por teléfono sobre unos detenidos. Después de quedar a la hora a la que los traerían, colgó el auricular.

—¿Qué tal, Antonio? Ya era hora de que te acordases de nosotros, ¿o es que nos tenías olvidados? Desde ayer tenemos a Juan Martín en prisión. Tengo que saber sobre las huellas del arma. Por ahora lo único que lo inculpa es la propiedad del arma homicida.

—Nosotros tampoco hemos parado de hacer indagaciones. Ha sido muy difícil identificar la huella que había en el arma. Primero, la huella era parcial y, segundo, estaba muy deteriorada. Hemos hecho un trabajo duro a partir de ello. Ha sido por la pericia de un técnico nuevo, formado en Londres en las oficinas de Scotland Yard, que ha usado las últimas técnicas del revelado de huellas digitales. El resultado es que ha conseguido reconstruir la huella. Ya tenemos de quién es…

De repente se paró, quería disfrutar de su momento de gloria.

—¡Vamos, hombre! Dínoslo ya —pidieron al unísono Víctor y Carlota.

—Tras un esfuerzo supremo, os recuerdo, hemos identificado que la huella es de Rafael Merino.

Víctor reaccionó y pudo articular:

—De Rafael Merino, el padre de María, la novia de Gonzalo.

—¡El padre de María!

Carlota no pudo reprimir la exclamación. Pensaba en la joven. En su sufrimiento cuando se enterase de la noticia. No solo había perdido a la persona a la que amaba, sino que ahora su padre era el que había disparado a la persona a la que ella más amaba.

—La huella del arma es de él. Esto quiere decir que fue la última

persona que puso el dedo en el gatillo y que, muy probablemente, hizo el disparo que mató a Gonzalo. Ya no os puedo decir más, pero esto es una evidencia bastante definitiva.

Víctor permanecía pensativo. Ahora, a él le tocaba el turno de tomar las decisiones. Había esperado encontrar a cualquier persona que tuviese algún rencor hacia la víctima, pero no lograba imaginar ningún motivo por el que el padre de la novia lo odiase tanto como para matarlo. Como primera medida, se enviaría una orden de detención contra él. Al día siguiente lo pasarían a disposición judicial y él mismo le tomaría declaración en calidad de detenido. La segunda medida, también importante, consistiría en agilizar los trámites para la liberación de Juan Martín. Víctor se quedó en su despacho dando las órdenes oportunas para ello, mientras Carlota salía de su despacho sin que ellos se diesen cuenta.

Carlota se dirigía a su despacho con la mente ocupada en los últimos hallazgos. Los pensamientos se le entremezclaban. La huella era de Rafael. Lo que estaba claro era que esa huella indicaba que había sido la última persona en poner el dedo en el gatillo. Con bastante probabilidad, el mismo que había disparado el arma. Ese último disparo era el que había matado a Gonzalo. Pero ¿por qué? La imagen de María ocupaba toda su mente. La imagen de María, todo lo que había sufrido con la muerte de Gonzalo. Ahora sufriría más al enterarse de la noticia de quién lo había matado. Este pensamiento no la dejaba pensar fríamente ni con claridad. La cara de María el día de la autopsia de Gonzalo, cuando le pidió que le pusiese el traje de novio, no la dejaba pensar más allá. Carlota tenía a muchas personas esperando en la puerta de la clínica, no se podía entretener más.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

La conversación

Carmela andaba con paso rápido por entre los matorrales. Estos le hacían arañazos en las piernas. La sangre empezó a aflorar de las heridas, pero ella seguía avanzando, sin apenas notar nada. Había decidido hablar con Rafael, su antiguo amante. Atravesando los campos, caminaba hacia la zona de la finca donde este se encontraba trabajando. En su mente no tenía más que la conversación que mantuvo con el padre de su hijo, Rafael, el día antes de la despedida de soltero de Gonzalo. Ella había guardado el secreto desde su juventud, desde el momento en que su hijo Gonzalo fue engendrado. Había amado con todo su corazón a Rafael. El fruto de ese amor en aquella noche de despedida fue su hijo. Después, Rafael se había marchado sin saber que el hijo que ella llevaba en su seno era de él. Sus padres, a las pocas semanas, la habían obligado a casarse con Juan. El hijo nació a los siete meses de la boda. Solo ella sabía que ese hijo era de Rafael.

Su secreto habría permanecido como tal hasta la eternidad. Pero el infortunio quiso que María y Gonzalo quisieran casarse tan rápidamente, todo se preparó en una semana. Su desesperación creció por momentos. Ella le decía a su hijo si lo había pensado bien, que era muy pronto… Todas las posibles excusas, pero sin llegar a decir la verdad. ¡La verdad! ¡Qué palabra tan tremenda para una mujer que ha guardado tantos años su secreto y tan trágica cuando resulta en la muerte de un hijo! Pensó amargamente cuál podía ser la solución. Ahora, mirando atrás, veía lo cobarde que había sido. Todo el daño que había hecho. Todo lo que había hecho sufrir a su marido, Juan, la persona que más le había querido en este mundo. Sus pasos eran cada vez más ligeros; el dolor de los arañazos la reconfortaba, nada comparado con lo que se merecía. Ella era la culpable de todo. Su cobardía había matado a su hijo. Recordaba el día antes de su muerte. En un momento de desesperación fue a ver a Rafael, a contarle su secreto. Ella sabía que ponía en marcha algo siniestro, sin control, pero era tal su desesperación que fue el único medio que se le ocurrió. Había que hacer algo para impedir la boda de su hijo con su hermana. Gonzalo y María tenían el mismo padre. La primera reacción de Rafael al enterarse de que Gonzalo era su hijo fue la de una furia que lo hizo casi estrangular a Carmela. Pero, en un segundo momento, cayó abatido por la noticia: sus hijos no se podían casar. La desesperación

crecía por momentos. Se marchó bruscamente, dejándola sumida en la más absoluta desesperanza. Y al día siguiente, su hijo murió. Ella quiere y necesita saber lo que pasó. Su intuición le dice que Rafael fue el que mató a su hijo, pero quiere saber qué es lo que pasó; quiere oírlo de su boca, que él tenga el valor de confesárselo.

Rafael estaba solo, delante del pozo sacando agua. Se había apartado de los otros jornaleros para beber y descansar un poco. Su mirada se clavó en la figura que se iba acercando a paso rápido. Era Carmela. Pensó que había llegado el momento, que ya no podía vivir más con aquella carga.

Carmela llegó hasta donde se encontraba Rafael. Se puso delante de él sin llegar a pronunciar palabra alguna: solo con su mirada le pedía explicaciones. A Rafael, que no estaba acostumbrado a hablar mucho, sin darse cuenta le empezaron a brotar las palabras de la garganta:

—Sabía que llegaría este momento. Y tú eras la persona a la que más temía ver, pero con la que más quería hablar. Soy un monstruo, porque he matado a nuestro hijo y he destrozado la vida de mi hija. No pido el perdón ni la comprensión, ni de ti ni de nadie, porque no me lo merezco, pero quiero explicarte a ti, y solo a ti, lo que pasó. Desde el momento en que viniste a hablar conmigo para decirme que Gonzalo era hijo mío, el mundo se derrumbó a mi alrededor. Yo quiero con toda mi alma a mi hija. Yo sabía que ella amaba con toda su alma a Gonzalo, pero ahora se habían convertido en hermanos. La angustia y la furia iban aumentando dentro de mí. En un solo instante mi vida se había derrumbado. No sé por qué, cuando fui a hablar con Gonzalo llevaba una escopeta que le había cogido a Juan del desván. No sé si era para intimidarlo o para convencerlo de que no se casase con mi hija. Por supuesto, no me escuchó. Pero, cuando le dije que María era su hermana, se enfureció tanto que me dio un puñetazo en la cara y yo, en un arranque de furia, le disparé. No podía permitir que mis dos hijos se casasen. Solo quería vivir hasta el momento de tener valor para contártelo, por eso sigo vivo. Para mí, estas semanas han sido un infierno.

Ya sabía la verdad. Rafael había matado a su hijo, él había apretado el gatillo, pero ella le había dado el motivo. Sin mediar palabra, Carmela se dio la vuelta. Como sonámbula, empezó a andar muy despacio. No sabía si había pasado un minuto o tres horas caminando como una muerta viviente cuando sonó un disparo detrás de ella. Siguió andando hacia su casa sin volver la cabeza.

Al final de esa misma mañana en la que Antonio les había dado el resultado del análisis de la huella en el arma que había matado a Gonzalo, Carlota estaba ya metiendo sus cosas en la cartera para marcharse a casa, cuando sonó el teléfono. La voz de Víctor sonaba en el aparato.

—Carlota, no te marches, tenemos que ir a un levantamiento.

—Voy para tu despacho en dos minutos, antes llamaré a casa para que no me espere Javier a comer.

Tras hacer la llamada, Carlota se dirigió al despacho de Víctor. Este empezó a hablar nada más verla aparecer por la puerta, antes de dejarla articular palabra para preguntar sobre el levantamiento de cadáver.

—Entra y siéntate. Esta mañana, después de que Antonio nos trajera el informe de la huella del arma, mandé a la Guardia Civil a detener a Rafael. Fueron primero al domicilio, pero no estaba. Su mujer les indicó que estaba trabajando en la finca El Mayoral, ya sabes.

Mientras Víctor hablaba, Carlota se preguntaba si Víctor no se encontraba un poco obsesionado con aquel caso. Ahora lo más urgente que tenían era el levantamiento de un cadáver. Víctor continuaba hablando.

—Al llegar al lugar donde le indicaron que se encontraba Rafael trabajando lo encontraron muerto debajo de un árbol, con un tiro en la cabeza. Al parecer, se ha suicidado. Ahora tenemos que ir al levantamiento. El muerto es Rafael Merino, el padre de María.

A Carlota se le escapó una exclamación de sorpresa. En su mente se agolpaban las ideas. Tendría que calmarse para ponerlas en claro. Víctor se levantó de la mesa y la cogió del brazo.

—Hablaremos por el camino. El coche nos está esperando.

La situación se volvía a repetir. Otra vez estaban en camino para hacer el levantamiento de un cadáver en la finca El Mayoral. Esta vez era Rafael, el homicida de Gonzalo, que se había suicidado. Víctor le hablaba de lo que el sargento Rodríguez le había informado cuando llegó al lugar donde se encontraba el cadáver de Rafael. Carlota hacía como que le escuchaba, pero en realidad estaba pensando en las piezas del puzle. La huella del arma había demostrado que era Rafael el que había disparado el arma contra Gonzalo, pero aún quedaban algunas piezas por encajar. Por un lado, estaba la sangre que encontraron en el lugar de los hechos y en el cadáver del novio. Era del padre natural de Gonzalo, no era sangre de Juan. Luego el padre también se hallaba en el lugar de la muerte. Por otro lado, tenían el

móvil del homicidio. ¿Por qué Rafael, el padre de la novia, había matado a Gonzalo? De repente, una idea se impuso a las demás. ¿Sería Rafael el padre biológico de Gonzalo? No, no podía ser, porque si fuese así, querría decir que Gonzalo y María eran hermanos. Pero ¿y si lo fueran? Las piezas tenían que encajar.

Estaban entrando a la finca cuando en el camino, al rodear la casa, vieron cómo Juan se bajaba del vehículo que lo había traído de la prisión. Estaba en su hogar. El coche en el que iba la comisión judicial, en esta ocasión, se alejaba del edificio. No giró a la derecha hacia el camino del río, sino que tomó el otro camino, adentrándose en la finca, hacia donde habían encontrado el cadáver de Rafael. Divisaron a lo lejos a un grupo de personas alrededor del coche de la patrulla.

Al bajarse, el agente les informó de lo que los testigos habían visto y escuchado. Rafael estaba trabajando con ellos en aquel campo con la segadora. A última hora de la mañana, se había parado para beber agua del pozo, que estaba algo retirado de donde ellos se encontraban. Al parecer, algunos lo habían visto hablar con una mujer unos minutos antes de que se oyese el disparo. Algunos decían que era Carmela, la mujer del capataz; otros, no se habían fijado o no querían decirlo. Tras el disparo, corrieron hacia allí. Al acercarse, encontraron el cadáver de Rafael con un tiro en la cabeza y el arma junto a su mano derecha.

Habían acordonado la zona. Parecía que no habían tocado nada. Carlota empezó a trabajar. Envolvió el arma en un plástico para que no desaparecieran las huellas. Las manos del suicida se cubrieron también con bolsas de papel, para que no desaparecieran de ellas las pruebas de los restos metálicos del disparo. Este análisis les diría con certeza si se había disparado él mismo. En la inspección del cadáver, Carlota pudo comprobar que presentaba una gran herida, muy profunda, en la región superior y central del cuello. Muy probablemente correspondería al orificio de entrada, donde había apoyado el cañón del arma y había disparado a bocajarro. En la parte posterior de la cabeza, en la región superior occipital, había otra herida profunda, menor que la anterior, por donde habría salido la munición. Aunque el cadáver se encontraba en decúbito lateral, el árbol que estaba junto al cadáver le indicaba que cuando se disparó se encontraba sentado y apoyado en él. Había restos de sangre y masa encefálica incrustados en la corteza del árbol a una altura que correspondía a la de la cabeza del presunto suicida, si este estaba sentado, apoyado en él. En el cadáver no había señales de defensa o de lucha.

La autopsia la haría esa misma tarde. Quería tomar las muestras lo

antes posible para enviarlas al laboratorio. El cadáver se trasladó al depósito judicial. Tomaron algo sólido para mantenerse en pie durante el camino de vuelta. Ya era entrada la tarde cuando Carlota se dispuso a hacer la autopsia.

Una idea la obsesionaba. Si Rafael era el autor de la muerte de Gonzalo, la sangre que encontraron tenía que ser suya y, por tanto, Rafael era el padre de Gonzalo. La forma de saberlo era la determinación del ADN, le extraería sangre para enviarla al laboratorio. La prueba del ADN, al cotejarla con la de Gonzalo, lo diría.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

El perdón

Las lágrimas no la dejaban ver nada. Como una sonámbula, Carmela seguía caminando. No veía nada, no escuchaba nada, no sentía nada. Los cardos del camino se clavaban en su piel, cada vez sentía menos cómo sangraba. Andaba sin dirección, pero sus pies la iban acercando al río. Su mente solo contenía un pensamiento: «Todo por mi culpa». Ese gran peso no la dejaba respirar. Su primera decisión fue la de tirarse al río y ahogarse, su mente se dirigía hacía allí. Solo se veía morir. Pero, de pronto, un pensamiento surgió como una roca a la que podía asirse: Juan. Le suplicaría que no la dejase. ¿Cómo le podría pedir eso después de lo que había hecho? Seguro que era una alucinación, pero su marido estaba delante de ella y le repetía «Ven conmigo, no me dejes». Estaba segura de que soñaba. Lo mejor era acabar con su vida, así descansaría, no podía seguir viviendo con ese peso. «No. Quiero morir, quiero dejar de existir, quiero dejar este peso que no me deja vivir». La mano de Juan seguía apareciendo en su delirio. «Cógete a ella», le decía, «por favor, no te dejes ir, agárrate fuerte». No podía respirar, se encontraba dentro del agua, dejándose ir. De repente se sintió helada por dentro, estaba dentro del río, el agua le llegaba a la cintura. La voz de Juan cada vez era más fuerte, no la dejaba pensar en otra cosa. Lo más fácil era seguir hacia delante, pero no, no se merecía ese descanso. Se merecía sufrir más. Esa era la solución más fácil: dejar de sufrir. Ella no se la merecía, había hecho mucho daño a su alrededor. Seguir viviendo con el peso de su pena, poder resarcir algo del daño causado, tal sería su destino. No podía desaparecer, era muy fácil. Necesitaba purgar sus pecados, aliviar todo el sufrimiento que había originado, aunque eso le supusiera seguir viviendo.

Retrocedió sobre sus pasos y se dirigió a su casa. La puerta abierta le decía que había alguien dentro. Cruzó la puerta; en la penumbra del interior intuyó la silueta de Juan sentado en el sillón. Todo el amor que sentía por Juan afloró de su corazón. Le dolía tremendamente haberle causado tanto dolor. Se arrodilló a sus pies, incapaz de detenerse: «Perdóname, por favor, Juan, perdóname». Juan se quedó quieto, paralizado; había sido mucho el sufrimiento de los últimos tiempos. Sintió que su corazón se había endurecido. Siempre había sido una persona sencilla y confiada, pero, ahora, hasta su mujer lo había traicionado. Ahora la tenía arrodillada ante él, suplicándole el

perdón. No entendía lo que había pasado. Algo le habían explicado, pero él no lo creía; solo si Carmela se lo contaba lo aceptaría como una verdad.

—Dime, ¿qué te tengo que perdonar, Carmela?

El hombre hablaba con una voz que no parecía la suya, era la voz de un cansancio de siglos.

Ella no podía hablar, la opresión en el pecho era demasiado intensa como para poder decir algo, para explicarlo todo, cuando ni ella aún lo entendía.

—Carmela, por favor, eres la única persona en la que confío, pero me han contado cosas horribles al salir de la cárcel.

—No merezco que confíes en mí. Yo soy la culpable de todo, por mi culpa mataron a nuestro hijo.

—No digas eso, Carmela, no puede ser verdad.

—Sí, lo es, Juan. Ocultar la verdad es tan peligroso como la mentira. Al final la vida se lo cobra. Para no hacerte daño, te oculté la verdad desde que nos casamos y ahora el tiempo se lo ha cobrado con la vida de nuestro hijo.

—Carmela, por favor, explícamelo. Con tus medias palabras me das miedo.

—Desde que éramos niños me has querido, Juan; yo lo sabía, pero yo quería a otra persona. Cuando me pediste en matrimonio, mi padre me dijo que me casase contigo, que eras un buen partido. Mis padres no querían que siguiera pasando penurias como ellos. Yo tuve que acceder. El hombre al que yo amaba se marchó. Me casé contigo, pero yo ya sabía que iba a tener un hijo. Te di un hijo a los siete meses, pero ese hijo había sido engendrado antes de casarme. Era nuestro hijo y lo criamos juntos. Yo empecé a quererte cada día más. Después de varios años, mi mente borró el pasado. Yo era feliz contigo, llegaste a ser la persona que yo más amaba del mundo. Pero el tiempo vino a cobrarse mi mentira. Cuando Gonzalo se enamoró y decidió casarse tan repentinamente con María, los recuerdos sacudieron mi mente. María era la hija de Rafael, pero Rafael también era el padre de Gonzalo. Me volví loca. ¿Cómo podía permitir que dos hermanos se casasen? Era nuestro hijo, tuyo y mío, pero la sangre era de él. Mi mente buscaba una salida. La que encontró fue la equivocada.

—¿Por qué no confiaste en mí? Eso es lo que más me duele. ¿Por qué no me lo dijiste? Entre los dos le hubiésemos encontrado una solución. En vez de acudir a otra persona, ¿por qué no acudiste a mí? Eso no puedo soportarlo, que no confiaras en mí.

—Perdóname, no sabía qué hacer. En esos momentos de

desesperación, escogí la peor solución. Se lo conté a Rafael. Se volvió loco. Cuando nuestro hijo murió, me supuse lo peor. Esta mañana Rafael, antes de quitarse la vida, me ha confesado que fue él quien le quitó la vida a Gonzalo.

—Lo siento. Lo que no te perdono es que no hayas confiado en mí. Ahora he perdido la fe en ti.

Juan se levantó del sillón y salió de la casa. Carmela permaneció de rodillas en el suelo, llorando. Una pena profunda le embargaba el alma, era su purgatorio. El sufrimiento la hacía sentirse viva: estaba pagando todo el mal que había hecho. Qué felicidad si ahora se quitase la vida, pero no merecía el descanso eterno. Juan la despreciaba, le había retirado su confianza; era el sufrimiento que tenía que llevar. Ya había perdido su amor, solo tenía desprecio, pero ella lucharía para que, al menos, ese desprecio se convirtiera en comprensión. No podía pretender nada más.

Se había extendido ya la oscuridad de la noche cuando un leve ruido despertó a Carmela. Se había quedado dormida, acurrucada en el suelo. Sintió la presencia de Juan a su espalda, pero no se atrevió a mirarlo. Su corazón latía muy rápido. No tenía ni la menor esperanza de que Juan le diese la oportunidad de conseguir su perdón. Como el que espera un veredicto de culpabilidad, los minutos pasaban a la espera de que Juan dijese alguna palabra.

—No sé lo que yo he hecho mal, pero yo también he tenido que hacer algo para que la vida nos pague con esto —era su marido el que hablaba—. Yo te he querido a ti y a nuestro hijo con toda mi alma, pero siento que no os lo he dicho bastante, ni a él ni a ti. Sabía, cuando te casaste conmigo, que estabas enamorada de otro, pero pensé que con el tiempo me querrías solo a mí, pero me equivoqué.

—Juan, eso no es cierto. Te quiero más que a nadie —protestó Carmela.

—Pero no me lo has demostrado, no confiaste en mí cuando tuviste un problema serio. No sé si te perdonaré o si recuperaré la confianza en ti, pero te sigo queriendo. Han pasado muchas cosas, demasiadas. La situación aquí después de lo que ha pasado va a ser insostenible. Voy a hacer las maletas y me voy a marchar. Dejo a tu elección el acompañarme o quedarte. Si deseas quedarte te dejaré la casa del pueblo y el dinero que tenemos ahorrado. Si deseas venirte, serás bienvenida. Aunque es muy difícil, intentaremos recomponer nuestras vidas.

Y diciendo esto, se dio la vuelta y se dirigió al dormitorio. ¿Quería decir esto que su marido le tendía su mano? ¿Quería decir que Juan le ofrecía una segunda oportunidad? Carmela pensaba que no tenía

derecho, no la merecía. Pero ella seguía amando a Juan, no quería perderlo. Tampoco la vida la había tratado muy bien. Ahora no podía perder esta ocasión que tan generosamente le ofrecía Juan. Sí, subiría, se marcharía con él. Ahora lo veía imposible, pero quizá con el tiempo podrían, poco a poco, ir soltando el lastre de sus penas.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

La pena

Una de las cosas que menos le agradaban a Carlota de su trabajo era hacer la autopsia a una persona que había conocido en vida. Muy pocas veces le había ocurrido, pero era inevitable siendo la médico forense del partido judicial. En este caso, ella había conocido a Rafael en vida. Ahora lo tenía tendido en la mesa de autopsias. Sin pensar más en ello, empezó su trabajo.

Le pasó el kit, una especie de tampón con papel adhesivo, para poder recoger de las manos los restos metálicos de los gases de la deflagración del disparo. Con esto comprobaba que el suicida había apretado el gatillo. Inspeccionó todo su cuerpo en busca de más datos. En efecto, como ya había comprobado por la mañana en el levantamiento, no encontró otra lesión salvo las del disparo. Sus manos se encontraban ensangrentadas, las limpió cuidadosamente, pudiendo comprobar que no había evidencias de defensa o lucha, ni en las manos ni en los brazos.

A continuación, extrajo las muestras de sangre para las determinaciones toxicológicas y para la determinación del ADN, con el objeto de compararlo con la sangre de Gonzalo.

La trayectoria del disparo había sido muy certera. Por la inspección externa se podía determinar, basándose en la herida de entrada y de salida, así como en la proximidad del arma, que las consecuencias habían sido devastadoras. La dirección era ascendente, casi perfectamente vertical y hacia atrás, por la línea media. El disparo era mortal de necesidad. Los centros nerviosos que regían las funciones vitales habían sido destruidos; la muerte había sido prácticamente instantánea.

Con mucha dificultad, pudo extraer el cerebro con todos sus fragmentos, porque la munición había ido destruyendo la línea media cerebral y el tronco encefálico, desapareciendo algunas de sus partes. Todas las arterias de la base del cerebro habían sido desgarradas. Esto era totalmente incompatible con la vida. Carlota separó algunos perdigones de la munición que se encontraban en la cavidad craneal y los envasó para enviarlos a analizar. Aunque tenían el arma y la munición, siempre los enviaba para su comprobación.

Abrió el resto de las cavidades; en el tórax y el abdomen los hallazgos eran los compatibles con una muerte con gran pérdida de

sangre por la herida craneal. Mientras el auxiliar aseaba el cadáver, Carlota envasaba y etiquetaba todas las muestras. Se encontraba tan absorta en su trabajo que no se había dado cuenta de lo tarde que era. Era de noche cuando se asomó a la ventana. Habían pasado muchas horas desde que esa mañana había salido de su casa. Se quitó la mascarilla, la bata y los guantes y se despidió desde la puerta.

Al cerrar tras de sí, Carlota se encontró cara a cara con una silueta vestida de negro. En la oscuridad no la reconoció, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, se dio cuenta de que era María. En sus ojos no cabía más tristeza. Una pregunta surgió de sus labios:

—¿Qué ha pasado?

La realidad todavía no había penetrado ni en su corazón, ni en su cerebro, ni en su conciencia. La pérdida, hacía unas semanas, de la persona amada se completaba ahora con la de su padre. Era una pena demasiado grande para poder comprenderla. La desorientación de Carlota no la dejaba articular palabra. Además, ¿qué le podía decir Carlota? La verdad era muy cruda.

«María, tu padre mató a tu futuro marido, porque intentaba protegerte para que no te casases con tu propio hermano», pensaba Carlota.

No podía. Primero, ella no se creía la persona indicada para decirlo y, segundo, hasta que no tuviese el resultado del análisis de la sangre de Rafael comparando el ADN con el de Gonzalo, no podría tener la confirmación.

Como había previsto que tendría que encontrarse con la familia de Rafael tras la autopsia, y como entendía que es humana la búsqueda de una explicación ante tanta tragedia, Carlota lo había hablado previamente con Víctor. Era mejor que en unos días, después del entierro, las llevasen al juzgado. Víctor informaría a la familia de las investigaciones de los últimos días. Carlota estaría presente por si necesitaban algún dato sobre la muerte. Solo pudo decir:

—Lo siento mucho. Por favor, pasen usted y su madre la semana que viene por el juzgado. Así podremos informarles de lo ocurrido.

Aquellas palabras intentaba decirlas del modo más objetivo posible. Era su mecanismo de defensa, ya que se estaba involucrando en el dolor de María más de lo que debía. Ver a aquella muchacha de pie, después de tanto sufrimiento, era admirable. Su madre, también de negro, estaba detrás de ella. Ahora su marido había muerto. Rosario intuía algo en su interior. Un velo negro le cubría el rostro. Le echó el brazo por encima a su hija y la llevó camino del velatorio.

Carlota llegó a casa agotada. Necesitaba olvidarse del trabajo. Al

entrar por la puerta, la perra la recibió con grandes muestras de alegría, algo que Carlota agradeció. Javier había preparado la cena. Le dio un beso y subió a ducharse lo más rápidamente que pudo. Al bajar, como siempre que estaba hambriento, su marido se quejaba cariñosamente por su tardanza.

—Estoy muerto de hambre, casi he tenido que empezar a comer algo porque ya tenía un vacío enorme en el estómago.

Carlota ya estaba sentada en la mesa.

—Ha sido un día un poco cansado. Cuando acababa de terminar la consulta para venir a casa al mediodía, me han avisado para un levantamiento. Y ¿no te imaginas dónde era? —le preguntó para darse un poco de tiempo mientras se metía en la boca un gran bocado. Ahora se daba cuenta de que casi no había comido en todo el día.

—No lo sé... En Albarrán.

—¿Cómo lo has adivinado? Seguro que te lo han dicho.

—No. Es porque es la localidad más lejana que tienes en el partido judicial. Y, por lo que has tardado, debía estar muy lejos.

—Pues efectivamente. Pero lo que no te puedes imaginar son todos los acontecimientos que han pasado en un día; sobre todo, quién era la persona a la que acabo de hacer la autopsia.

—No tengo ni idea, pero conociendo tu trabajo me puedo esperar cualquier cosa.

Carlota le resumió los acontecimientos del día. Desde esa mañana hasta por la noche, parecía que había pasado una eternidad. Empezó por la visita de Antonio, el teniente de la Policía judicial, para comunicarles personalmente el resultado de la huella encontrada en el arma homicida.

—Era de Rafael, el padre de la novia de Gonzalo, el muchacho que murió en la despedida de soltero. ¿Te acuerdas?

—¡Pues claro! ¡Cómo no me voy a acordar! —respondió Javier ofendido.

Siguió explicándole que, cuando los agentes iban a detenerlo, se encontraron su cadáver. Todos los datos apuntaban a un suicidio, pero se confirmaría con las pruebas de restos de pólvora de sus manos. Ellas dirán que él mismo se disparó.

—Así que el que mató al novio fue el padre de la novia. ¡Vaya forma de arreglar un casamiento que no le gustaba! Supongo que hay formas menos dramáticas para impedir la boda de tu hija si no te gusta el novio.

—Pues precisamente el motivo ha sido todo lo contrario —afirmó

Carlota para aumentar su curiosidad.

—¿Me lo vas a explicar? Eres un poco mala al dejarme con la miel en los labios.

Javier se abalanzó hacia Carlota haciéndole cosquillas, acción esta de cuya efectividad sabía él mucho. Carlota, riéndose, escapó como pudo para poder contestarle.

—Bien. Está bien, hablaré, pero deja de martirizarme. No te lo puedo confirmar al ciento por ciento, pues no tengo el resultado del ADN, pero ¿te acuerdas de la sangre que encontramos junto al cadáver? Se comprobó mediante análisis de ADN que era de su padre natural o biológico, como lo quieras llamar. Esa sangre, al contrastarla con el análisis de Juan, el que se suponía que era su padre, no coincidía. ¿Te acuerdas de que te lo conté?

—Claro. Y yo te dije que su madre había tenido un lío con otro.

—Efectivamente. Pues al parecer Carmela estaba esperando un hijo de Rafael al casarse con Juan y nunca se lo dijo a nadie. Esto son suposiciones, te lo confirmaré cuando tenga el análisis. Con la boda tan repentina de Gonzalo y María, Carmela no tuvo otro remedio que contárselo a Rafael. Al parecer, este para impedirlo mató a Gonzalo. No sé los detalles porque Rafael se los ha llevado a la tumba. Bueno, no lo sé seguro si se los ha llevado, porque creo que hay otra persona que debe saberlo, y esa es Carmela. Esta mañana, antes de morir Rafael, se les ha visto hablando.

—Cuánto sufrimiento por una mentira —dijo Javier—. Aunque más que una mentira, es por ocultar la verdad. De todas formas, afortunadamente, los tiempos han cambiado mucho.

—Sí, todos han sufrido mucho. Juan y Carmela han perdido a su hijo. Rosario ha perdido a su marido. Pero la gran víctima ha sido María, que ha perdido a la persona que amaba y a su padre. He pedido que analicen urgentemente el ADN para tener pronto los resultados, es decir, para que, cuando María y su madre vayan al juzgado, los tengamos. Será un momento duro. Vamos a acostarnos, estoy agotada.

—¿No os parece un poco pronto recién muerto su futuro esposo y su padre? —preguntó Javier mientras se levantaba de la silla.

—No, ellas necesitan enterarse. Nos lo han pedido. Este es un pueblo muy pequeño. Todo el mundo sabe que iban a detener a Rafael, es mejor que se enteren por el juzgado de los motivos.

—Está bien, sé que es vuestro trabajo, pero para mí sería un poco pronto tanto golpe. Venga, vamos a acostarnos.

—Sí, vámonos. El día ha sido muy largo.

El lunes siguiente, la patrulla recogió a María y a su madre para llevarlas al juzgado. Al llegar, las pasaron al despacho del juez. Víctor y Carlota las estaban esperando. Las dos mujeres, muy pálidas, demacradas y vestidas de negro, entraron al despacho de Víctor. Los agentes las sujetaban por el brazo, no porque estuviesen detenidas, sino porque casi no se podían mantener de pie. El día anterior, cuando Víctor y Carlota lo habían hablado, les parecía lo mejor contarles todo lo relativo a la muerte de Rafael lo antes posible. Ahora, al ver el estado en el que se encontraban, a Carlota le surgieron en la mente las palabras de Javier: quizás era un poco precipitado con los hechos tan recientes. La cosa estaba hecha, no se podía dar marcha atrás. Les había parecido lo mejor cuando las mujeres quisieron saberlo todo.

Se sentaron delante de Víctor. Carlota permanecía detrás de él, de pie. Víctor comenzó dándoles el pésame e informándolas de la razón por la que se las había citado. Les iban a comunicar los hallazgos de las investigaciones sobre la detención y la muerte de Rafael. Con palabras sencillas, muy lentamente, Víctor les fue describiendo la sucesión de hallazgos.

Primero, les explicó que se había encontrado el arma con la que habían matado a Gonzalo, que era de Juan. Sin embargo, en el arma se había encontrado una huella de Rafael. Esto quería decir que Rafael fue la última persona que la había disparado. Al ir a detenerlo para interrogarlo, lo habían encontrado muerto. Víctor resumió todo con brevedad: las pruebas que tenían les hacían pensar que Rafael había disparado a Gonzalo en la despedida de soltero. El juez se paró un momento. Había dicho la primera parte de lo que tenía que decirles. Le acababa de decir a María que su padre había matado al hombre al que amaba. Le dio unos momentos para que llegase a comprender lo que se le estaba comunicando. María no decía nada.

Como pudo, Víctor continuó con la segunda parte: lo relativo a las manchas de sangre. En el lugar de la muerte de Gonzalo se habían encontrado manchas de sangre. Estas pertenecían al padre de Gonzalo. Cuando las compararon con las de Juan, no correspondían. Se había comprobado, mediante la prueba del ADN, que Rafael era el padre biológico de Gonzalo. Gonzalo era hijo de Rafael. Con esto, Víctor había dicho todo cuanto quería decirles.

Carlota no podía apartar su mirada de la cara de María. Esta, de una expresión de pena profunda, pasó a la de asombro, después a la de terror. Era como si hubiese visto a la criatura más horrible del universo delante de ella. Aquel fue el momento en el que su mente comprendió que, primero, su padre había matado al hombre al que ella amaba y, segundo, que Gonzalo era su hermano. No pudo más.

Hasta ese momento no había podido llorar profundamente, pero ante esto, la más absoluta desesperación llenó su alma. Las lágrimas se desbordaban de sus ojos, era la imagen de la tristeza. Carlota no podía apartar los ojos de su cara. María, absorta en su pena, no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Rosario también lo había entendido, aunque llegar a comprenderlo todo era demasiado. Lloraba amargamente. Era una pena sin aspavientos ni pérdida de compostura, solo una pena profunda.

Tras varios minutos, Víctor hizo una señal a los agentes. Las ayudaron a salir para devolverlas a su casa. Las dos mujeres vestidas de negro se dirigieron a la puerta. Rosario abrazaba a su hija. Al llegar a la puerta, se volvió:

—Yo lo sabía, el diablo vino a la fiesta.

Carlota se preguntaba si el sufrimiento humano tenía un límite de resistencia al dolor. Desde su modesto punto de vista, estas dos mujeres estaban ahora en un punto muy cercano a ese límite.

Víctor se repuso sumergiéndose en el trabajo. El juzgado tenía que comunicar a la familia de Gonzalo los hallazgos relacionados con su muerte. Carlota permaneció paralizada, aún necesitaba unos minutos para reponerse. Como no podía articular palabra, se dirigió a su despacho para sentarse y relajarse tras los momentos que acababa de vivir. Fueron minutos, porque el trabajo la esperaba. El umbral de la puerta de su consulta empezaba ya a llenarse de personas. Después de que le trajeran los expedientes, llamó para que pasase el primero.

Unos días más tarde, Víctor le comentó a Carlota que habían devuelto las citaciones de Juan y Carmela en la finca El Mayoral. Se rumoreaba que habían vendido lo que tenían y que se habían marchado al extranjero juntos.

Nunca más volvieron a verlos.

Índice